

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.ºs 52-54

X39Y

P917

M

S

PREVOST

Manon Lescaut

NOVELA



Precio, 0,90 ptas.

MCMXIX
MADRID-BARCELONA

COLECCION UNIVERSAL

Abate Prévost

HISTORIA DE MANON LESCAUT

MCMXIX

Digitized by Google

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1919.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCION UNIVERSAL

ABATE PREVOST

**Historia de Manon Lescaut
y el caballero Des Grieux**

NOVELA

**La traducción del francés ha sido
hecha por Enrique de Mesa.**



MADRID-BARCELONA

MCMXIX

Digitized by Google

Tipográfica Renovación (C. A.), Larra, 8.—MADRID

Digitized by Google

494574

MAR 31 1941

B. B. BOLALINDE

X39Y

P917

M

.5

La vida inquieta y contradictoria de Antonio Francisco Prévost (1697-1768), alternativamente mundana, religiosa y guerrera, logró, ya en su plenitud, la pluma experta y fácil, aleccionado el espíritu y maduro el ingenio, el fruto sazonado de Manon. Como nuestro lozano y castizo arcipreste de Hita, el abate francés, después de gustar el upridulce del pecado, quiso dar a su encendida historia de un "loco amor del mundo" intención y rastro de lección moral. En la advertencia que precede a su relato, como Juan Ruiz en el prólogo de sus coplas, explica la ejemplaridad que se deduce de la historia ardiente y trágica. Pero, sin embargo, bajo la cobertura de lo ejemplar y de lo grave, hierve y rojea en tumulto la vida, y el anzuelo de la moralidad se embota demasíadamente con el cebo siempre deleitable y gustoso del amor.

La predilección renovada de las generaciones y el juicio de los doctos han elevado las figuras de esta historia a la categoría de arquetipos: Des Grieux es el doncel enamorado del amor; Manon es el amor mismo hermanado en la mujer, el amor voltizo y mudable, abnegado y único, noble en su esencia y depravado en sus derivaciones, con sus vuelos desordenados y cortos a lo puramente espiritual y sus ligaduras recias a las más

bajas y cochambrosas realidades. ¿Sería aventurado afirmar que en esta narración, tan francesa y tan del siglo XVIII, con tan señalada tendencia al sentimentalismo de la época, hay un punto sutil de enlace con el vigoroso tronco de la novela picaresca española? Siempre el amor florece entre la trapaza de la picardía. En La Celestina, la tragicomedia de nuestro Fernando de Rojas, toterros, pícaros y rufianes, son como fronda viciosa que ahoga la delicada flor amorosa de Calixto y Melibea. En la novela del abate Prévost, el amor desventurado se arrastra por el hospital y la cárcel; son bravucones y fulleros auxiliares y valedores suyos. Claro que el eco de la picardía española, seca y dura, es muy débil en este relato, tembloroso de amor y húmedo de lágrimas. En el romanticismo del siglo XIX fermenta la levadura romántica de Des Grieux, despojada de la sensualidad propia del siglo anterior, y el espíritu de Manon, encarna, ennoblecido en la figura de Margarita Gauthier, por obra y gracia de Dumas, hijo.

Desde que la Historia de Manon Lescaut dióse a la luz en La Haya, el año 1731, las mejores plumas francesas han apostillado con escolios y glosas las márgenes de esta novela de pasión. Y si Napoleón pudo decir en Santa Elena que era un relato escrito para lacayos, Alfredo de Musset jura en verso que amaría a Manon si viviera, y Maupassant afirma que en esta "figura tan llena de seducción y de instintiva perfidia, el escritor

parece haber enramado lo que hay de más gentil, de más arrebatador y de más infame en el ser femenino, y que es Manon la mujer toda entera, tal cual ha sido siempre, tal cual es y tal como será perdurablemente".

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Hubiera podido incluir en mis Memorias las aventuras del caballero Des Grieux; pero parecióme que, no estando estrictamente relacionadas, el lector preferiría verlas aparte. Un relato de esta longitud habría interrumpido demasiadamente el hilo de mi propia historia. Aunque estoy muy lejos de atribuirme la cualidad de escritor preciso, no ignoro que una narración debe estar exenta de las circunstancias que la hagan pesada y aburrida; éste era el precepto de Horacio:

*Ut jam nunc dicat jam nunc debentia dici,
Pleraque differat, ac praesens in tempus omittat.*

Pero no es necesario acudir a tan gran autoridad para probar una verdad tan sencilla, pues el buen sentido es el origen de esta regla.

Si el público ha encontrado algo agradable e interesante en la historia de mi vida, me atrevo a prometerle que no encontrará menos en esta añadidura. En la conducta del caballero Des Grieux verá un ejemplo terrible de la fuerza de las pasiones. Tengo que pintar un joven ciego que rehusa ser feliz para precipitarse voluntariamente en los mayores infortunios; que con todas las cuali-

dades más meritorias, prefiere por gusto una vida obscura y bohemia a todas las ventajas de la fortuna y la naturaleza; que prevé sus desgracias sin querer evitarlas; que las siente y le abruma sin aprovechar los remedios que incesantemente se le ofrecen y pueden acabar con ellas en todo momento; en fin, un carácter ambiguo, mezcla de virtudes y de vicios, un perpetuo contraste de buenos sentimientos y de malas acciones: tal es el fondo del cuadro que presento. Las personas de buen sentido no verán una obra de esta naturaleza como un trabajo inútil. Aparte el placer de una lectura agradable, pocos sucesos se hallarán en ella que no puedan servir de enseñanza en las costumbres; y, en mi opinión, es prestar un servicio considerable al público instruirle divirtiéndole.

No se puede reflexionar sobre los preceptos de la moral sin asombrarse al verlos estimados y abandonados al tiempo; y llega uno a preguntarse la razón de esta rareza del corazón humano, que le hace saborear las ideas de bien y de perfección de que más se aleja en la práctica. Si las personas de cierta altura de espíritu y educación se paran a examinar cuál es el asunto más corriente de sus conversaciones y aun de sus ensueños solitarios, les será fácil advertir que casi siempre giran alrededor de consideraciones morales. Los momentos más dulces de su vida son los que pasan, solos o con un amigo, admirando de todo corazón los encantos de la virtud, las dulzuras de

la amistad, considerando los medios de conseguir la felicidad, las flaquezas de la naturaleza que nos alejan de ella y los remedios que pueden curarlas. Horacio y Boileau señalan esta empresa como uno de los rasgos más bellos que forman la imagen de una vida feliz. ¿Cómo, pues, ocurre caer tan fácilmente de estas altas especulaciones y hallarse de pronto al nivel del común de los hombres? Mucho me equivocaré si el razonamiento que he de aportar seguidamente no explica tal contradicción entre nuestras ideas y nuestra conducta: y es que como los preceptos morales no son más que principios vagos y genéricos, resulta muy difícil aplicarlos particularmente al detalle específico de las acciones y de las costumbres.

Pongamos un ejemplo: las almas bien nacidas comprenden que la dulzura y la humanidad son virtudes estimables, y se sienten inclinadas a practicarlas; pero en el momento de obrar muchas veces quédanse en suspenso. ¿Es la ocasión precisa? ¿Se sabe en qué medida debe hacerse aquello? ¿No se engañarán acerca del objeto?

Cien dificultades detienen: se teme ser engañado queriendo ser bienhechor y liberal; pasar por débil, apareciendo demasiado tierno y sensible; en una palabra, excederse o no llegar a cumplir los deberes que se encierran de una manera demasiado obscura en las nociones generales de humanidad y dulcedumbre. En esta duda, solamente la experiencia o el ejemplo pueden determinar de modo razonable la inclinación del corazón. Pero la expe-

riencia no es una cosa que puede todo el mundo procurarse a voluntad; depende de la situación en que le coloque a uno la fortuna. Sólo queda el ejemplo para servir de regla a mucha gente en el ejercicio de la virtud.

Precisamente para lectores de esta clase es para quienes tales obras pueden ser de gran utilidad, por lo menos cuando están escritas por un hombre honrado y de buen sentido. Cada hecho que se relata es un rayo de luz, una enseñanza que suple a la experiencia; cada aventura un modelo que se puede imitar, sólo con ajustarle a las circunstancias en que uno se halle. Toda la obra es un tratado de moral, presentado en ejercicios agradables.

Un lector severo quizá se indigne al verme a mi edad tomar la pluma para escribir lances de fortuna y de amor; pero si la reflexión que acabo de hacer es sólida me justificará, y si es falsa, mi error será mi disculpa.

HISTORIA DE MANON LESCAUT

PRIMERA PARTE

Me veo obligado a trasladar al lector a la época de mi vida en que conocí al caballero Des Grieux. Fué unos seis meses antes de mi viaje a España. Aun cuando era muy raro que yo saliera de mi soledad, mi condescendencia con mi hija me obligaba algunas veces a emprender pequeños viajes, que procuraba abreviar todo lo posible.

Regresaba un día de Rouen, donde fuera, a ruego suyo, para gestionar un asunto en Normandía sobre la herencia de unas tierras cuyo derecho había yo cedido a ella, y que procedían de mi abuelo materno. Como tomara el camino por Evreux, donde dormí la primera noche, llegué al día siguiente a la hora de comer a Passy, que dista de aquél unas cinco o seis leguas. Al entrar en este pueblo me sorprendió encontrar a todos los habitantes muy alarmados. Salían precipitadamente de sus casas para correr en tropel hacia una mala hostería, ante cuya puerta veíanse dos galeras. Los caballos, aún enganchados y vaheantes de fa-

tiga y de calor, indicaban que aquellos vehículos acababan de llegar.

Me detuve un instante para informarme de la causa de aquel tumulto; pero no pude sacar mucho en limpio de un populacho curioso que, sin prestar atención ninguna a mis preguntas, afluía hacia la hostería, empujándose con gran confusión. Por fin, apareció en la puerta un arquero con su bandolera y mosquete al hombro, y le hice señas de que se acercara. Le rogué que me dijese el motivo de todo aquel alboroto.

—No es nada, señor—me dijo—; es que mis compañeros y yo vamos custodiando a una docena de muchachas alegres, que conducimos al Havre, donde han de embarcarse para América. Hay algunas que son bonitas, y esto, al parecer, excita la curiosidad de estos campesinos.

No hubiera tratado de inquirir más si no hubieran llamado mi atención las exclamaciones de una vieja que salía de la hostería juntando las manos y gritando que aquello era una barbaridad, una cosa que daba horror y lástima.

—¿De qué se trata?—le dije.

—¡Ah, señor!, entrad—respondió ella—y ved si este espectáculo no es capaz de partir el corazón.

La curiosidad me hizo apeaar del caballo, que entregué a mi palafrenero. Entré con trabajo, atravesando la multitud, y, en efecto, vi algo verdaderamente conmovedor.

Entre las doce muchachas apareadas con una cadena por la cintura, había una cuyo porte y cuyo

semblante estaban tan poco en armonía con su condición, que en cualquier otra circunstancia la hubiese tomado por una joven de alta jerarquía. Su tristeza y la suciedad de su traje y de su ropa interior la afeaban tan poco, que su vista me inspiró respeto y lástima. Procuraba volverse todo lo que la cadena le permitía, para hurtar su cara a los ojos de los espectadores. El esfuerzo que hacía para ocultarse era tan natural, que parecía proceder de un sentimiento de modestia.

Como los seis arqueros, custodios de aquel grupo de desdichadas, estaban también en la habitación, llamé aparte al jefe y le pedí algunos detalles sobre la suerte de aquella linda muchacha. No pudo decirme más que generalidades.

—La hemos sacado del hospital—me dijo—por orden del jefe de Policía. No es probable que estuviese allí encerrada por sus buenas acciones. La he interrogado varias veces en el camino; pero se obstina en no contestarme. Aun cuando nadie me ha dado orden ninguna para tratarla mejor que a las otras, tengo algunos miramientos con ella, pues me parece que vale más que sus compañeras. Ahí tenéis un joven—agregó el arquero—que podrá informaros mejor que yo acerca de las causas de su desgracia. La ha seguido desde París sin cesar un momento en su llanto. Debe de ser su hermano o su amante.

Torné mis ojos hacia el rincón del cuarto en que aquel joven estaba sentado. Parecía sumido en una honda preocupación. En mi vida he visto una ima-

gen más viva del dolor. Iba vestido con mucha sencillez; pero a la primera ojeada se descubría en sus maneras al hombre distinguido y educado. Me acerqué a él. Se levantó y advertí en sus ojos, en su cara y en todos sus movimientos un aire tan noble y tan fino, que me sentí inclinado naturalmente a quererle.

—No quisiera molestaros—dije sentándome a su lado—. ¿Queréis ser tan amable que satisfagáis la curiosidad que siento por conocer a esa linda persona, que no me parece hecha para el triste estado en que la veo?

Respondióme honradamente que no podía decir quien era ella sin darse él mismo a conocer, y que tenía sus razones para desear conservar el incógnito.

—Puedo deciros, sin embargo, lo que esos miserables no ignoran—continuó, señalando a los arqueros—; y es que la amo con una pasión tan violenta, que me hace ser el más desgraciado de los hombres. Lo he intentado todo en París para conseguir su libertad. Las solicitudes, la astucia y la violencia me han sido inútiles; he tomado el partido de seguirla, aunque vaya al fin del mundo. Me embarcaré con ella. Iré a América.

Pero la mayor inhumanidad de estos cobardes canallas—agregó, hablando de los arqueros— es que no me permiten acercarme a ella. Mi propósito era atacarlos abiertamente a algunas leguas de París. Me había asociado con cuatro hombres que me prometieron su ayuda mediante una can-

tividad considerable. Los muy traidores me han dejado en la estacada, llevándose mi dinero. La imposibilidad de vencer por la fuerza me ha obligado a rendir las armas. He propuesto a los arqueos que me permitieran seguirles, ofreciéndoles una recompensa. El afán de la ganancia les ha hecho aceptar. Han querido que les pagara cada vez que me han permitido hablar con mi amante. Mi bolsillo se ha agotado en poco tiempo, y ahora que no tengo un cuarto, son tan bárbaros, que me rechazan brutalmente cada vez que doy un paso hacia ella. Hace un momento no más que me he atrevido a acercarme, a pesar de sus amenazas, y han tenido la insolencia de levantar contra mí los fusiles. Véome obligado, para satisfacer su avaricia y ponerme en condiciones de seguir a pie la ruta, a vender un caballejo que hasta ahora me ha servido de cabalgadura.

Aun cuando, al parecer, relataba esto con bastante tranquilidad, al terminar dejó correr algunas lágrimas. Aquella aventura parecióme de lo más extraordinario y conmovedor.

—No insisto—le dije—en que me descubráis el secreto de vuestros asuntos; pero si puedo seros útil en algo, me ofrezco a hacerlo con mucho gusto.

—Desgraciadamente—me respondió—, no veo la menor luz de esperanza. Habré de someterme necesariamente a todo el rigor de mi suerte. Iré a América. Al menos, allí me veré libre con la que amo. He escrito a un amigo que me enviara

algún dinero al Havre. Me veré apurado hasta llegar allí; sobre todo, por mi deseo de procurar algún alivio en el camino a esta pobre criatura —añadió, mirando tristemente a su amante.

—Bueno—le dije—; voy a sacaros del apuro. Aquí tenéis este dinero, que os ruego aceptéis. Siento mucho no poderos ser útil de otro modo.

Le di cuatro luises de oro sin que los arqueros lo advirtiesen; pues suponía que si se enteraban de que era poseedor de aquella cantidad, le venderían más cara su ayuda. También se me ocurrió entenderme con ellos para conseguir que el joven pudiera hablar con su amante a todas horas hasta el Havre. Hice seña al jefe para que se acercara, y le formulé la proposición. A pesar de su descaro, parecióme algo avergonzado.

—No es, señor—respondió con un aire embarazado—, que nos neguemos a dejarle hablar con esta muchacha; pero querría estar constantemente junto a ella: esto nos molesta, y es justo que pague por la incomodidad.

—Veamos—le dije—lo que es necesario para no sentirla.

Tuvo la osadía de pedirme dos luises. Se los di inmediatamente, diciéndole:

—Tened cuidado de no hacer ninguna bribonada; pues os advierto que voy a dejar mis señas a este joven, a fin de que pueda informarme de lo que ocurra, y contad con que podría haceros castigar.

La cosa me costó seis luises de oro.

La gracia y el vivo reconocimiento con que el joven desconocido agradeció mis servicios, acabaron de convencerme de que no era un cualquiera y que merecía mi liberalidad. Antes de marcharme dirigí algunas palabras a su amante. Ella me respondió con una modestia tan dulce y tan encantadora, que no pude menos de salir haciéndome mil reflexiones sobre el carácter incomprendible de las mujeres.

Vuelto a mi soledad, no tuve noticia de la continuación de esta aventura. Transcurrieron cerca de dos años, durante los cuales olvidéla por completo, hasta que la casualidad me dió ocasión de conocer a fondo todas las circunstancias de ella.

Llegaba a Calais, desde Londres, con mi discípulo el marqués de ***. Nos alojamos, si mal no recuerdo, en el Lion d'Or, en donde, por varias razones, tuvimos que pasar el día entero y la noche siguiente. Paseando por las calles aquella tarde, creí ver al mismo joven que encontrara en Passy. Iba muy mal trajeado, y estaba mucho más pálido que la primera vez que le vi. Llevaba en la mano un viejo portamantas; pues acababa de llegar a la ciudad. Sin embargo, como era demasiado guapo para no ser reconocido fácilmente, en seguida le recordé, y dije al marqués:

—Tenemos que abordar a este joven.

Su alegría fué de lo más expresiva, cuando, a su vez, me reconoció:

—¡Ah, señor!—exclamó, besándome la mano—.

Cuánto me alegro poder expresaros de nuevo mi agradecimiento eterno.

Le pregunté de dónde venía. Me respondió que llegaba del Havre, donde hacía poco desembarcó de vuelta de América.

—No me parece que estáis muy bien de dinero—le dije—. Id al Lion d'Or, donde yo me hospedo, y allí iré en seguida.

Volví, con efecto, lleno de impaciencia por saber detalles de su infortunio y las circunstancias de su viaje a América. Le colmé de atenciones, y ordené que no le faltara nada. No esperó a que yo le instara que me contase la historia de su vida.

—Señor—me dijo—; os portáis conmigo con tal nobleza, que me reprocharía, como la más negra ingratitud, el tener algún secreto para vos. Voy a contaros no solamente mis desgracias y mis penas, sino también mis desórdenes y mis más vergonzosas flaquezas: estoy seguro de que, aun condenándome, no podréis por menos de compadecerme.

Debo advertir al lector que escribí su historia casi a raíz de oírla, y que puede asegurarse, por consiguiente, que no hay nada más exacto y fiel que esta narración. Y digo fiel hasta en el relato de las reflexiones y de los sentimientos que el joven aventurero expresaba con la mayor gracia del mundo.

He aquí su relato, en el cual no pondré nada de mi cosecha hasta el fin:

“Tenía diez y siete años y estaba terminando mis estudios de filosofía en Amiens, donde me enviaron mis padres, que son de una de las mejores familias de P***. Llevaba una vida tan tranquila y morigerada, que mis maestros me ponían por ejemplo en el colegio; y no es que yo hiciese esfuerzos extraordinarios para merecer estos elogios, sino que tengo un carácter por naturaleza dulce y tranquilo; me aplicaba en el estudio, y me atribuían, como virtud, cierto instinto de aversión al vicio. Mi nacimiento, el suceso en mis estudios y algunas prendas exteriores, me dieron a conocer y me granjearon la estimación de las gentes honradas de la ciudad.

Terminé los ejercicios públicos con tan unánime aprobación, que el señor obispo, que los presencié, me propuso entrar en el estado eclesiástico, en el cual, según él, podría distinguirme más que en la Orden de Malta, a la que mis padres me destinaban. Ya me hacían llevar la cruz con el nombre de caballero Des Grieux. Próximas las vacaciones, me disponía a volver con mi padre, que me había prometido enviarme en seguida a la Academia.

Mi único sentimiento al dejar Amiens era separarme de un amigo, con el cual estaba íntimamente unido. Tenía algunos años más que yo. Nos habíamos educado juntos; pero como el orden económico de su casa era menos que mediano, veíase obligado a tomar el estado eclesiástico y a quedarse en Amiens—cuando yo me marché—

para continuar los estudios que requiere esta profesión. Poseía mil buenas cualidades. En el curso de mi historia le conoceréis por las mejores de ellas, sobre todo por su amistad celosa y desinteresada, que sobrepuja a todos los ejemplos de la antigüedad. Si yo entonces hubiera seguido sus consejos, habría sido siempre honrado y feliz. Sólo con que hubiera atendido a sus reproches en el precipicio a que mi pasión me arrastró, habría salvado del naufragio algo de mi fortuna y de mi reputación. Pero no ha recogido de sus cuidados más frutos que el pesar de verlos inútiles, y a veces hasta recompensados duramente por un ingrato a quien ofendían y que los consideraba como impertinencias.

Había señalado ya la época de mi partida de Amiens. ¡Ay! ¡Si la hubiera fijado para un día antes, habría llegado a casa de mis padres con toda mi inocencia! La víspera misma de aquel en que debía dejar la ciudad, paseándome con mi amigo, que se llamaba Tibergo, vimos llegar el coche de Arras, y le seguimos hasta la posada en que suelen parar estos vehículos. Ibamos allí por mera curiosidad. Apeáronse algunas mujeres, que desaparecieron en seguida; pero una de ellas, muy joven, se quedó sola en el patio, mientras un hombre de edad avanzada, que parecía acompañarla, cuidábase de que sacaran su equipaje de las cestas. Me pareció la joven tan encantadora, que yo, que nunca pensé en la diferencia de los sexos, ni había mirado a una muchacha con aten-

ción; yo, cuya formalidad y continencia admiraba todo el mundo, me sentí inflamado de repente hasta la locura. Tenía yo el defecto de ser tímido con exceso y de desconcertarme fácilmente; pero entonces, lejos de verme detenido por esta flaqueza, me adelanté hacia la dueña de mi corazón.

Aunque era más joven que yo, recibió mis agasajos sin aparecer turbada. Le pregunté lo que la llevaba a Amiens, y si conocía a alguien allí. Me respondió ingenuamente que la enviaban sus padres para ser religiosa. El amor, que desde un momento antes adueñárase de mi corazón, hábame abierto los ojos de tal suerte, que consideré aquel propósito como un golpe mortal para mis deseos. Le hablé de un modo que le hizo comprender mis sentimientos, pues tenía mucha más experiencia que yo: la enviaban al convento contra su voluntad, sin duda para contener su inclinación al placer, que ya se había manifestado en ella, y que ha sido la causa de todas sus desgracias y las más. Combatí la cruel intención de sus padres, con todas las razones que me inspiraron mi amor naciente y mi elocuencia escolástica. Ella no afectó ni rigor ni desdén. Díjome, después de un corto silencio, que demasiado prevenía su infelicidad; pero que aquella era indudablemente la voluntad de Dios, puesto que no le enviaba ningún medio de evitarlo. La dulzura de su mirada, el aire encantador de tristeza con que pronunciara estas palabras, o más bien quizá la

fuerza de mi sino, que me arrastraba a la perdición, no me permitieron dudar un momento de mi respuesta. Juréla que si ella quería confiar en mi honor y en la ternura infinita que me inspiraba, dedicaría mi vida a librarla de la tiranía de sus padres y a hacerla dichosa, añadiendo otras mil razones para convencerla.

Me he asombrado mil veces después, al reflexionar sobre esto, de mi atrevimiento y de mi facilidad de expresión; pero no se juzgaría una divinidad el amor si a menudo no obrase tales prodigios.

Mi bella desconocida sabía perfectamente que a mi edad no se engaña; me confesó que si encontrase algún medio para conseguir ponerla en libertad, ella creería deberme algo más precioso que la vida. Le repetí que estaba dispuesto a intentarlo todo; pero como mi poca experiencia no me procuraba de momento los medios necesarios para servirla, ateníame a esta seguridad general, que no era una gran ayuda ni para ella ni para mí. Su viejo Argos se reunió a nosotros. Todas mis esperanzas hubieran ido por tierra si ella no hubiese tenido bastante ingenio para suplir a la esterilidad del mío. Sorprendióme que, a la llegada de su acompañante, me llamase primo, y que, sin demostrar el más mínimo azoramiento, me dijese que puesto que había tenido la suerte de encontrarme en Amiens, dejaba para el día siguiente su entrada en el convento, a fin de procurarse el placer de comer conmigo. En seguida compren-

dí el sentido de la farsa; le propuse se alojara en una posada, cuyo dueño, establecido en Amiens, después de ser mucho tiempo cochero de mi padre, me era completamente adicto.

La llevé yo mismo, mientras el viejo acompañante gruñía un poco, y mi amigo Tibergo, que no entendía una palabra de toda aquella escena, me seguía sin desplegar los labios. No había oído nuestra conversación. Habíase quedado paseando en el patio mientras yo hablaba de amor a mi bella amante. Como temía su cordura, me libré de él, rogándole que me hiciera un encargo. De este modo, al llegar a la posada, tuve el placer de encontrarme a solas con la soberana de mi corazón.

Pronto comprendí que era menos niño de lo que yo suponía. Mi corazón abrióse a mil sentimientos de placer, de que nunca me formara idea. Un calor dulce se difundía por mis venas. Estaba en una especie de transporte, que por algún tiempo ahogó mi voz y sólo se expresaba por mis ojos.

La señorita Manón Lescaut, así me dijo que se llamaba, parecía muy satisfecha de aquel efecto de sus gracias. Creí notar que no estaba menos emocionada que yo. Me confesó que me hallaba agradable y que la encantaría deberme su libertad.

Quiso saber quién era yo, y, al saberlo, su afecto aumentó; pues siendo ella de cuna vulgar, le halagaba la idea de haber conquistado a

un adorador de mi clase. Nos ocupamos de los medios para ser uno de otro.

Después de muchas reflexiones, no hallamos más camino que la fuga. Había que burlar la vigilancia del acompañante, que, aun siendo sólo un criado, no era fácil de manejar. Convinimos en que yo mandaría preparar durante la noche una silla de posta, y que volvería a la posada muy de mañana, antes que él se despertase; que saldríamos en secreto e iríamos directamente a París, donde nos casaríamos al llegar. Yo tenía unos cincuenta escudos, fruto de mis modestas economías; ella poseía, aproximadamente, el doble. Como criaturas que éramos, imaginamos que aquella cantidad no se acabaría nunca, y la misma confianza pusimos en el logro de las demás medidas.

Después de cenar, con satisfacción hasta entonces jamás por mí sentida, me retiré para poner en práctica nuestro proyecto. Me fué tanto más fácil arreglar las cosas, cuanto que, como pensaba marcharme al día siguiente a casa de mi padre, tenía el equipaje hecho. Poco trabajo me costó transportar un baúl y preparar una silla de posta, que estaría dispuesta a las cinco de la mañana; esta era la hora en que se abrían las puertas de la ciudad. Pero tropezé con un obstáculo que no sospechaba y que estuvo a punto de desbaratar mi plan.

Tibergo, aun cuando solamente tres años mayor que yo, era un muchacho de sentido y de una con-

ducta intachable. Me quería con una ternura extraordinaria. La vista de una tan linda muchacha como la señorita Manon, mi apresuramiento por acompañarla y el empeño que tuve en deshacerme de él, procurando alejarle, le hicieron sospechar algo de mi amor. No se atrevió a volver a la posada donde me había dejado, temiendo ofenderme; pero fué a mi casa y allí me esperó hasta que llegué, ya dadas las diez de la noche. Su presencia me apesadumbró. Pronto advirtió la contrariedad que me causaba.

—Estoy seguro—me dijo sin rodeos—de que estáis fraguando un plan que queréis ocultarme: lo veo en vuestra actitud.

Respondíle con bastante brusquedad que no me creía obligado a darle cuenta de mis propósitos.

—No—repuso—; pero siempre me habéis tratado como amigo, y en calidad de tal creo que merezco un poco de confianza y franqueza.

Insistió tanto en que le descubriese mi secreto, que, como no acostumbraba tener reserva alguna con él, le conté al detalle mi pasión. Recibió mi confidencia con un aire de descontento que me hizo estremecer. Sobre todo, me arrepentí de la indiscreción con que le había descubierto el propósito de fuga. Me dijo que era demasiado amigo mío para no oponerse a ello con todas sus fuerzas; que primero quería recordarme todo lo que él juzgaba capaz de hacerme desistir de aquella empresa; pero que si desde luego no renunciaba a aquella locura, advertiría a personas que pu-

dieran impedirla. Pronunció un discurso serio, que duró más de un cuarto de hora, terminando con la amenaza de denunciarme si no le daba mi palabra de portarme con más cordura y sensatez.

Me desesperaba el haberme traicionado tan tontamente. Sin embargo, como el amor había aguzado mi entendimiento hacía dos horas, recordé que no le había dicho que mi intento era poner en práctica el proyecto al día siguiente, y resolví engañarle, sirviéndome de un equívoco.

—Tibergo—le dije—, siempre he creído que érais mi amigo, y ahora he querido probaros con esta confidencia. Es verdad que amo, no os he engañado; pero, en lo tocante a mi fuga, no es cosa para hacerla a tontas y a locas. Venid a buscarme mañana a las nueve, os presentaré a mi amante, y vos mismo juzgaréis si merece que dé este paso por ella.

Me dejó solo después de mil protestas de amistad.

Empleé la noche en ordenar mis asuntos, y vuelto a la posada de la señorita Manon hacia el amanecer, halléla esperándome. Estaba en la ventana que daba a la calle, de suerte que, al verme, fué a abrirme ella misma. Salimos sin hacer ruido. Ella no llevaba más equipaje que su ropa blanca, de la que yo mismo hube de encargarme; la silla de posta se hallaba aparejada, y en seguida nos alejamos de la ciudad.

Más adelante referiré la conducta de Tibergo cuando advirtió que le había engañado. No por ello se enfrió su celo. Ya veréis a qué exceso le

condujo y cuántas lágrimas habría yo de derramar pensando en cuál fué siempre su recompensa.

Avanzamos con tal rapidez, que antes de anochecer estábamos en Saint-Denis. Yo había ido a caballo junto a la silla, lo cual no nos permitió hablar más que en los relevos del tiro; pero cuando nos vimos tan cerca de París, es decir, casi en salvo, decidimos tomar algún refrigerio, pues no habíamos comido nada desde nuestra salida de Amiens. Por muy apasionado que yo estuviese de Manon, ella supo convencerme que no lo estaba menos de mí. Eramos tan poco reservados en nuestras caricias, que no teníamos paciencia para esperar a encontrarnos solos. Los postillones y los hosteleros mirábannos con admiración, y yo observaba que se sorprendían al ver dos niños de nuestra edad dando muestras de amarse con locura.

En Saint-Denis olvidamos nuestros proyectos de matrimonio; defraudamos los derechos de la iglesia y nos hallamos esposos sin saber cómo. Seguramente, con mi natural tierno y constante, yo habría sido feliz toda mi vida si Manon me hubiese sido fiel. Cuanto más la conocía, más cualidades amables descubría en ella. Su talento, su corazón, su dulzura y su belleza formaban una cadena tan fuerte y tan encantadora, que yo hubiera cifrado toda mi dicha en no soltarme de ella. ¡Terrible mudanza! Lo mismo que hoy constituye mi desesperación pudo hacer mi felicidad. Soy el más desgraciado de los hombres, por esta misma constan-

cia que me daba derecho a esperar la suerte más dulce y las mejores recompensas del amor.

Tomamos un piso amueblado en París, en la calle V..., y, por desdicha mía, cerca de un señor de B***, célebre asentista. Transcurrieron tres semanas, durante las cuales yo había estado tan absorto por mi pasión, que no pensé en mi familia y en el dolor que mi padre habría de sentir por mi ausencia. Sin embargo, como el desarreglo no era parte en mi conducta, y Manon se portaba también con mucha mesura, la tranquilidad en que vivíamos hizome volver poco a poco a la idea de mi deber.

Resolví reconciliarme con mi padre, si era posible. Mi amante era tan encantadora, que no dudaba un punto que le agradaría si hallaba medio de hacerle saber su mérito y su cordura; en una palabra, vanagloriábame de que obtendría el permiso para casarme con ella, pues ya estaba convencido de que no podría hacerlo sin su consentimiento. Comunicué este proyecto a Manon, haciéndole comprender que, además de las razones de cariño y de deber, también entraba en algo la necesidad, pues nuestros fondos iban disminuyendo y ya empezaba yo a modificar mi opinión de que jamás se agotarían. Manon recibió fríamente mi proposición. Pero como quiera que hube de tomar las dificultades que opuso por hijas de su ternura y del temor de perderme si mi padre no accedía a nuestro deseo, después de conocer el lugar donde estábamos escondidos, no tuve la menor sospecha

del golpe cruel que me preparaba. A mi observación de la necesidad, díjome que aún nos quedaba lo suficiente para vivir algunas semanas, y que después ella escribiría a unos parientes suyos de provincias que le eran afectos y le enviarían recursos. Suavizó su negativa con caricias tan dulces y apasionadas, que yo, que sólo vivía por ella y que no desconfiaba lo más mínimo de su corazón, aplaudí sus palabras y sus resoluciones. Manon disponía libremente de nuestra bolsa y se cuidaba de pagar el gasto ordinario. Poco a poco fui advirtiendo que nuestra mesa estaba mejor servida y que ella lucía adornos de precio. Como no ignoraba que apenas debían quedarnos diez o doce pistolas, manifesté mi asombro ante aquel aumento aparente de nuestra opulencia. Ella rogóme riendo que no me preocupara. “¿No te prometí—me dijo—que encontraría recursos?” La amaba yo con demasiado candor para alarmarme fácilmente.

Un día que yo salí por la tarde y le había advertido que pasaría fuera más tiempo que de costumbre, al volver chocóme mucho que me hicieran esperar dos o tres minutos a la puerta. Nuestra servidumbre consistía en una muchacha poco más o menos de nuestra edad. Al venir a abrir le pregunté por qué había tardado tanto. Respondióme, con turbación, que no había oído llamar. Yo, que sólo había llamado una vez, la dije: “Pero si no has oído, ¿cómo has venido a abrir?” Esta pregunta la desconcertó de tal modo que, sin presencia de ánimo bastante para responder, rompió a

llorar, asegurándome que no era culpa suya y que la señora la había prohibido ir a abrir la puerta hasta que el señor de B*** hubiese salido por la otra escalera que daba al gabinete. Quedé tan aturvido, que no tuve valor para entrar en la casa. Tomé el partido de marcharme, pretextando un asunto, y ordené a aquella niña que dijese a su ama que volvería al momento, pero que se callase que me había hablado del señor de B***.

Mi abatimiento era tan grande, que bajé la escalera llorando, sin saber aún de qué sentimiento procedían mis lágrimas. Entré en el café más cercano, me senté en una mesa y, con la cabeza apoyada en las manos, púseme a inquirir lo que pasaba en mi corazón. No me atrevía a recordar lo que acababa de oír. Quería considerarlo como una ilusión, y a punto estuve, dos o tres veces, de volver a mi casa aparentando no haber oído nada. Me parecía tan imposible que Manon me traicionase, que temía ofenderla sospechando de ella. La adoraba, esto era cierto; nunca le había dado más pruebas de amor que había recibido de ella; ¿por qué acusarla de ser menos sincera y constante que yo? ¿Qué razón la habría inducido a engañarme? No hacía tres horas que me colmara de caricias y recibiera las mías con transporte; yo no conocía mejor mi corazón que el suyo. “No, no—me dije—; no es posible que Manon me traicione. No ignora que sólo vivo para ella; sabe de sobra que la adoro; esto no es un motivo para que me odie.”

Sin embargo, la visita y la salida furtiva del se-

ñor de B*** me preocupaban. También recordaba las adquisiciones de Manon, que me parecían superiores a nuestras riquezas presentes. Aquello olfía a liberalidades de un nuevo amante. ¿Y la confianza que ella me mostrara sobre recursos que yo no conocía? Me era difícil dar a tantos enigmas la solución que mi corazón deseaba.

Por otra parte, yo apenas la había perdido de vista desde nuestra llegada a París. En quehaceres, en paseos, en diversiones, siempre habíamos estado juntos, pues un instante de separación ¡nos hubiera afligido tanto! Necesitábamos repetirnos sin cesar que nos amábamos; hubiéramos muerto de inquietud sin esta expansión. No podía, pues, concebir un momento que Manon hubiese podido ocuparse de otro que de mí.

Finalmente, creí haber hallado la aclaración de aquel misterio. El señor de B***—díjeme a mí mismo—es un hombre que realiza grandes negocios y tiene muy buenas relaciones; la familia de Manon quizá se haya valido de él para hacer llegar algún dinero a sus manos. Acaso haya recibido ya alguna cantidad, y hoy habrá ido a entregarle más. Sin duda ha querido ocultármelo para luego sorprenderme agradablemente. Es posible que me lo hubiera contado si hubiese entrado en casa como de costumbre, en vez de venir aquí a afligirme, y, desde luego, no me lo ocultará cuando yo mismo le hable de ello.”

Me aferré de tal modo a esta creencia, que ello hizo disminuir notablemente mi dolor. Inmediata-

mente volví a casa. Besé a Manon con el mismo cariño de siempre. Ella me recibió muy bien. Tentado estuve de darle cuenta de mis conjeturas, que encontraba más verosímiles cada vez; me contuve, esperando que quizá se le ocurriera prevenirme de ello contándome todo lo que había pasado.

Nos sirvieron la cena. Yo me senté a la mesa muy alegre; pero a la luz de la bujía, colocada entre ella y yo, creí notar cierta tristeza en el rostro y en los ojos de mi amada. Aquella idea me la produjo también a mí. Observé que sus miradas fijábanse en mí de modo distinto que de ordinario. No hubiera podido decir si era amor o compasión, aunque me pareció que revelaba un sentimiento dulce y lánguido. Yo la miraba con atención pareja, y probablemente ella leería en mis miradas el estado de mi corazón. No nos cuidamos de hablar ni de comer. Por fin vi que de sus bellos ojos se deslizaban algunas lágrimas, ¡pérfidas lágrimas!

—¡Dios mío—exclamé—, estás llorando, querida Manon! ¡Estás afligida hasta el punto de llorar, y no me dices una palabra de tus penas!

Ella no me respondió sino con suspiros, que aumentaron mi inquietud. Me levanté temblando; la conjuré con todos los argumentos del amor a que me descubriera el motivo de su llanto; yo mismo lloré enjugando sus lágrimas; estaba más muerto que vivo. Un salvaje hubiérase enternecido al ver las muestras de mi dolor y mi temor.

Mientras yo estaba entregado completamente a

ella, oí ruido como de varias personas que subían la escalera. Llamaron con suavidad a la puerta. Manon me dió un beso y, soltándose de mis brazos, entró rápidamente en el gabinete, cerrando la puerta tras de sí. Yo me figuré que, por estar un poco descompuesta, querría ocultarse a los ojos de los extraños que llamaban. Fuí yo mismo a abrir.

Apenas hube abierto, me vi cogido por tres hombres, a los que reconocí como los lacayos de mi padre. No me hicieron violencia alguna; pero dos de ellos me sujetaron por los brazos, mientras el tercero registraba mis bolsillos y sacaba de ellos un cuchillito, que era la única arma que llevaba encima. Me pidieron perdón por la necesidad en que se veían de faltarme al respeto; me dijeron, naturalmente, que obraban por orden de mi padre, y que mi hermano mayor me esperaba abajo en un coche. Estaba tan aturdido, que me dejé llevar sin responder. Mi hermano estaba esperándome, efectivamente. Me metieron en el coche, a su lado, y el cochero, que ya tenía orden de lo que había de hacer, nos condujo a todo correr hasta Saint-Denis. Mi hermano me abrazó con ternura, pero no me habló una palabra; así que tuve todo el espacio necesario para pensar en mi infortunio.

Encontré primero en aquel trance tanta obscuridad, que no veía ni un rayo de luz que diese lugar a la menor conjetura. Me habían traicionado cruelmente; ¿pero quién? Tibergo fué el primero que se me vino a las mientes. “¡Traidor!—me de-

cía—. Si mis sospechas son fundadas, puedes despedirte de la vida.” Sin embargo, reflexioné que ignoraba el sitio donde yo vivía, y, por lo tanto, no habían podido saberlo de él. Mi alma no osaba hacerse culpable de acusar a Manon. Aquella tristeza que parecía abrumarla, sus lágrimas, la ternura con que me besó al retirarse, eran, en verdad, un enigma; pero sentíame inclinado a explicarlo como un presentimiento de nuestra desgracia común; y mientras me desesperaba del accidente que me arrancaba de sus brazos, tenía la credulidad de imaginar que aún era ella más digna de lástima que yo.

El resultado de mis meditaciones fué convenirme de que en las calles de París me habrían visto algunas personas amigas de mi padre y le habrían avisado. Este pensamiento me consoló. Contaba con que todo acabaría en alguna reprimenda, o, a lo sumo, en alguna paliza que había de sufrir de la autoridad paterna. Resolví aguantarlo con paciencia y prometer todo lo que se me exigiera, para facilitar la ocasión de retornar pronto a París y devolver la vida y la alegría a mi querida Manon.

Llegamos en poco tiempo a Saint-Denis. Mi hermano, sorprendido de mi silencio, se imaginó que era efecto de mi temor. Propúsose consolarme, asegurándome que no tenía nada que temer de la severidad de mi padre, siempre que estuviese dispuesto a reintegrarme a mis deberes y a merecer el cariño que me profesaba. Me hizo pasar la no-

che en Saint-Denis, con la precaución de que los tres lacayos se acostaran en mi cuarto.

Lo que me causó una gran pena fué verme en la misma posada en que me había alojado con Manon en nuestro viaje de Amiens a París. El posadero y los criados me reconocieron, y al mismo tiempo adivinaron la verdad de mi historia. Al posadero le oí decir: "¡Ah!, éste es aquel señor tan guapo que pasó, hace seis semanas, con una señorita a quien amaba tanto. ¡Qué encantadora era! ¡Cómo se acariciaban los pobres niños! ¡Pardiez, es una lástima que los hayan separado!" Fingí no oír nada y me dejé ver lo menos posible.

Mi hermano tenía presta en Saint-Denis una silla de dos asientos, en la cual partimos al amanecer, llegando a nuestra casa al día siguiente por la noche. Antes que yo viera a mi padre quiso mi hermano prevenirle en mi favor, contándole la docilidad con que me había dejado conducir; de modo que fué recibido con menos dureza de la que yo me esperaba. Mi padre se contentó con reprenderme en general por la falta que había cometido ausentándome sin su permiso. En cuanto a mi amante, díjome que bien merecido tenía lo que me pasaba por entregarme a una desconocida; que me hubiera creído más prudente, pero que esperaba que aquella aventurilla me hiciera más cauto. Yo tomé aquel discurso en el sentido que convenía a mis ideas. Di las gracias a mi padre por su bondad perdonándome, y le prometí seguir una conducta más sumisa y más ordenada. En el fondo de mi co-

razón yo triunfaba, pues de la manera como se arreglaban las cosas, no dudaba que podría escaparme de la casa antes de que terminara la noche.

Nos sentamos a la mesa para cenar; se burlaron de mí por mi conquista de Amiens y por mi fuga con aquella fiel amante. Seguí las bromas tranquilo; es más, estaba encantado de poder hablar de lo que llenaba por completo mi alma; pero algunas palabras que mi padre dejó caer me hicieron aguzar el oído. Habló de perfidia y de un servicio interesado prestado por el señor de B***. Quedé confuso al oírle pronunciar aquel nombre, y le supliqué humildemente que se explicara. Volvióse a mi hermano para preguntarle si no me había contado la historia. Mi hermano respondió que, al verme tan tranquilo en el camino, no creyó necesario utilizar aquel remedio para curarme de mi locura. Advertí que mi padre dudaba si explicarse o no. Supliquéle con tanta insistencia, que me satisfizo, o, más bien, me asesinó cruelmente con el más horrible de los relatos.

Primero me preguntó si había tenido siempre la inocencia de suponerme querido de mi amante. Le respondí muy osado que estaba tan seguro de ello, que nada me haría desconfiar. “¡Ja, ja, ja!—exclamó riendo con toda su alma—. ¡Esto es bueno! Te dejas engañar lindamente, y me gusta verte así. Es una lástima, pobre caballero, que entres en la Orden de Malta, puesto que tienes tal aptitud para marido paciente y cómodo!” Agregó mil bur-

las de esta especie sobre lo que llamaba mi tontería y mi credulidad.

Finalmente, como yo permanecía callado, continuó diciéndome que, según sus cálculos, desde mi salida de Amiens Manon me había amado unos doce días. “Pues sé—añadió—que saliste de Amiens el 28 del mes pasado; estamos a 29; hace once días que me escribió el señor de B***; supongo que haya necesitado ocho para trabar amistad con tu amante; luego quitando once y ocho de treinta y uno que van desde el 28 de un mes al 29 del otro, quedan doce, poco más o menos.” A este punto volvieron a estallar las carcajadas.

Escuchaba yo todo aquello con tal opresión en el pecho, que temía no poder resistir hasta el final de aquella triste comedia.

“Sabrás, pues, puesto que lo ignoras, que el señor de B*** ha conquistado el corazón de tu princesa, porque sin duda trata de burlarse de mí al querer convencerme de que ha querido raptarte sólo por un celo desinteresado en mi servicio. ¡Valiente hombre (que, además, no me conoce) para esperar de él tan nobles sentimientos!

Ha sabido por ella que eras hijo mío, y para librarse de tus importunidades, me ha escrito diciéndome dónde vivías y el desorden en que vivías, y haciéndome comprender que era menester mano dura para apoderarse de ti. Se ha ofrecido a procurarme los medios para sorprenderte, y, por sus indicaciones y las de tu amante, tu hermano ha aprovechado el momento de cogerte desprevenido.

Felicítate ahora de la duración de tu triunfo. Sabes vencer con bastante rapidez, pero no sabes conservar tus conquistas.”

No tuve fuerza para soportar más tiempo un discurso cuyas palabras fueron otros tantos dardos para mi corazón. Me levanté de la mesa, y no había dado cuatro pasos, cuando caí al suelo privado de sentido. Me hicieron recobrarle acudiendo en seguida en mi auxilio. Abrí los ojos para verter un torrente de lágrimas, y la boca para proferir los lamentos más tristes y conmovedores. Mi padre, que siempre me quiso con ternura, desplegó todo su afecto para consolarme. Le oía, pero sin comprenderle. Me eché a sus pies, rogándole con las manos juntas que me dejase volver a París para dar de puñaladas al señor de B***. “No—decía—, no ha conquistado el corazón de Manon; la ha violentado, la ha seducido por un encantamiento o un veneno; quizá la ha forzado brutalmente. Manon me ama. ¿No he de saberlo yo? La habrá amenazado, puñal en mano, para obligarla a abandonarme. ¿Qué no habrá hecho para quitarme una amante tan encantadora? ¡Oh, dioses, dioses! ¿Será posible que Manon me haya traicionado y haya dejado de amarme?”

Como no hablaba más que de volver en seguida a París y me levantaba a cada momento, mi padre comprendió que en el estado de excitación en que me hallaba nada me detendría. Me llevó a una habitación alta, dejándome encomendado a la vigilancia de dos criados. Yo no sabía lo que me pa-

saba; hubiese dado mil vidas por estar solamente un cuarto de hora en París. Comprendí que habiéndome clareado tanto no sería fácil que me permitieran salir de la habitación. Con la vista medí la altura de las ventanas. No viendo posibilidad ninguna de escapar por aquel lado, dirigíme con dulzura a los dos criados. Mediante mil juramentos, me comprometí a hacer su fortuna algún día si consentían en mi evasión. Insistí, los acaricié, los amenacé, pero inútilmente. Entonces, perdida toda esperanza, resolví morir, y me eché sobre la cama con el propósito de no abandonarla vivo. Pasé la noche y el día siguiente en esta situación. Me negué a probar el alimento que me sirvieron por la mañana.

Mi padre fué a verme a medio día. Fué tan bondadoso, que me halagó mis penas con sus dulces consuelos. Me ordenó tan severamente que comiera algo, que lo hice por respeto a sus órdenes. Transcurrieron algunos días, durante los cuales no tomé nada sino en presencia suya y por obedecerle. El continuaba haciéndome razonamientos que pudieran volverme al buen camino e inspirarme desprecio hacia la infiel Manon. Cierto que ya no la quería; ¿cómo podría querer a la más voluble y pérfida de las criaturas? Pero su imagen, los rasgos deliciosos, que yo llevaba grabados en el fondo de mi alma, subsistían aún. Me sentía bien. "Puedo morir—decía—; debería hacerlo después de tanta vergüenza y de tanto dolor; pero sufriría mil muertes sin poder olvidar a la ingrata Manon."

Mi padre se maravillaba al verme tan hondamente afectado; sabía que yo tenía un concepto claro del honor, y no pudiendo dudar de que la traición de ella me hiciera despreciarla, suponía que mi constancia era más bien hija de afición a las mujeres en general que no de aquella pasión en particular. Se aferró de tal modo a esta idea, que, sin escuchar más que a su profundo cariño, un día se expansionó conmigo. "Caballero—me dijo—, mi designio hasta ahora era que llevases la cruz de Malta; pero veo que tus inclinaciones no van por ese lado. Te gustan las mujeres bonitas; soy de opinión de buscarte una que te agrade. Dime sencillamente lo que piensas de esto."

Respondíle que no distinguía entre unas y otras mujeres, y que, después de lo ocurrido, a todas las detestaba igualmente. "Te buscaré una—añadió mi padre sonriendo—que se parezca a Manon y sea más fiel." "¡Ah!—le dije—, si fuerais bueno para mí, me devolveríais a Manon. Podéis estar seguro, padre mío, de que no me ha traicionado; no es capaz de una infamia tan negra y tan cruel. El que nos engaña a vos, a ella y a mí es el pérfido señor de B***. Si supieseis lo tierna y sincera que es, si la conocieseis, vos mismo la amaríais." "Eres un niño—repuso mi padre—. ¿Cómo puedes estar ciego hasta ese extremo después de lo que te he referido? Ella misma es la que te ha entregado a tu hermano. Deberías olvidar hasta su nombre, y, si tienes juicio, aprovecharte de mi indulgencia."

Comprendía claramente que mi padre tenía ra-

zón. Era un impulso involuntario el que me compelia a defender a la ingrata. “Desgraciadamente —repose después de un momento de silencio—, es demasiado cierto que soy víctima de la más cobarde de todas las perfidias. Sí—continué, vertiendo lágrimas de despecho—; bien veo que no soy más que un niño. Mi credulidad era muy fácil de engañar. Pero ya sé lo que he de hacer para vengarme.” Mi padre quiso conocer mi propósito. “Iré a París—le dije—, prenderé fuego a la casa de B*** y le quemaré vivo, junto con la pérfida Manon.” Aquel arrebató hizo reír a mi padre, y sólo sirvió para que me vigilaran más estrechamente en mi prisión.

Allí pasé seis meses, durante el primero de los cuales, algún cambio se verificó en mi ánimo. Mis sentimientos eran una alternativa constante de odio y amor; de esperanza o desesperación, según como Manon se representaba en mi espíritu. Tan pronto la veía como la más amable de todas las muchachas y languidecía de deseo por ella, como me la representaba infame y pérfida amante y me juraba mil veces buscarla para castigarla.

Diéronme algunos libros, que sirvieron para devolver algo de tranquilidad a mi espíritu. Releí todos mis autores favoritos. Adquirí nuevos conocimientos. Recobré el gusto por el estudio. Ya veréis de lo que me sirvió. Las enseñanzas que debía al amor hicieronme ver claro en muchos pasajes de Horacio y de Virgilio que antes me habían parecido oscuros. Hice un comentario amoroso so-

bre el cuarto libro de la "Eneida"; pienso publicarlo, y tengo la pretensión de que será del agrado del público. "¡Ay!—pensaba al hacerlo—, ¡un corazón como el mío es lo que hubiera necesitado la fiel Dido!"

Tibergo vino a verme un día a mi encierro. Me sorprendió el entusiasmo con que hubo de abrazarme. Aún no había tenido pruebas de su afecto que pudieran hacerme considerarle más que como una amistad de colegio, de esas tan frecuentes entre muchachos de la misma edad. Le hallé tan cambiado y tan formado después de los cinco o seis meses que pasara sin verle, que su fisonomía y el tono de su voz me inspiraron respeto. Me habló como consejero sensato más bien que como compañero. Lamentó el extravío en que yo había caído. Me felicitó por mi cura, que supuso avanzada. Finalmente, me exhortó a aprovechar aquel error, propio de la juventud, para abrir los ojos sobre la vanidad de los placeres. Yo le miraba con asombro; él lo notó.

"Querido caballero—díjome—, no os digo nada que no sea absolutamente verdad y de lo cual no esté convencido por un serio examen. Yo tenía tanta tendencia como vos a la voluptuosidad; pero, al mismo tiempo, Dios me infundió amor a la virtud. Me he valido de la razón para comparar los frutos de una y otra, y no he tardado mucho en descubrir sus diferencias. La ayuda del cielo ha reforzado mis reflexiones. Ahora siento por el mundo un desprecio que no tiene igual. ¿Adivinaréis

lo que me detiene—añadió—y me impide recurrir a la soledad? Unicamente la tierna amistad que siento por vos. Conozco la excelencia de vuestro corazón y de vuestro espíritu; sois capaz de todo lo bueno. El veneno del placer os ha hecho desviaros del camino. ¡Qué pérdida para la virtud! Vuestra huída de Amiens me causó tanta pena, que desde entonces no he tenido un sólo instante de satisfacción. Podéis juzgar por todos los pasos que he dado.” Me contó que, después de advertir mi engaño y mi fuga con mi amante, había montado a caballo para seguirme; pero como le llevaba cinco o seis horas de delantera, habíale sido imposible alcanzarme; que, sin embargo, llegó a Saint-Denis una media hora después de mi partida; que, con la seguridad de que estaría en París, había pasado seis semanas buscándome inútilmente, yendo a todos los sitios donde presumía que podría hallarme, y que, por fin, un día reconoció a mi amante en el teatro; que estaba vestida con tanto lujo, que él había supuesto que debería aquella fortuna a un nuevo amante; que siguió su coche hasta la casa, y que supo por un criado que vivía a costa de las liberalidades del señor de B***. “No me contenté con esto—continuó—; volví al día siguiente para saber por ella lo que había sido de vos. Se separó de mí bruscamente cuando me oyó nombraros, y tuve que marcharme sin saber más. Luego supe vuestra aventura y el dolor extremo que os ha causado; pero no he querido veros sin estar seguro de encontraros más tranquilo.”

“¿Luego habéis visto a Manón?—le respondí suspirando—. ¡Sois más feliz que yo, que estoy condenado a no volverla a ver jamás!” Me reprochó esta exclamación, que demostraba aún mi debilidad por ella. Tibergo me halagó tan hábilmente por la bondad de mi carácter y mis inclinaciones, que en aquella visita me hizo sentir un ardoroso deseo de renunciar como él a todos los placeres del siglo y entrar en el estado eclesiástico.

Acariciaba esta idea con tal entusiasmo, que, al quedarme solo, no pensaba en otra cosa. Recordaba los discursos del obispo de Amiens, que me dió el mismo consejo, y los felices augurios que formara en mi favor si me ocurría tomar este camino. La piedad mezclóse también en mis cavilaciones. “Llevaré una vida tranquila y cristiana—me decía—; me ocuparé en el estudio y en la religión, que no me permitirán pensar en los peligrosos placeres del amor. Despreciaré lo que admira el común de los hombres, y como estoy seguro de que mi corazón no ha de desear más que aquello que estime, tendré tan pocas inquietudes como deseos.”

Sobre esto imaginaba de antemano un plan de vida apacible y solitaria. En él figuraba una casa escondida, con un bosquecillo y un arroyo de dulces aguas al extremo del jardín; una biblioteca, compuesta de libros escogidos; un corto número de amigos virtuosos y de buen sentido; una mesa limpia, pero sobria y frugal. Añadía una correspondencia epistolar, periódica, con un amigo que viviera en París y que me informaría de los acon-

tecimientos públicos, más que por satisfacer mi curiosidad, para proporcionarme la diversión de las locas agitaciones de los hombres. “¿No sería feliz?—añadía—. ¿No vería satisfechas todas mis aspiraciones?” Bien es verdad que el tal proyecto halagaba mis gustos. Pero al final de plan tan prudente y sabio comprendía yo que mi corazón esperaba algo más, y que para no tener nada que apetecer en la soledad más encantadora, necesitaba hallarme en ella con Manon.

Sin embargo, Tibergo continuó visitándome con frecuencia para afirmarme en el propósito que me inspirara, y aproveché la ocasión para decírselo a mi padre. Este me declaró que su pensamiento era dejar absoluta libertad a sus hijos en la elección de estado, y que cualquiera que fuese la forma en que yo dispusiera de mí, sólo se reservaría el derecho de ayudarme con sus consejos. Díómelos muy sanos, que más que a hacerme desistir de mi propósito, tendían a que lo ejecutara con conocimiento de causa.

Acercábase la reapertura del curso. Convine con Tibergo que iríamos juntos al seminario de San Sulpicio: él, para terminar sus estudios de Teología, y yo, para comenzar los míos. Su mérito, conocido del obispo de la diócesis, le procuró un beneficio considerable de este prelado antes de nuestra partida.

Mi padre, que me suponía totalmente curado de mi pasión, no opuso dificultad alguna a dejarme marchar. Llegamos a París; el traje eclesiástico

substituyó a la cruz de Malta, y el nombre de abate Des Grieux, al de caballero. Me dediqué al estudio con tal aplicación, que en pocos meses hice progresos extraordinarios. Estudiaba todo el día y parte de la noche. Mi reputación se extendió de tal modo, que me felicitaban por las dignidades que seguramente habría de obtener, y, sin solicitarlo, mi nombre figuró en la lista de los beneficios. No abandonaba tampoco la piedad, y todos los ejercicios los hacía con fervor. Tibergo estaba encantado de lo que consideraba como obra suya, y varias veces le vi llorar aplaudiendo lo que él llamaba mi conversión.

Que las resoluciones humanas cambien, es cosa que nunca me ha sorprendido; una pasión las engendra, otra pasión puede destruirlas; pero cuando pienso en la santidad de las que me habían conducido a San Sulpicio, y la alegría interior que por gloria del cielo yo sentía al practicarlas, me asusto de la facilidad con que pude romperlas. Si es cierto que la ayuda celestial es en todo momento de igual fuerza que la de las pasiones, que me expliquen por qué funesto ascendiente se ve uno arrastrado de pronto lejos de su deber, sin ser capaz de la menor resistencia ni sentir el más leve remordimiento.

Yo me creía libre en absoluto de las flaquezas del amor. Me parecía que hubiera preferido la lectura de una página de San Agustín, o un cuarto de hora de meditación cristiana, a todos los placeres de los sentidos, incluso los que me hubiera

brindado Manon. Sin embargo, un momento desgraciado arrojóme de nuevo al abismo, y mi caída fué tanto más irreparable, cuanto que, encontrándome de repente en el mismo punto de donde saliera, los nuevos desórdenes que cometí me arrastraron al fondó.

Había pasado cerca de un año en París sin saber nada de los asuntos de Manon. Al principio me costó mucho trabajo hacerme esta violencia; pero los consejos de Tibergo, que tenía siempre presentes, y mis propias reflexiones, concluyeron por vencer. Los últimos meses habían transcurrido tan tranquilamente, que me creía a punto de olvidar para siempre a aquella criatura encantadora y pérfida. Llegó la época en que yo debía hacer un ejercicio público en la escuela de Teología, y rogué a algunas personas de importancia que me honraran presenciándolo. A causa de esto, mi nombre circuló por todos los barrios de París y llegó a oídos de la infiel. No lo reconoció con certeza bajo el título de abate; pero algo de curiosidad, o quizá el arrepentimiento por haberme traicionado (nunca pude averiguar cuál de los dos sentimientos), la impulsaron a interesarse por un nombre tan parecido al mío, y fué a la Sorbona con otras señoras. Presenció mi ejercicio, y sin duda no le costaría mucho trabajo reconocerme.

Yo no tuve conocimiento de tal visita, pues en estos sitios hay unas tribunas particulares, destinadas a las señoras, donde éstas se colocan detrás de celosías. Volví a San Sulpicio cargado de gloria

y de felicitaciones. Eran las seis de la tarde. Un momento después de mi vuelta me avisaron que una señora quería verme. Fui al locutorio inmediatamente. ¡Oh, Dios, qué admirable aparición! Encontré allí a Manon. Era ella; pero más adorable, más bella que la viera nunca. Tenía entonces diez y ocho años. Sus encantos sobrepujaban a todo encarecimiento; su aire era tan fino, tan dulce, tan atrayente: era el Amor mismo. Toda ella me pareció un encanto.

A su vista quedé turbado, y no pudiendo conjeturar cuál sería el objeto de aquella visita, esperé temblando, con los ojos bajos, a que ella se explicara. Su turbación fué unos momentos igual a la mía; pero, viendo que continuaba callado, se puso la mano en los ojos para ocultar las lágrimas. Me dijo con timidez que su infidelidad merecía mi odio, pero que si en verdad alguna vez sentí por ella alguna ternura, había sido bien cruel dejando transcurrir dos años sin molestarme en informarla de mi suerte, y que aún era más cruel viéndola en aquel estado sin decirle una palabra. El trastorno de mi alma al escucharla no puede expresarse.

Ella se sentó. Yo permanecí en pie, con el cuerpo medio vuelto, sin atreverme a mirarla cara a cara. Varias veces comencé a articular una respuesta que no pude terminar. Por fin hice un esfuerzo para exclamar dolorosamente: “¡Ah, pérfida Manon!” Ella me repitió, vertiendo ardientes lágrimas, que no pretendía justificarse de su perfidia. “¿Qué pretendes, pues?”, exclamé yo. “Pre-

tendo morir—respondió ella—si no me devuelves tu corazón, sin el cual no puedo vivir.” “Pídeme la vida, ¡infel!—repuse, dando salida a mis lágrimas, que en vano me esforzaba por contener—; pídemela vida, que es lo único que no te he sacrificado, pues mi corazón nunca ha dejado de ser tuyo.”

Apenas pronuncié estas palabras, levantóse ella con ímpetu para arrojarse en mis brazos. Me colmó de mil caricias apasionadas. Me llamó con todos los nombres que el amor inventa para expresar la más viva ternura. Yo aún la correspondía con languidez. ¡Qué cambio, en efecto, de la situación tranquila en que yo estaba a los movimientos tumultuosos que sentía renacer! Estaba espantado. Me estremecía, como ocurre cuando nos sorprende la noche en un campo extraviado; en tal momento créese uno transportado a un nuevo orden de cosas, nos paraliza un terror secreto y no logramos recobrarnos hasta después de haber inquirido durante mucho tiempo en derredor nuestro.

Nos sentamos uno junto a otro. Yo tomé sus manos entre las mías. “¡Ah, Manon!—dije, mirándola con tristeza—. Yo no esperaba la negra traición con que pagaste mi amor. Bien fácil te debió ser engañar un corazón en que reinabas en absoluto y cuya única felicidad consistía en agradarte y obedecerte. Dime ahora si has encontrado otro tan amante y tan sumiso. No, no; la Naturaleza no forja muchos del temple del mío. Dime al menos si los has añorado alguna vez. ¿Qué puedo fiar de este rasgo de bondad que te trae aquí hoy para

consolarme? Demasiado veo que estás más bella que nunca; pero, en nombre de todos los dolores que he sufrido por ti, dime si has de ser más fiel.”

Respondióme cosas tan emocionantes sobre su arrepentimiento y me prometió fidelidad con tantas protestas y juramentos, que me conmovió profundamente. “¡Querida Manon—le dije con una mezcla profana de expresiones amorosas y teológicas—, eres demasiado adorable para un ser humano! Siento mi corazón invadido por un deleite victorioso. Todo lo que se dice de la libertad en San Sulpicio es una quimera. Preveo que voy a perder por ti mi reputación y mi fortuna; en tus lindos ojos leo mi destino; pero tu amor me consolará de todas las pérdidas. Los favores de la fortuna no me importan; la gloria me parece humo; mis proyectos de vida religiosa eran locuras de mi imaginación; en una palabra, todos los bienes que puedan venirme fuera de ti son despreciables, puesto que no podrían competir en mi corazón con una sola mirada tuya.”

Prometiéndole olvidar por completo sus culpas, quise, sin embargo, que me contara cómo fué seducida por el señor de B***. Me dijo que habiéndola visto desde su ventana, se había enamorado locamente de ella; y se le declaró como asentista; es decir, diciéndole en una carta que pagaría proporcionalmente sus favores; que ella capituló al principio sin más propósito que sacarle alguna cantidad importante que nos permitiera vivir cómodamente; que él la había deslumbrado con pro-

mesas tan magníficas, que ella poco a poco había ido ablandándose; pero que habría podido juzgar de sus remordimientos al ver la pena que la embargaba la víspera de nuestra separación; que, a pesar de la opulencia en que la tuviera, nunca había sido feliz con él, no solamente—me dijo—porque no tenía la delicadeza de sentimientos que yo y el agrado de mis modales, sino porque en medio de los placeres, que le procuraba sin cesar, llevaba en el fondo de su corazón el recuerdo de mi amor y el remordimiento por su infidelidad. Háblome de Tibergo y de la confusión extrema que le causara su visita. “Una estocada en el corazón —añadió—no me hubiera impresionado tanto. Le volví la espalda por no poder soportar un momento su presencia.”

Continué contándome de qué modo había sabido mi estancia en París, el cambio de mi condición y mis ejercicios en la Sorbona. Aseguróme que había estado tan inquieta durante la discusión, que le costó mucho trabajo, no sólo contener las lágrimas, sino los gemidos y hasta los gritos, que más de una vez había estado a punto de lanzar. Finalmente, me dijo que salió de allí la última para ocultar su alteración, y que, guiándose sólo por el impulso de su corazón y la impetuosidad de sus deseos, habíase dirigido al seminario, resuelta a morir si no me hallaba dispuesto a perdonarla.

¿Quién sería el bárbaro que no se dejase ablandar por un arrepentimiento tan tierno y vivo? Yo, en aquel momento, me sentía capaz de sacrificar

por Manon todos los obispados del mundo cristiano. Le pregunté cómo quería que arreglásemos nuestros asuntos. Ella me dijo que lo primero era salir en seguida del seminario y buscar un sitio seguro donde pudiéramos hablar. Consentí en todo sin replicar. Montó en su coche para ir a esperarme en la esquina de la calle. Un momento después yo me escapé sin ser visto por el portero. Monté con ella. Fuimos a una prendería, donde yo me puse otra vez los galones y la espada. Manon lo pagó todo, pues yo no tenía un cuarto, y ante el temor de que encontrase alguna dificultad para salir de San Sulpicio, ella no quiso que volviese a mi cuarto para coger el dinero. Mi tesoro, además, era muy mezquino, y ella, gracias a las liberalidades del señor de B***, tenía lo bastante para despreciar lo que yo por su causa abandonaba. En casa del ropavejero convinimos en lo que habíamos de hacer.

Para dar más importancia a lo que hacía en mi favor, sacrificando a B***, decidió no guardarle consideración alguna. “Le dejaré los muebles—dijo—; son suyos; pero me llevaré, como es natural, las alhajas y unos sesenta mil francos que he obtenido de él en dos años. No le he otorgado ningún derecho sobre mí—agregó—; así es que podemos permanecer sin temor en París, alquilando una casa cómoda, en la que viviremos felices.”

Repliqué yo que si para ella no había ningún peligro, para mí sí lo había, y muy grande, pues más

pronto o más tarde me reconocerían, y me vería expuesto constantemente a la desgracia que ya sufriera. Díome ella a entender que le causaría pena salir de París. Temía yo tanto apesadumbrarla, que no había riesgo que no despreciara por complacerla; sin embargo, adoptamos un término razonable, que fué alquilar una casa en un pueblecito cerca de París, desde el cual nos sería fácil ir a la ciudad cuando nos viniera en gana ouviésemos necesidad. Elegimos Chaillot, que no está lejos. Manon volvió a su casa inmediatamente. Yo fui a esperarla ante la puerta pequeña del jardín de las Tullerías.

Volvió una hora más tarde, en un carruaje de alquiler, con una doncella que estaba a su servicio y algunos baúles, en donde había guardado sus vestidos y todo lo que tenía de algún valor.

No tardamos mucho en llegar a Chaillot. La primera noche la pasamos en la posada, para tener tiempo de buscar una casa, o, por lo menos, un piso cómodo. Al día siguiente encontramos una muy de nuestro gusto.

Ya veía yo mi dicha afirmada de modo inquebrantable. Manon era la dulzura y el agrado en persona. Tenía conmigo atenciones tan delicadas, que me creía indemnizado de todos mis sinsabores. Como los dos teníamos un poco más de experiencia, reflexionamos sobre la solidez de nuestra fortuna. Sesenta mil francos, que era lo que constituía nuestra fortuna, no son una cantidad que pueda durar toda la vida. Además, no estábamos

dispuestos a reducir demasiado nuestro gasto. Ni Manon ni yo teníamos como principal virtud la de la economía. He aquí el plan que yo le propuse: "Sesenta mil francos—le dije—pueden durarnos diez años. Con dos mil escudos al año tendremos suficiente si seguimos viviendo en Chaillot, pues aquí hacemos una vida decorosa, pero sencilla. El único gasto superfluo será el sostenimiento de un coche y las diversiones. Haremos un arreglo. A ti te gusta la ópera; iremos dos veces por semana. Si jugamos, nos compondremos de manera que nunca perderemos más de dos pistolas. Es imposible que en diez años no haya algún cambio en mi familia; mi padre es viejo, puede morirse; en ese caso, yo heredaría algo, y entonces ya no tendríamos que preocuparnos."

Este arreglo no hubiera sido la acción más loca de mi vida si hubiésemos sido lo bastante sensatos para sujetarnos a él; pero nuestra resolución no duró ni un mes. Manon sentía afición desmedida por los placeres, y yo estaba loco por ella; a cada paso teníamos mil motivos de gasto, y, lejos de sentir las cantidades que ella malgastaba muchas veces, yo era el primero que le procuraba todo lo que suponía que podría agradaarla. La casa de Chaillot empezó a cansarla.

Acercábase el invierno, todo el mundo volvía a la capital y el campo quedaba desierto. Ella me propuso que tomáramos casa en París. Yo no consentí en ello; pero, para complacerla en algo, le dije que podíamos alquilar un piso amueblado,

donde pasaríamos la noche cuando saliéramos demasiado tarde de las reuniones a que concurríamos varias veces por semana, pues la incomodidad de volver a deshora a Chaillot era el pretexto en que fundaba su deseo de abandonarlo. De este modo resultó que teníamos dos casas, una en la capital y otra en el campo. Tal cambio llevó el trastorno a nuestros asuntos, siendo causa de dos aventuras que nos arruinaron.

Manon tenía un hermano que era guardia de Corps. Por desgracia, vivía en París, en la misma calle que nosotros. Una mañana vió a su hermana asomada a la ventana; la reconoció, y vino a casa en seguida. Era un hombre brutal y sin idea del honor. Entró en nuestro cuarto jurando horriblemente, y como conocía algunas de las aventuras de su hermana, la abrumó de injurias y de reproches.

Yo había salido un momento antes, cosa que, sin duda alguna, fué una suerte para él o para mí, pues no estaba dispuesto a tolerar un insulto. Cuando volví a casa ya se había marchado. La tristeza de Manon hizome calcular que algo extraordinario había ocurrido. Me contó la enojosa escena y las amenazas brutales de su hermano. Me molestó tanto, que hubiera volado a tomar venganza si ella no me lo hubiese impedido con sus lágrimas.

Aún comentábamos la aventura, cuando el guardia de Corps volvió a entrar en el cuarto en que nos hallábamos sin hacerse anunciar. Si le hubie-

se conocido no le habría recibido con tanta cortesía como lo hice. Después de saludarnos sonriendo, se apresuró a decir a Manon que venía a darle disculpas por su arrebato; que suponiendo que vivía de mala manera, esta idea había encendido su cólera; pero que al informarse por un criado de quién era yo, había sabido tantas cosas buenas de mí, que le habían inspirado el deseo de estar en relación amigable con nosotros.

Aun cuando aquello de los informes de boca de un criado era algo chocante y raro, recibí sus cumplidos con cortesía; con ello creía complacer a Manon, que parecía encantada de verle inclinado a reconciliarse. Le retuvimos a comer con nosotros.

En pocos momentos tomó tanta confianza, que, habiéndonos oído hablar de nuestro retorno a Chaillot, quiso acompañarnos. No hubo más remedio que hacerle sitio en nuestro coche.

Aquello fué una toma de posesión, y se habituó a vernos con tanto gusto, que convirtió nuestra casa en suya, haciéndose el amo, en cierto modo, de todo lo que nos pertenecía. Me llamaba su hermano, y, so pretexto de la confianza fraternal, tomó la costumbre de llevarnos a Chaillot a todos sus amigos y obsequiarlos a costa nuestra. Del mismo modo se equipó espléndidamente, e incluso nos comprometió a pagar sus deudas. Yo cerraba los ojos ante aquella tiranía, por no disgustar a Manón, llegando hasta a fingir que no me enteraba de que, de tiempo en tiempo, le pedía sumas de importancia. Bien es cierto que, como era muy

jugador, le devolvía algo cuando la suerte le favorecía; pero nuestra fortuna era muy escasa para proveer mucho tiempo a gastos tan inmoderados.

A punto estaba de tener una seria explicación con él, para librarnos de sus impertinencias, cuando un funesto accidente me ahorró este disgusto, causándonos otro que nos dejó sin recursos.

Habíamos dormido una noche en París, como solíamos hacer con frecuencia. La criada, que en estas ocasiones quedábase sola en Chaillot, fué a decirme a la mañana siguiente que la casa se había incendiado durante la noche y que había sido muy difícil apagar el fuego. Preguntéle si los muebles se habían estropeado; ella respondió que era tal la confusión causada por la multitud de extraños que acudieron a prestar auxilio, que no estaba segura de nada. Yo me eché a temblar por el dinero, que guardábamos en una caja pequeña. Sin pérdida de momento me trasladé a Chaillot. ¡Diligencia inútil! La caja había desaparecido.

Entonces comprendí que se puede amar al dinero sin ser avaro. Aquella pérdida me causó un dolor tan vivo, que creí perder la razón. Comprendí súbitamente las nuevas desventuras a que me iba a exponer: la indigencia era la menor. Conocedor de Manon, ya tenía la experiencia de que, si me era fiel y adicta en la fortuna, no podría contar con ella en la miseria; le gustaban demasiado la abundancia y los placeres para sacrificármelos. “¡La perderé!—exclamaba—. ¡Desgraciado caballero! ¡Vas a perder lo único que amas!” Aquel

pensamiento me torturó de tal modo, que durante unos momentos estuve dudando si terminar con mis males dándome la muerte.

Sin embargo, tuve la suficiente presencia de ánimo para tratar de examinar primero si no me quedaba ningún recurso. Dios me sugirió una idea que contuvo mi desesperación: creí que no me sería difícil ocultar nuestra pérdida a Manon, y que, bien valiéndome de alguna industria o por algún capricho del acaso, podría sostenerla con la dignidad suficiente para que no sintiera la necesidad.

“He calculado — decía para consolarme — que veinte mil escudos nos bastarían para diez años; supongamos que ya han transcurrido y que ninguno de los cambios que yo esperaba se ha efectuado en mi familia. ¿Qué partido tomaría? No lo sé, ciertamente; pero lo que pudiera hacer entonces, ¿quién me impide hacerlo ahora? ¡Cuántas personas viven en París que no tienen ni mi talento ni mis cualidades naturales, y que, sin embargo, viven de sus recursos!

¿No arregla la Providencia las cosas muy sabiamente?—añadía, reflexionando sobre los diferentes estados de la vida—. La mayoría de los grandes y de los ricos son tontos; esto es evidente para el que conozca un poco el mundo. Luego hay una justicia admirable. Si a las riquezas unieran el talento, serían demasiado dichosos, y el resto de los hombres demasiado míseros. A éstos se les conceden las cualidades del cuerpo y del alma para que puedan salir de la miseria y de la

pobreza. Los unos participan de las riquezas de los poderosos, sirviéndoles en sus placeres y engañándolos; otros proveen a su instrucción, y tratan de hacer de ellos gentes honradas; es raro, a la verdad, que tengan buen éxito; pero esto no es el fin de la sabiduría divina; siempre recogen algún fruto de sus cuidados, siquiera sólo sea vivir a costa de aquellos a quienes instruyen. De todas suertes, y tómese por donde se quiera, para los pequeños es una buena renta la tontería de los ricos y de los grandes."

Estas ideas lograron tranquilizarme algo. Resolví primero ir a consultar a Lescaut, el hermano de Manon. El conocía perfectamente París, y yo había tenido mil ocasiones de convencerme de que no era de su fortuna ni de su sueldo de donde él sacaba lo más importante de su renta. Apenas me quedaban veinte pistolas, que por casualidad, afortunadamente, tenía en el bolsillo. Le enseñé mi bolsa, contándole mi desgracia y mis temores, y le pregunté si se le ocurría algún medio para salir de mi situación que no fuera morirme de hambre o romperme la cabeza desesperado. Respondióme que romperse la cabeza era el recurso de los majaderos; en cuanto a morir de hambre, había muchísima gente de talento que se veía reducida a tal extremo, pero sólo por no querer hacer uso de sus facultades; que era de mi incumbencia meditar aquello de que fuese capaz; que contara con su ayuda y sus consejos en cualquier empresa que acometiera.

“Eso es muy vago, señor Lescaut—le dije—; mi necesidad requiere un remedio inmediato, porque, ¿qué queréis que diga a Manon?” “A propósito de Manon—repuso—, ¿qué os preocupa? ¿No tenéis siempre en ella el medio de acabar con vuestras inquietudes cuando queráis? Una muchacha de sus condiciones debería sostenernos a vos y a mí.”

Cortó la respuesta que merecía tal inconveniencia para continuar diciéndome que me garantizaba antes de la noche mil escudos, a partir entre los dos, si quería seguir su consejo; que él conocía a un señor muy liberal en el capítulo de placeres, y que estaba seguro de que no le parecerían mucho mil escudos por obtener los favores de una muchacha como Manon.

Le detuve. “Tenía mejor opinión de vos—le dije—; me figuraba que el motivo en que os fundasteis para otorgarme vuestra amistad fué un sentimiento completamente opuesto al que manifestáis ahora.” Me confesó, sin pudor alguno, que siempre había pensado lo mismo, y que una vez que su hermana había violado las leyes de su sexo, siquiera fuese con el hombre a quien más quería, no se reconcilió con ella, sino con la esperanza de sacar partido de su mala conducta.

No me fué difícil juzgar que hasta aquel momento se había burlado de nosotros. Pero, por mucha emoción que me produjese aquel discurso, como le necesitaba, tuve que responderle, riendo, que su consejo sería un recurso al que sólo acudiría en

último extremo. Le rogué que me indicara otro camino.

Me propuso aprovechar mi juventud y la figura con que me había dotado la Naturaleza para ponerme en relaciones con alguna señora vieja y generosa. Tampoco acepté este partido, que me hubiera hecho ser infiel a Manon.

Habléle del juego como del medio más fácil y más en armonía con mi situación. Respondiome que, ciertamente, el juego era un recurso; pero que necesitaba explicación; que meterse sin más ni más a jugar, con las probabilidades corrientes, era el modo seguro de acabar de arruinarme; que el pretender ejercitar solo y sin ayuda los medios que un hombre hábil emplea para asegurarse la suerte, era oficio peligroso; que quedaba un tercer medio, que era la asociación; pero que mi juventud hacía temer que los confederados me juzgasen poco a propósito para formar parte de la liga. Sin embargo, me ofreció sus buenos oficios cerca de ellos, y, lo que yo no habría esperado de él, me brindó con algún dinero cuando me viese muy apurado. El único favor que le pedí fué que no dijese a Manon la pérdida que había sufrido y el tema de nuestra conversación.

Salí de su casa menos satisfecho aún que había entrado; hasta me arrepentí de haberle confiado mi secreto. Nada había hecho por mí que no hubiera podido yo conseguir sin confiarme a él, y tenía un miedo horrible a que faltase a su promesa de no decir nada a Manon. Deducía lógicamente de

su modo de pensar que quizá intentase aprovecharse de ella, sacándola de entre mis manos o, cuando menos, aconsejarla que me abandonase para unirse a un amante más rico y más afortunado.

- Me hice mil reflexiones que sólo sirvieron para atormentarme y renovar la desesperación de por la mañana. Varias veces se me ocurrió escribir a mi padre, fingiendo una nueva conversión, para conseguir algún auxilio pecuniario; pero en seguida recordé que, a pesar de su bondad, me tuvo encerrado seis meses por mi falta primera, y estaba seguro de que, después del efecto que le debió causar mi fuga de San Sulpicio, me trataría con mucho más rigor.

Esta confusión de ideas me sugirió otra que devolvió súbitamente la calma a mi espíritu, asombrándome de que no se me hubiese ocurrido antes, y fué recurrir a mi amigo Tibergo, en el cual estaba bien seguro de hallar siempre el mismo fondo de interés y de cariño. No hay nada más admirable ni más honroso para la virtud que la confianza con que uno se dirige a las personas cuya probidad conoce. Siente el espíritu alejada toda idea de riesgo, pues si no están siempre en situación de ayudaros, por lo menos podéis tener la seguridad de que obtendréis de ellos bondad y compasión. El corazón, que se cierra con tanto cuidado al resto de los hombres, se abre naturalmente en su presencia, como una flor a la luz del sol, del cual espera una dulce influencia.

Consideraba como un efecto de la protección di-

vina el haberme acordado tan a tiempo de Tibergo, y resolví buscar el medio de verle antes de acabar el día. Volví en seguida a casa, para escribirle dos letras e indicarle un sitio a propósito para nuestra entrevista. Le recomendé el silencio y la discreción como uno de los mayores servicios que podía prestarme en la situación en que me hallaba.

La alegría que me inspiraba la esperanza de verle borró las huellas de la pesadumbre que Manon habría advertido seguramente en mi rostro. Hablé de nuestra desgracia de Chaillot como de una bagatela que no debía alarmarla, y siendo París el sitio en que se hallaba más contenta, no le molestó nada oírme decir que convenía permanecer en él hasta que en Chaillot se hiciesen las reparaciones de los desperfectos producidos por el incendio.

Una hora después recibí la respuesta de Tibergo, prometiéndome ir al lugar de la cita. Acudí impaciente. Sin embargo, me avergonzaba un poco aparecer ante un amigo cuya sola presencia habría de ser un reproche de mis desórdenes; pero el concepto que tenía de la bondad de su corazón y el interés de Manon sostuvieron mi osadía.

Yo le había rogado que fuese al jardín del Palais Royal. Llegó antes que yo. En cuanto me vió acercóse a abrazarme; me tuvo mucho rato estrechándome entre sus brazos, y sentí que sus lágrimas humedecían mi rostro. Le dije que me presentaba ante él lleno de confusión, y que en el fondo

de mi pecho llevaba el vivo sentimiento de mi ingratitude; que la primera cosa que le suplicaba me dijese era si me permitía aún mirarle como mi amigo, después de haber merecido tan justamente perder su estima y su afecto. Respondiéndome, con el tono más dulce, que nada podría hacerle renunciar a esa cualidad; que mis propias desgracias, y, si le permitía decirlo, mis desórdenes, habían redoblado su ternura hacia mí; pero que a ella se mezclaba un dolor muy vivo, como el que se siente por una persona querida a quien se ve correr a su perdición sin poder socorrerla. Nos sentamos en un banco.

“¡Ay!—díjele, con un suspiro que salía del fondo de mi corazón—. ¡Vuestra compasión debe ser excesiva si me aseguráis que iguala a mis penas! Me avergüenza manifestarlas, pues confieso que su causa no es nada gloriosa; pero el efecto es tan triste, que no se necesita quererme tanto como vos para enternecerse.”

Me pidió, como prueba de amistad, que le contase todo lo que me había ocurrido desde mi salida de San Sulpicio. Satisfice su deseo, y, lejos de disfrazar en lo más mínimo la verdad, o de disminuir mis faltas para hacerlas más excusables, le hablé de mi pasión con toda la fuerza que me inspiraba. Se la presenté como uno de esos golpes especiales del destino, que se aferran a la ruina de un desgraciado, y contra los cuales no puede defenderse la virtud, como tampoco pudo preverlos la cordura. Le hice una pintura viva de mis agitaciones,

de mis temores, de la desesperación en que me hallaba sumido dos horas antes de verle, y en la que caería de nuevo si mis amigos me abandonaban tan cruelmente como la fortuna; en fin, enternecí de tal modo al buen Tibergo, que le vi tan afligido por la compasión como lo estaba yo por mis penas.

No se cansaba de abrazarme y exhortarme a que me animara y me consolara; pero como partía del principio de que me separase de Manon, le di a entender claramente que esto sería lo que yo consideraría como el mayor de mis infortunios, y que estaba dispuesto a sufrir, no solamente la más extrema miseria, sino la muerte más cruel, antes que aceptar un remedio más insoportable que todos mis males juntos.

“Explicaos, pues—díjome—. ¿Qué ayuda podré prestaros si os rebeláis contra todas mis proposiciones?” Me atreví a declararle que lo que necesitaba era dinero. Acabó por comprenderlo, y después de confesarme que creía entenderme, quedóse un rato suspenso, como el hombre que duda. “No creáis—repuso a poco—que mi preocupación proviene de un enfriamiento de mi celo y mi amistad; pero ¿en qué alternativa me ponéis!: negaros el único auxilio que queréis aceptar o faltar a mi deber concediéndosle. ¿Pues no es cooperar a vuestro desorden ayudaros a perseverar en él?”

Sin embargo—añadió después de reflexionar un momento—, quizá sea el estado de ceguera en que os coloca la indignancia el que no os deje libertad

para escoger el mejor partido. Para saborear la sensatez y la verdad se necesita tranquilidad de espíritu. Procuraré proporcionaros algún dinero. Permitidme, querido caballero, que ponga una sola condición—añadió abrazándome—: que me daréis las señas de vuestra casa, y que sufriréis que, a lo menos, haga los esfuerzos posibles para atraeros al camino de la virtud, del cual os aparta la violencia de vuestras pasiones.”

Accedí sinceramente a todo lo que me pedía, rogándole que lamentara mi mala suerte, que me hacía desaprovechar los consejos de un amigo tan virtuoso. Luego me llevó a casa de un banquero amigo suyo, que me adelantó cien pistolas con su garantía, pues él no tenía dinero contante y sonante. Ya he dicho que no era rico: su beneficio le valía mil escudos; pero como era el primer año que lo disfrutaba, no había cobrado nada de la renta, y me hacía aquel adelanto sobre lo que habría de cobrar.

Comprendí todo el alcance de su generosidad; me conmovió hasta el punto de deplorar la ceguera de un amor fatal, causa de la violación de todos mis deberes; la virtud tuvo bastante fuerza para vencer durante unos minutos en mi corazón a las pasiones, y en aquel momento de lucidez me di cuenta de lo vergonzoso e indigno de mis cadenas. Pero el combate duró poco. La vista de Manon habría-me hecho precipitarme desde el cielo, y al verme de nuevo a su lado, me pareció absurdo que hubiese podido considerar un momento vergonzosa

una ternura tan justa para una persona tan encantadora.

Manon era una criatura de un carácter extraordinario. Jamás muchacha alguna había tenido menos apego al dinero que ella; pero no podía vivir tranquila un momento con el temor de carecer de él.

Necesitaba placeres y distracciones. No hubiera querido tener un cuarto si pudiera divertirse sin que costase dinero; no se le ocurría preguntar el estado de nuestra fortuna con tal de pasar agradablemente el día; así es que, como no mostraba gran afición al juego, ni le deslumbraba el fausto de los grandes dispendios, nada más fácil que satisfacerla, procurándole a diario entretenimientos de su gusto. Pero era tan necesario para ella el estar ocupada con algún placer, que sin esto no era posible verla de buen humor y satisfecha. Aunque me quería mucho y fuese el único (siempre convenía en ello) que podía hacerle gustar las dulzuras del amor, estaba casi seguro de que su ternura no resistiría ciertos temores. Me hubiera preferido a todo con una fortuna modesta; pero yo no dudaba que me abandonase por un nuevo De B*** en el momento en que no pudiese ofrecerle más que mi fidelidad.

Resolví, pues, arreglar mis gastos particulares de modo que siempre estuviese en situación de cubrir los suyos, y antes privarme de mil cosas necesarias que ponerle limitación alguna ni en lo superfluo. El coche me asustaba más que nada, por-

que no veía el modo de sostener caballos y cochero.

Participé mi apuro a Lescaut. Tampoco le había ocultado que un amigo me prestara cien pistolas. Repitióme que, si quería probar la suerte en el juego, no desconfiaba de que, sacrificando de buen grado un centenar de francos para sobornar a sus asociados, me admitiesen, mediante su recomendación, en la liga de la industria. Por mucha que fuese mi repugnancia al engaño, fui arrastrado por la cruel necesidad.

Lescaut me presentó aquella misma noche como pariente suyo. Añadió que estaba tanto mejor dispuesto a salir airoso, cuanto que necesitaba urgentemente de los favores de la fortuna. Sin embargo, para hacer ver que mi miseria no era la de un hombre advenedizo, les dijo que deseaba convidarlos a cenar. Ellos aceptaron mi ofrecimiento. Les traté con magnificencia. Hablaron mucho de mi gentileza y de mis grandes aptitudes; pretendían que se podía esperar mucho de mí, porque como quiera que mi fisonomía tenía una expresión de honradez, nadie desconfiaría de mis artes; finalmente, dieron las gracias a Lescaut por haber procurado a la orden un novicio de mi mérito, y encargaron a uno de los caballeros de instruirme durante algunos días.

El teatro principal de mis hazañas debía ser el hotel de Transilvania, donde había una mesa de "faraón" en una sala, y otros juegos de naipes y dados en la galería. Esta academia se mantenía

en provecho del príncipe de R***, que moraba a la sazón en Clagny, y la mayoría de sus oficiales pertenecían a nuestra asociación. Para vergüenza mía diré que en poco tiempo aproveché bien las lecciones de mi maestro; sobre todo, adquirí una gran habilidad en dar la media vuelta, saltar las cartas, y, valiéndome de un par de puños largos, las escamoteaba con bastante ligereza para burlar la vista de los más hábiles y arruinar con la mayor naturalidad del mundo a unos cuantos jugadores honrados. Aquella extraordinaria destreza hizo progresar tan de prisa mi fortuna, que en pocas semanas me hice con cantidades de importancia, aparte las que de buena fe compartía con mis asociados.

Entonces ya no temí comunicar a Manon nuestra pérdida de Chaillot, y para consolarla de tan mala noticia, alquilé una casa amueblada, en la que nos instalamos con aire de opulencia.

Durante todo este tiempo, Tibergo había seguido visitándome de cuando en cuando. Su moral era inagotable. Constantemente insistía en poner ante mi vista el perjuicio que mi conducta causaba a mi conciencia, mi honor y mi fortuna. Recibía sus consejos con cariño, y aun cuando no tuviese la menor intención de seguirlos, le agradecía su celo, porque no ignoraba la pureza de su propósito. Alguna vez me burlaba de él en presencia de Manon, y le aconsejaba que no fuese más escrupuloso que muchos obispos y otros sacerdotes, que saben muy bien compaginar una querida con un benefi-

cio. "Mirad—le decía, mostrándole los ojos de la mía—y decidme si no hay falta que esté justificada por causa tan bella." El lo tomaba con paciencia, que llevó hasta el extremo; pero cuando vió que mis riquezas aumentaban, y que no sólo le había devuelto sus cien pistolas, sino que, después de alquilar una nueva casa y duplicar mis gastos, me hundía de nuevo en los placeres, cambió en absoluto de tono y maneras; se quejó de mi terquedad, me amenazó con el castigo del cielo, me auguró una parte de las desgracias que no tardaron en sucederme.

"Es imposible — me dijo — que el dinero con que sostenéis vuestro desorden sea de procedencia legítima. Lo habéis adquirido de mala manera y os será arrebatado del mismo modo. El mayor castigo de Dios sería dejaros disfrutarle tranquilamente. Todos mis consejos—agregó—han sido inútiles; preveo que no tardarán en ser importunos. Adiós, amigo ingrato y débil. ¡Ojalá vuestros placeres criminales se desvanecieran como una sombra! ¡Ojalá vuestra suerte y vuestro dinero desapareciesen sin remedio y os quedaseis solo y desnudo, para comprender la vanidad de los bienes que locamente os han embriagado! Entonces me encontraríais dispuesto a amaros y a servirlos; pero hoy rompo toda relación con vos y abomino de la vida que lleváis."

Me dirigió la arenga apostólica en mi mismo cuarto y en presencia de Manon. Se levantó para marcharse. Quise detenerle, pero me contuvo Ma-

non, diciéndome que era un loco y que más valía dejarle salir.

Su discurso no dejó de causarme alguna impresión. Recuerdo las varias ocasiones en que mi corazón se sintió algo inclinado al bien, porque a este recuerdo he debido después una parte de mi fuerza en las circunstancias más amargas de mi vida.

Las caricias de Manon disiparon en un momento la tristeza que me causara aquella escena. Continuamos gozando una vida tramada de placeres y amor.

El aumento de nuestras riquezas redobló nuestro afecto. Venus y la Fortuna no tenían esclavos más felices. ¡Oh, Dios! ¿Por qué decir que el mundo es un lugar de miseria si en él pueden gustarse tales delicias? Pero. ¡ay!, que pasan demasiado de prisa. ¿Qué otra felicidad querría uno procurarse si tales delicias duraran? Las nuestras corrieron la suerte común: fueron cortas y seguidas de amargos remordimientos.

Había logrado ganancias tan considerables en el juego, que yo pensé en colocar parte de mi capital. Los criados no ignoraban mi buena suerte; sobre todo mi ayuda de cámara y la doncella de Manon, delante de los cuales hablábamos sin desconfianza. Esta última era una muchacha bonita; mi criado estaba enamorado de ella. Tenían que habérselas con amos jóvenes y poco serios y pensaron que podrían engañarlos fácilmente. Se lo propusieron, y ejecutaron su propósito con tanta desgracia

para nosotros que nos redujeron a un estado del que no hemos podido salir nunca.

Una noche que habíamos comido con Lescaut regresamos a casa cerca de las doce. Llamé a mi ayuda de cámara, y Manon a su doncella; ninguno de los dos parecieron. Nos dijeron que desde las ocho nadie los había visto en la casa, y que salieron después de haber hecho transportar varias cajas, en cumplimiento de órdenes mías, según afirmaron.

Presentí una parte de la verdad; pero mis sospechas no llegaron ni con mucho a lo que pude advertir al entrar en mi cuarto. La cerradura de mi escritorio estaba forzada, y el dinero había desaparecido, y lo mismo toda mi ropa. Mientras yo reflexionaba sobre esto llegó Manon, aterrada, diciendo que en su cuarto se había cometido el mismo saqueo.

El golpe fué tan cruel, que tuve que hacer un esfuerzo enorme para no empezar a llorar y a gritar. El temor de comunicar mi desesperación a Manon hízome aparentar un rostro tranquilo. Le dije, bromeando, que ya me desquitaría con alguna trampa en el hotel de Transilvania. Me pareció, sin embargo, que a ella le impresionaba tanto nuestra desgracia, que su tristeza tuvo más fuerza para afligirme que había tenido mi fingida alegría para impedirle a ella abatirse. "¡Estamos perdidos!", díjome con las lágrimas en los ojos. En vano traté de consolarla con mis caricias. Mis lágrimas traicionaban mi apuro y mi desesperación.

En efecto, estábamos arruinados, a tal extremo, que no nos quedaba ni una camisa.

Decidí enviar a buscar inmediatamente a Lescaut. El me aconsejó que fuese en seguida a buscar al jefe de Policía y al gran preboste de París. Fué allí; pero para mayor desgracia, pues aparte que tal paso y los que dieron estos dos funcionarios no obtuvieron resultado alguno, di tiempo a Lescaut para que hablase con su hermana y le inspirara una horrible resolución. Le habló de un tal G*** de M***, viejo voluptuoso, que pagaba pródigamente sus placeres, y le hizo entrever tantas ventajas en su protección, que, turbada como estaba con nuestra desgracia, accedió a todo lo que él le propuso. Este honroso trato se hizo antes de mi vuelta, remitiendo su ejecución al día siguiente, después que Lescaut hubiese prevenido al señor G*** de M***.

Encontré al hermano esperándome en casa. Manon se había acostado en su cuarto. Antes había ordenado que me dijera su deseo de estar sola toda aquella noche, pues tenía necesidad de reposo. Lescaut se marchó después de ofrecirme algunas pistolas, que acepté.

Eran cerca de las cuatro cuando yo me metí en la cama, y dando vueltas y vueltas a los medios para rehacer mi fortuna, me dormí tan tarde, que no me desperté hasta las once o las doce. Me levanté en seguida para ir a informarme de la salud de Manon; me dijeron que había salido una hora antes con su hermano, quien fué a buscarla en un

coche de alquiler. Aun cuando aquello de la salida con Lescaut me pareciese algo misterioso, no quise dar pábulo a mis sospechas. Dejé transcurrir algunas horas, que pasé leyendo. Por último, sin ser dueño ya de mi inquietud, empecé a pasearme por la casa. En el cuarto de Manon, encima de la mesa, vi una carta sellada. Estaba dirigida a mí y escrita de su puño y letra. Abríla con un temblor mortal; estaba concebida en estos términos:

"Te juro, querido caballero, que eres el ídolo de
 "mi corazón y que no hay nadie en el mundo a
 "quien pueda amar de la manera como te amo a
 "ti; pero ¿no comprendes, alma mía, que en el es-
 "tado a que nos vemos reducidos la fidelidad es
 "una virtud estúpida? ¿Crees tú que puede ser
 "muy grande la ternura cuando se carece de pan?
 "El hambre llegaría a causarme una equivocación
 "fatal; lanzaría quizá el último suspiro creyendo
 "que era de amor. Te adoro, puedes estar seguro;
 "pero déjame que durante una temporada cuide yo
 "nuestra fortuna. ¡Desgraciado del que caiga en
 "mis redes! Trabajo para que mi caballero sea rico
 "y feliz. Mi hermano te dará noticias de tu Manon
 "y te dirá que ha llorado la necesidad en que se ve
 "de abandonarte."

Después de esta lectura quedéme en un estado difícil de describir, pues hoy mismo ignoro qué clase de sentimientos me agitaron. Fué aquella una de esas situaciones únicas en las que se siente algo que nunca se ha sentido; no se podría explicarlas a los demás, porque nadie tiene idea de

ellas, y hasta a uno mismo le cuesta trabajo comprenderlas, porque siendo únicas, no tienen relación con nada en la memoria y no pueden compararse con otro sentimiento conocido. Pero sean cuales fueran mis sentimientos, es seguro que entra en ellos el dolor, el despecho, los celos, la vergüenza. ¡Feliz yo si no hubiera entrado también el amor!

“Me ama, quiero creerlo—exclamaba—; pero ¿no sería un monstruo si me odiase? ¿Qué derechos puede tener nadie sobre un corazón que yo no tenga sobre el suyo? ¿Qué me queda que hacer por ella después de todo lo que le he sacrificado? ¡Y, sin embargo, me abandona! ¡Y la ingrata se cree a cubierto de mis reproches diciéndome que no deja de amarme! ¡Teme al hambre! ¡Dios del amor! ¡Qué sentimientos más groseros y qué mal responden a mi delicadeza! ¡Yo no la he temido; yo, que de buen grado me he expuesto a ella por su culpa, renunciando a mi fortuna y las comodidades de la casa de mi padre; yo, que me he quitado hasta lo necesario para satisfacer sus menores caprichos! Y dice que me adora. Si me adorases, ingrata, ya sé yo de quién te habrías aconsejado; no me habrías abandonado, al menos, sin decirme adiós. A mí es a quien pueden preguntar qué penas crueles sienten los que se separan de quien adoran. Sería necesario haber perdido la razón para exponerse a ellas voluntariamente.”

Mis quejas fueron interrumpidas por una visita que no esperaba: la de Lescaut. “¡Verdugo!—díje-

le, echando mano a la espada—. ¿Dónde está Manon? ¿Qué has hecho de ella?” Mi movimiento le asustó. Respondióme que si era así recibido cuando venía a darme cuenta del favor más importante que podía hacerme, se iría y no pondría más los pies en mi casa. Al oírle me precipité hacia la puerta, cerrándola cuidadosamente. “No te figures—le dije volviéndome hacia él—que me vas a engañar otra vez con tus fábulas. Si no me devuelves a Manon, prepárate a defender tu vida.” “¡Hombre, qué vivo de genio sois! ¡Si es el único objeto que me trae! Vengo a anunciaros una alegría insospechada para vos, y por la cual habréis de reconocer deberme algún agradecimiento.” Quise que se explicase al momento.

Me contó que Manon, no pudiendo soportar el temor de la miseria, y, sobre todo, la idea de variar de repente su tren de vida, le había rogado que le presentase al señor G*** de M***, quien pasaba por un hombre generoso. Se cuidó bien de no decirme que el consejo partió de él y que él preparó el camino. “La he llevado allá esta mañana—continuó—, y este buen señor ha quedado tan complacido de sus gracias, que la ha invitado a que le acompañe a su casa de campo, donde piensa pasar unos días. Yo—añadió Lescaut—, que de una ojeada he comprendido lo útil que esto podría seros, le he indicado discretamente que Manon había sufrido grandes pérdidas, y he excitado de tal modo su generosidad, que ha empezado por hacerle un regalo de doscientas pistolas. Yo le he

dicho que esto estaba bien por el pronto; pero que lo porvenir traería para Manon grandes necesidades; que tenía, además, a su cargo un hermano pequeño, que quedó sin más amparo que el nuestro a la muerte de nuestros padres, y que, si la creía digna de su estima, no permitiría que sufriese en la persona de ese pobre niño, que miraba como la mitad de ella misma. Este relato le ha conmovido. Se ha brindado a alquilar una casa cómoda para Manon y para vos, pues vos sois el huérfano en cuestión. Ha prometido instalaros decentemente y daros todos los meses cuatrocientas libras, que serán, si no cuento mal, cuatro mil ochocientas al año. Antes de marchar al campo ha dado orden a su administrador de que busque una casa y la tenga dispuesta para cuando él torne. Entonces volveréis a ver a Manon, que me ha encargado os dé mil abrazos de su parte y os asegure que os ama más que nunca."

Sentéme pensando en lo extraño de mi suerte. Me hallaba combatido de sentimientos tan distintos, y, por consiguiente, en una incertidumbre tan difícil de resolver, que permanecí mucho tiempo sin contestar a las preguntas que Lescaut me dirigía sin darse reposo. En aquel instante, el honor y la virtud me hicieron sentir un punto de remordimiento, y volví los ojos, suspirando, hacia Amiens, hacia la casa de mi padre, hacia San Sulpicio y hacia todos los lugares en que viviera inocente. ¡Qué inmensa distancia me separaba de aquel estado feliz! Le veía a lo lejos, como una

sombra que aún atraía mis deseos y mis nostalgias, pero demasiado débil para excitar mis esfuerzos. “¿Por qué fatalidad—me decía—he venido a ser tan criminal? El amor es una pasión inocente; ¿cómo se ha trocado para mí en un manantial de miserias y desórdenes? ¿Quién me estorbaba vivir con Manon tranquilo y virtuoso? ¿Por qué no me casé con ella antes de conseguir nada de su amor? Mi padre, que me amaba tan tiernamente, habría consentido si yo le hubiera apremiado con demandas legítimas. ¡Ah! Mi mismo padre habríala querido como a una hija encantadora, digna por todo extremo de ser la mujer de su hijo: yo sería feliz con el amor de Manon, con el afecto de mi padre, con la estima de las gentes honradas, con los bienes de la fortuna y la tranquilidad de la virtud. ¡Contraste funesto! ¿Quién es ese infame personaje de que me hablan? ¡Cómo! ¿Iré a compartir?... ¿Pero puedo dudarlo, si es Manon la que ha tramado esta farsa, y la pierdo si no me avengo a ella? Señor Lescaut—exclamé, cerrando los ojos como para alejar tan penosas reflexiones—, si habéis tenido intención de servirme, os doy las gracias. Hubierais podido tomar un camino más honrado; pero es cosa hecha, ¿no es verdad? Pensemos sólo en aprovecharnos de vuestros cuidados y en cumplir vuestra promesa.”

Lescaut, a quien mi cólera, seguida de un largo silencio, había azorado un poco, se alegró mucho de verme tomar un partido muy diferente del que él temiera, sin duda; no era valiente, ni con mu-

cho, y lo pude comprobar después. “Sí, sí—apresuróse a responderme—; os he hecho un gran favor, y ya veréis que sacaremos más provecho aún del que pensáis.” Convinimos en el modo como habríamos de prevenir la desconfianza del señor G*** de M*** sobre nuestra fraternidad al verme mayor de lo que él se imaginaba. No hallamos mejor medio que tomar en su presencia un aire sencillo y provinciano y hacerle creer que yo abrigaba el propósito de entrar en la iglesia, y, por tanto, debía frecuentar un colegio a diario. Decidimos asimismo que la primera vez que me presentara a él iría mal vestido.

El viejo volvió a la capital tres o cuatro días después. El mismo condujo a Manon a la casa que su administrador le tenía preparada. Ella anunció en seguida a Lescaut su llegada, éste a mí, y los dos nos dirigimos a su casa. El viejo amante ya había salido.

A pesar de la resignación con que me sometí a sus deseos, no pude reprimir las protestas de mi corazón al volver a verla. La alegría de encontrarla no podía vencer por completo al dolor por su infidelidad; ella, por el contrario, parecía embelesada al verme. Me echó en cara mi frialdad. Yo no pude menos de dejar escapar las palabras pérfida e infiel, acompañándolas de otros tantos suspiros.

Manon primero se burló de mi inocencia; pero cuando vió que mis miradas se fijaban en ella con tristeza, y el trabajo que me costaba pasar por un cambio tan contrario a mi carácter y a mis de-

seos, se metió en su gabinete. Momentos después la seguí. La encontré llorando. Preguntéle cuál era la causa de su llanto. “Bien fácil es que lo comprendas—me dijo—. ¿Cómo quieres que viva, si el verme no puede causarte más que tristeza y dolor? No me has hecho ni una sola caricia desde hace más de una hora que estás aquí, y has recibido las más con la indiferencia que el Gran Turco en el serrallo.”

“Escúchame, Manon—respondí besándola—; no puedo ocultarte mi aflicción mortal. No hablo ya de la angustia causada por tu fuga imprevista, ni de tu crueldad al abandonarme sin una palabra de consuelo, después de pasar la noche en otro lecho distinto del mío; el encanto de tu presencia me haría olvidar eso y mucho más. Pero ¿crees que puedo pensar sin suspiros y sin lágrimas—continué vertiendo algunas—en la triste y desdichada vida que quieres que pase en esta casa? Dejemos aparte mi nacimiento y mi nombre; no son estas razones tan secundarias las que deben competir con un amor como el mío; pero este mismo amor clama al verse tan mal pagado, o, mejor dicho, maltratado por una ingrata y cruel amante...”

Ella me interrumpió diciendo: “No sigas, caballero mío; es inútil que continúes atormentándome con reproches que traspasan mi corazón por venir de ti. Ya comprendo lo que te hiere. Esperaba que consentirías en el proyecto, trazado solamente para rehacer un poco nuestra fortuna, y para no ofender tu delicadeza, comencé a ponerlo en práctica

sin contar contigo; pero renuncio a él, puesto que no lo apruebas." Añadió que sólo me pedía un poco de complacencia para el resto del día; que el viejo le había dado doscientas pistolas y prometido llevarla aquella noche un hermoso collar de perlas y otras joyas, y, además, la mitad de la pensión anual que habían convenido. "Déjame tiempo—me dijo—de recibir estos regalos; te juro que no podrá jactarse de mis favores, pues hasta ahora lo he ido aplazando todo para cuando llegásemos a la capital. Bien es cierto que me ha besado las manos más de un millón de veces; es justo, pues, que pague este placer, y no serán demasiado cinco o seis mil francos, acomodando el precio a su fortuna y su edad."

Su resolución me agradó mucho más que la esperanza de las cinco o seis mil libras. Tuve ocasión de reconocer que mi corazón no había perdido por completo el sentimiento del honor, puesto que le satisfacía escapar de aquella infamia; pero yo había nacido para las alegrías pequeñas y los grandes dolores. La suerte me libraba de un precipicio para arrojarme en otro. Después que con mil caricias hube mostrado a Manon lo feliz que me hacía aquel cambio, le dije que había que prevenir a su hermano para que obrásemos de acuerdo. Lescaut rezongó primeramente; pero las cinco o seis mil libras en dinero contante y sonante le hicieron aceptar con gusto nuestra idea. Convinimos, pues, en que nos reuniríamos todos a comer con el señor G*** de M***, y esto por dos razones:

primera, para divertirnos con la graciosa escena de hacerme pasar por un estudiante hermano de Manon, y segunda, para evitar que el viejo libertino se tomase demasiadas libertades con mi amante, por el derecho que le daba, a su juicio, haber pagado de antemano con tanta liberalidad. Lescaut y yo debíamos retirarnos cuando él subiera al cuarto donde pensaba pasar la noche, y Manon nos prometió que, en vez de seguirle, saldría para pasarla conmigo. Lescaut se encargó de tener un coche dispuesto en la puerta.

Llegó la hora de la cena, y el señor G*** de M*** no se hizo esperar mucho. Lescaut estaba en la sala con su hermana. El primer cumplimiento del viejo fué ofrecer a la hermosa un collar, brazaletes y pendientes de perlas, que valdrían por lo menos mil escudos. En seguida le contó, en buenos luises de oro, la suma de dos mil cuatrocientas libras, que constituían la mitad de la pensión. Sazonó su regalo con un sinnúmero de cumplidos del gusto de la antigua corte. Manon no pudo negarle algunos besos, que eran otros tantos derechos que adquiriría sobre el dinero que él entregaba en sus manos. Yo estaba en la puerta, aguzando el oído y esperando a que Lescaut me avisara para entrar.

Fué a buscarme cuando Manon tuvo seguros el dinero y las joyas, y conduciéndome hacia el señor G*** de M***, me ordenó que le saludase. Hice dos o tres reverencias de las más profundas. "Perdonad, señor; es un niño. Está muy lejos de

tener las costumbres de París; pero esperamos que las adquiriera con el uso. Tendrás el honor de ver al señor aquí con alguna frecuencia—añadió volviéndose a mí—; aprovecha tan buen modelo.”

El viejo amante pareció complacido al verme. Me dió dos o tres palmaditas en la mejilla, diciéndome que era un guapo mozo, pero que debía estar muy alerta en París, donde se pierden fácilmente los jóvenes. Lescaut le aseguró que yo era por naturaleza tan formal, que sólo hablaba de ordenarme sacerdote, y que mi única diversión consistía en hacer capillas. “Se parece algo a Manon”, repuso el viejo, tomándome por la barbilla con la mano. Yo respondí con un aire sencillito: “Es que nuestras dos carnes se tocan muy de cerca; por eso yo quiero a mi hermana como si fuese otro yo.” “¿Le oís?—dijo a Lescaut—. Tiene talento. Es lástima que este niño no tenga un poco más de mundo.” “¡Bah!, señor—repuse—, yo he visto muchos en las iglesias, y creo que en París también los habrá más tontos que yo.” “Esto es admirable para un niño provinciano”, añadió el viejo.

Nuestra conversación fué, sobre poco más o menos, del mismo tono durante la cena. Manon, que tenía buen humor, estuvo a punto de echarlo a perder todo dos o tres veces con sus carcajadas. Mientras comíamos hallé el modo de contarle su propia historia y la suerte infeliz que le esperaba. Lescaut y su hermana temblaban mientras duró mi relación, sobre todo cuando trazaba tan al vivo

su retrato; pero el amor propio no le permitió reconocerse, y lo terminé con tal habilidad, que él mismo fué el primero en encontrarlo muy risible. Ya veréis que no sin razón me he detenido en esta escena.

Llegada la hora de dormir, él habló de amor y de impaciencia. Lescaut y yo nos retiramos. Condujeron al viejo a su cuarto, y Manon, que salió pretextando una necesidad, vino a unirse con nosotros. El coche, que aguardaba dos o tres casas más abajo, adelantóse para que subiéramos en él. En un instante estuvimos lejos del barrio.

Aunque a mis propios ojos esta acción fuese una verdadera pillada, no era la de peor género que podía reprocharme. Sentía más escrúpulos por el dinero del juego. Y, sin embargo, bien poco disfrutamos de los dos, y el cielo quiso que la menos grave de aquellas faltas fuese la castigada con más rigor. El señor G*** de M*** no tardó mucho en advertir el engaño. No sé si aquella misma noche daría algunos pasos para descubrir nuestro paradero; pero era bastante conocido para emprender diligencias inútiles, y nosotros tan imprudentes, que nos fiamos demasiado del área de París y de la distancia que había entre su barrio y el nuestro. No solamente se informó de donde habitábamos y de nuestro modo presente de vivir, sino que supo también quién era yo, la vida que había llevado en París, las relaciones de Manon con el señor B*** y la manera como hubo de engañarle; en una palabra, toda la parte escandalosa

de nuestra historia. Tomó la decisión, en vista de ello, de mandarnos prender y tratarlos, no como criminales, sino como libertinos incorregibles. Aún estábamos en el lecho un día, cuando entró en nuestro cuarto un oficial de Policía con media docena de guardias. Se apoderaron primeramente del dinero nuestro; es decir, del del señor G*** de M***, y después de obligarnos a salir de la cama a toda prisa, nos condujeron a la puerta, donde encontramos dos coches; en uno metieron a la pobre Manon, sin decir una palabra, y en el otro me llevaron a mí a San Lázaro.

Es preciso haber pasado por tan amargos trances para comprender la desesperación que causan. Los guardias tuvieron la crueldad de no permitirme abrazar a Manon ni decirle una palabra. En mucho tiempo no supe qué había sido de ella. Seguramente fué para mí una suerte no saberlo, desde luego, pues una catástrofe tan grande podría haberme hecho perder el sentido y acaso la vida.

Me arrebataron, pues, a mi desgraciada amante ante mi vista, y fué conducida a un sitio que me horroriza nombrar. ¡Qué suerte para una criatura adorable, que hubiera ocupado el primer trono del mundo si todos los hombres tuviesen mis ojos y mi corazón! No la trataron bárbaramente, pero la encerraron en un calabozo, sola, y condenada a cumplir diariamente un cierto trabajo, como condición para obtener una comida repugnante. Este detalle lo supe algún tiempo después, cuando hube sufrido varios meses de ruda y enojosa penitencia.

Como los guardias no me dijeron el sitio donde tenían orden de conducirme, sólo lo supe a la puerta de San Lázaro. En aquel momento hubiera preferido la muerte al estado en que me veía próximo a caer, pues tenía formado un concepto terrible de aquella casa. Mi terror aumentó cuando los guardias, al entrar, me registraron otra vez los bolsillos, para convencerse de que no tenía ningún arma ni medio alguno de defensa.

El superior se presentó al instante; ya tenía noticia de mi llegada. Me saludó con mucha dulzura. "Padre mío—le dije—, nada de indignidades, pues perdería mil vidas antes que soportar una sola de ellas." "No, no, señor—me respondió—; adoptaréis una conducta seria, y estaremos contentos uno de otro." Me rogó que subiera a un cuarto alto. Seguíle sin resistencia. Los arqueros nos siguieron hasta la puerta, y después de entrar, el superior les indicó que se retiraran.

"¿Soy, pues, vuestro prisionero?—dije—. Bueno, padre mío, ¿qué pretendéis hacer conmigo?" Me dijo que le agradaba mucho verme en aquel tono razonable; que su deber sería tratar de inspirarme el gusto de la virtud y de la religión, y el mío, aprovechar sus exhortaciones y sus consejos; que a poco que yo respondiese a las atenciones que él había de tener conmigo, no hallaría sino placer en mi soledad. "¡Placer!—repuse—. No sabéis que solo hay una cosa en el mundo que pueda proporcionármelo." "Ya lo sé—replicó—; pero tengo la esperanza de que cambie vuestra inclinación." Su

respuesta me hizo comprender que tenía noticia de mis aventuras, y quizá también de mi nombre. Le rogué que se explicase. El me dijo, naturalmente, que le habían informado de todo.

Aquel convencimiento fué el más duro de los castigos. Vertí un torrente de lágrimas, con todas las muestras de una desesperación horrible. No podía consolarme de una humillación que iba a convertirme en la irrisión de quien me conociera y en la vergüenza de mi familia. Pasé ocho días en el más profundo abatimiento, sin ser capaz de escuchar nada ni de ocuparme de otra cosa que de mi oprobio. El mismo recuerdo de Manon no añadía nada a mi dolor. Por lo menos, sólo entraba en él como un sentimiento que precediera a esta nueva pena, y la pasión dominante de mi alma era la vergüenza.

Pocas personas hay que conozcan la fuerza de estos movimientos particulares del corazón. El común de las gentes sólo es sensible a cinco o seis pasiones, a las cuales se reducen sus agitaciones y en cuyo círculo gira su vida. Quitadles el amor y el odio, el placer y el dolor, la esperanza y el temor, y no sentirán nada. Pero las personas de un carácter más noble pueden ser movidas de mil modos distintos: parece como si tuvieran más de cinco sentidos y pudiesen recibir ideas y sensaciones que traspasan los límites ordinarios de la naturaleza. Y como tienen conciencia de esta superioridad sobre lo vulgar, siéntense muy celosas de ella. De ahí que soporten con tan poca paciencia el des-

precio y la burla, y que la vergüenza sea una de sus más violentas pasiones.

Yo tuve esta triste ventaja en San Lázaro. Mi tristeza pareció tan excesiva al superior, que, temiendo sus efectos, creyó deber tratarme con mucha dulzura e indulgencia. Me visitaba dos o tres veces al día. Me llevaba a menudo consigo para dar una vuelta por el jardín, y su celo se manifestaba en exhortaciones y consejos saludables. Yo los recibía con dulzura, y le demostraba mi agradecimiento, de donde él sacaba la esperanza de mi conversión.

“Sois de un natural tan dulce y tan amable—díjome un día—, que no puedo explicarme las faltas de que os acusan. Dos cosas me chocan, sobre todo: una, cómo con tan buenas cualidades os habéis podido entregar al exceso del libertinaje; otra, y es la que me asombra más, cómo recibís mis consejos con tanto agrado después de haber vivido varios años con hábitos de desorden. Si es arrepentimiento, sois una prueba evidente de la misericordia divina; si es buen natural, por lo menos tenéis un fondo excelente, el cual me hace esperar que no necesitaremos reteneros aquí mucho tiempo para atraeros a una vida seria y honrada.”

Quedé encantado de la opinión en que me tenía. Resolví afianzarle en ella con una conducta que pudiera satisfacerle, convencido de que era el medio más seguro de abreviar mi encierro. Le pedí libros. Le sorprendió, al dármeles a elegir, que me decidiese por algunos autores serios. Fingí apli-

carme al estudio con gran entusiasmo, dándole de este modo, en toda ocasión, pruebas del cambio que deseaba.

Sin embargo, la mudanza sólo era externa. Debo confesarlo para vergüenza mía: en San Lázaro hice el papel de hipócrita. Cuando estaba solo, en vez de estudiar, únicamente me ocupaba en lamentar mi destino. Maldecía mi prisión y la tiranía que me confinaba en ella. Apenas me repuse un poco del abatimiento en que me sumiera aquella turbación, caí en los tormentos del amor. La ausencia de Manon, la incertidumbre de su suerte, el temor de no tornar a verla, eran el objeto único de mis meditaciones. Me la imaginaba en los brazos de G*** de M***. Esta fué mi primera idea, pues, lejos de pensar que sería tratada del mismo modo que yo, estaba convencido de que el viejo me había alejado para poseerla tranquilamente.

Así pasé días y noches que me parecieron eternos. Mi única esperanza era que mi hipocresía al fin triunfara. Observaba atentamente el rostro y los discursos del superior, para asegurarme de lo que pensaba de mí, y hacía hincapié en agradecerle, pues le consideraba como el árbitro de mi suerte. Fácilmente advertí que tenía todas sus simpatías. No dudé que estuviese dispuesto a servirme.

Un día tuve el valor de preguntarle si era de él de quien dependía mi libertad. Respondióme que no era él precisamente quien había de decretarla;

pero que, con su testimonio, esperaba que el señor G*** de M***, a cuya instancia me prendiera el jefe de Policía, no pondría obstáculo en dejarme libre. “¿Puedo suponer—repuse con dulzura—que los dos meses que llevo de encierro le parezcan bastante castigo?” Me prometió hablarle, si tal era mi deseo. Roguéle insistentemente que me hiciera ese favor. Dos días después me dijo que el señor G*** de M*** se había conmovido tanto con todo lo bueno que de mí le dijeron, que, no solamente accedería a dejarme libre, sino que había manifestado deseos de conocerme más de cerca, y se proponía ir a visitarme a mi encierro. Aun cuando su presencia no me era agradable, la consideré como un paso hacia la libertad.

Efectivamente, vino a San Lázaro. Me pareció de un aire más serio y menos tonto que en casa de Manon. Me hizo algunas reflexiones sensatas acerca de mi mala conducta. Añadió, para justificar aparentemente sus propios desórdenes, que podía permitirse a la flaqueza de los hombres procurarse ciertos placeres que la Naturaleza exige, pero que las pilladas y malas mañas merecían ser castigadas.

Le escuché con un aire tan sumiso, que pareció satisfacerle. Ni siquiera me ofendí al oírle desliz algunas cuchufletas sobre mi fraternidad con Manon y Lescaut, y sobre las capillitas, de las cuales—me dijo—suponía que habría hecho un gran número en San Lázaro, puesto que me gustaba tanto dedicarme a tan piadosa ocupación. Pero,

desgraciadamente para él y para mí, se le escapó decirme que Manon también habría podido hacerlas muy lindas en el hospital. A pesar del estremecimiento que me produjo la palabra hospital, tuve aún tranquilidad suficiente para rogarle que se explicara. “¡Naturalmente!—repuso—. Hace dos meses que está aprendiendo a ser juiciosa en el Hospital General, y me alegraré mucho que haya aprovechado tanto como vos en San Lázaro.”

Aun cuando hubiese tenido ante mis ojos la muerte o la cárcel para toda mi vida, no habría podido ser dueño de mí al escuchar aquella terrible noticia. Me arrojé sobre él con tal rabia, que perdí por ello la mitad de mis fuerzas. Tuve la suficiente, sin embargo, para derribarle en tierra y agarrarle por el cuello. A punto estaba de estrangularle cuando el ruido de su caída y algunos gritos agudos, que trabajosamente pudo lanzar, atrajeron al superior y a otros religiosos, que le libraron de mis manos.

Yo mismo había perdido la fuerza y el aliento. “¡Dios mío!—exclamé, lanzando mil suspiros—. ¡Justicia del cielo! ¿Podré vivir un minuto más después de tal infamia?” Aún quise arrojarme sobre el bárbaro que acababa de asesinarme. Me detuvieron. Mi desesperación, mis gritos y mis lágrimas sobrepusieron a todo lo que puede imaginarse. Hice cosas tan extrañas, que todos los presentes, desconocedores de la causa de ellas, se miraban unos a otros con tanto espanto como sorpresa.

Entretanto, el señor G*** de M*** se colocaba la peluca y se arreglaba la corbata, y en su furor, al verse tan maltrecho, ordenó al superior que me encerrase con más rigor que nunca y que me infligiese todos los castigos propios de San Lázaro. “No, señor—respondióle el superior—, con las personas de la cuna del caballero no empleamos esos sistemas. Además, es tan bondadoso y tan correcto, que no puedo comprender que haya llegado a este extremo sin razón justificada.” Aquella respuesta acabó de desconcertar al señor G*** de M***. Salió diciendo que él sabría doblegar al superior, y a mí, y a todos los que se atrevieran a resistírsele.

El superior ordenó a los religiosos que le acompañaran, y se quedó solo conmigo. Me conjuró a que le dijera inmediatamente cuál era la causa de mi arrebató. “Padre mío—le dije, llorando como un niño—, figuraos la crueldad más horrible, imagináos la más abominable de las barbaries: esa es la acción que el indigno G*** de M*** ha tenido la cobardía de cometer. ¡Me ha traspasado el corazón! No me reharé jamás. Voy a contaros todo—añadí sollozando—. Sois bueno y tendréis lástima de mí.”

Le hice un relato sucinto de la insuperable pasión que sentía por Manon, de la situación boyante de nuestra fortuna antes de ser desvalijados por nuestros criados, de los ofrecimientos que G*** de M*** hiciera a mi amante, del trato que estipularon y de la manera cómo se rompió. Le pinté

las cosas, dicho sea en verdad, por el lado más favorable a nosotros. “Ya veis—continué—el origen del celo del señor G*** de M*** por mi conversión. Ha tenido influencia para hacerme encerrar aquí por motivos de venganza. Yo se lo perdono; pero, padre mío, no es esto todo: ha hecho prender cruelmente a la mitad más querida de mí mismo y la ha hecho encerrar en el hospital; además de ello, ha tenido la desvergüenza de decírmelo hoy con sus propios labios. ¡Al hospital, padre mío! ¡Cielos! ¡Mi dueña encantadora, mi reina querida en el hospital, como la más infame de las criaturas! ¿De dónde sacaré yo fuerza para no morir de dolor y de vergüenza?”

Viéndome el buen padre en aquel estado de aflicción, trató de consolarme. Me dijo que era muy otro del que yo le mostraba el concepto que él se había formado de mi aventura; ciertamente supo que yo vivía una vida desordenada; pero imaginábase que lo que indujo al señor G*** de M*** a interesarse por mí era alguna relación de amistad con mi familia; que él así lo dió a entender; que cuanto yo le había referido haría cambiar el asunto, y que no dudaba de que contándole todo, punto por punto, al jefe de Policía, me fuese fácil obtener la libertad.

Preguntóme en seguida por qué no había pensado enviar noticias más a mi familia, puesto que ella no había tenido parte alguna en mi cautiverio. Respondí que no lo hice temiendo el dolor que causaría a mi padre y la vergüenza que habría de

recaer sobre mí. Finalmente, me prometió ir personalmente a ver al jefe de Policía. “Aun cuando no sea más—añadió—que para prevenir cualquier cosa de parte del señor G*** de M***, que ha salido de aquí muy descontento y que es bastante considerado para hacerse temer.”

Esperé el regreso del padre con la angustia del desgraciado que aguarda su sentencia. Era para mí un suplicio inexpresable el figurarme a Manon en el hospital. Aparte la infamia a ello inherente, ignoraba cómo la tratarían, y el recuerdo de los detalles que había oído contar de aquella mansión de horror, renovaba a cada instante mis arrebatos. Estaba tan decidido a socorrerla, fuese como fuese, que hubiera incendiado San Lázaro en la imposibilidad de evadirme de otro modo.

Reflexioné, pues, sobre los caminos que podría tomar si el jefe de Policía se empeñaba en tenerme allí a pesar mío. Puse en juego toda mi industria; pensé en todas las probabilidades. No vi nada que pudiera darme la seguridad de una evasión, y temía que me encerraran más estrechamente si realizaba una tentativa infructuosa. Recordé el nombre de algunos amigos que pudieran ayudarme; pero ¿cómo hacerles saber mi situación? Finalmente, creí haber concebido un plan tan hábil, que podría lograrse, y aplacé el ultimarle hasta el retorno del superior, por si la inutilidad del paso que diera lo hacía imprescindible.

No tardó en volver. Su rostro no mostraba las señales de alegría que anuncian una buena noti-

cia. "He hablado—me dijo—al jefe de Policía; pero he llegado tarde. El señor G*** de M*** ha ido a verle al salir de aquí, y le ha prevenido en tal forma contra vos, que estaba dispuesto a enviarme nuevas órdenes para que os vigilara más. Sin embargo, al informarle de la verdad del asunto, se ha dulcificado un poco, y, riéndose de la incontinencia del viejo G*** de M***, me ha dicho que era menester teneros aquí seis meses para satisfacerle, tanto más—ha añadido—que la estancia no os será inútil. Me ha recomendado que os tratemos con consideración, y os respondo de que no os quejaréis de nuestro comportamiento."

La explicación del buen superior fué lo bastante larga para darme tiempo a reflexionar. Comprendí que me exponía a echarlo a rodar todo si demostraba un afán desmedido por mi libertad. Le atestigüé, por el contrario, que, en la necesidad de estar allí, me serviría de consuelo el merecer su estima. Luego le supliqué sencillamente la concesión de un favor que a nadie importaba y que me tranquilizaría mucho: consistía en avisar a un amigo mío—un santo sacerdote que vivía en San Sulpicio—de que yo estaba en San Lázaro, y permitir que me visitase alguna vez. Me otorgó su consentimiento en seguida.

Se trataba de mi amigo Tibergo, de quien yo no esperaba, naturalmente, que me procurase los medios para evadirme, pero a quien quería utilizarle como instrumento indirecto, sin que él mismo lo advirtiese. En una palabra, mi proyecto era el si-

guiente: Escribiría a Lescaut, encargándole a él y a nuestros amigos comunes que se ocupasen de libertarme. La primera dificultad era hacer llegar la carta a sus manos; para esto me serviría Tibergo. Sin embargo, como él sabía que era hermano de mi amante, abrigaba mis temores de que no aceptase el encargo. Mi propósito, pues, era meter mi carta a Lescaut en otra que dirigiría a un señor serio, amigo mío, rogándole que hiciese llegar la primera a su destino; y como era preciso que yo me avistase con Lescaut para ponernos de acuerdo, le advertía que fuera a San Lázaro y pidiese verme, haciéndose pasar por mi hermano mayor, venido expresamente de París para enterarse de mis asuntos. Aplazaba hasta nuestra entrevista el convenir los medios que nos pareciesen más expeditivos y seguros. El padre superior envió recado a Tibergo, indicándole que yo deseaba verle. El fiel amigo no me había perdido de vista hasta el punto de ignorar mi aventura; sabía que estaba en San Lázaro, y quizá no encontró del todo mal esta desgracia, que él suponía capaz de tornarme al buen camino. Acudió presuroso a mi encierro.

Nuestra entrevista fué muy cariñosa. Quiso informarse de la situación de mi espíritu. Yo le abrí mi corazón sin reserva, excepto en lo referente a mi fuga. "A vuestros ojos, amigo mío—hube de decirle—, no voy a tratar de aparentar lo que no soy. Si suponíais que ibais a encontraros con un amigo prudente y ordenado en sus deseos, un libertino arrepentido por el castigo del cielo; en

una palabra, un corazón libre del amor e indiferente a los encantos de Manon, me habríais juzgado demasiado bien. Me encontráis tal y como me dejasteis hace cuatro meses, siempre tierno y siempre desgraciado por esta fatal ternura, que es en lo único en que quiero hallar mi felicidad.”

Respondióme que aquella confesión me hacía imperdonable; que conocía muchos pecadores embriagados con la falsa dicha del vicio, hasta el punto de preferirla a la verdadera de la virtud; pero que, a lo menos, los tales se aferraban a imágenes de felicidad y eran víctimas de la apariencia. Ahora, reconociendo, como yo reconocía, que el objeto de mi afecto sólo era parte a hacerme culpable y desgraciado, seguir precipitándome voluntariamente en el infortunio y el crimen era una contradicción de ideas y de conducta que no honraba a mi razón.

“Tibergo—repuse—, ¡qué fácil es la victoria cuando nada se opone a nuestras armas! Dejadme argumentar a mi vez. ¿Podéis suponer que eso que llamáis la felicidad de la virtud esté libre de trabajos, de sinsabores y de inquietudes? ¿Qué nombre dais a la prisión, a las cruces, a los suplicios y a las torturas de los tiranos? ¿Diréis, como los místicos, que lo que atormenta el cuerpo constituye la felicidad del alma? No os atreveríais a decirlo; es una paradoja insostenible. Esa dicha, que tanto ensalzáis, está, pues, mezclada con mil dolores, o, para decirlo mejor, sólo es un tejido de dolores, a través del cual se aspira a la felicidad.

Luego, si la fuerza de la imaginación finge placer en estos mismos dolores, ya que pueden conducir a un término dichoso, ¿por qué tacháis de contradictoria e insensata en mi conducta una disposición semejante? Yo amo a Manon, y aspiro a vivir tranquilo y feliz a su lado pasando por mil dolores. El camino que sigo es áspero; pero la esperanza de llegar al término lo llena de suavidad; y un momento junto a ella me compensaría sobradamente de todos los pesares que hubiese sufrido por conseguirlo. Todo, pues, aparece igual, de vuestro lado y el mío, con una ventaja de mi parte: que la dicha que yo espero está próxima y la vuestra está lejos; la mía es de la misma naturaleza que los dolores; esto es, sensible al cuerpo, y la otra es de naturaleza desconocida y sólo cierta para la fe.”

Tibergo se escandalizó de aquel razonamiento. Retrocedió dos pasos, diciéndome muy seriamente que lo que acababa de decir no sólo hería el buen sentido, sino que, además, era un desdichado sofisma de impiedad y de herejía. “Pues esa comparación—agregó—del término de vuestros dolores con el que ofrece la religión, es una de las ideas más libertinas y monstruosas.”

“Confieso—repliqué yo—que no es justa; pero curad que no es ella la que basa mis argumentos. He querido explicar lo que vos juzgáis como una contradicción en la perseverancia de un amor desgraciado, y creo haber probado de sobra que, si la hay, tanto caéis en ella vos como yo. En este res-

pecto, solamente he tratado de igualar las cosas, y sostengo aún que lo son.

¿Diréis que el término de la virtud es infinitamente superior al del amor? ¿Quién lo niega? ¿Pero se trata ahora de eso? ¿No se trata de la fuerza que una y otra tienen para hacer llevaderos los dolores? Juzguemos por los efectos: ¡cuántos desertores encontraréis de la severa virtud y qué pocos del amor!

Seguramente me contestaréis aún que si hay trabajos en el ejercicio del bien, no son infalibles y necesarios; que ya no hay tiranos, ni cruces, y que se ve multitud de gentes virtuosas que llevan una vida apacible y tranquila. Pero yo os diré también que hay mil amores tranquilos y afortunados, y—una cosa más en favor mío—añadiré que el amor, aun cuando algunas veces engaña, sólo produce satisfacciones y alegrías, mientras que la religión quiere que las gentes se atengan a prácticas tristes y mortificantes.

No os alarméis—añadí, viendo que su fervor estaba a punto de escandalizarse—. La única conclusión que quiero sacar de esto es que no hay peor sistema para conseguir que un corazón reniegue del amor que negar las alegrías que proporciona y pintarle más satisfacciones en el ejercicio de la virtud. Siendo como somos, es seguro que nuestra felicidad consiste en el placer; desafío a quien tenga otra idea de ella; y, naturalmente, el corazón no tiene que escucharse mucho para comprender que, de todos los placeres, los más

dulces son los del amor. Pronto advierte que le engañan cuando le prometen otros más exquisitos en otra parte, y este engaño le previene a desconfiar de las más sólidas promesas.

Predicadores que queréis volverme a la virtud, decidme que es indispensable, pero no me ocultéis que es severa y penosa. Afirmad que las delicias del amor son pasajeras, que están prohibidas, que serán seguidas de penas eternas y—lo que quizá me cause más impresión—que, cuanto más dulces y sabrosas sean, mayor será la magnanimidad del cielo al recompensar tan gran sacrificio; pero confesad que con corazones como los nuestros aquí abajo constituyen la suprema felicidad.”

Este final de mi discurso devolvió su buen humor a Tibergo. Convino en que no dejaba de haber algo de razonable en mis ideas. Solamente objetó que por qué no era fiel a mis propios principios, sacrificando mi amor a la esperanza de la recompensa, de que tan alta idea me formaba. “¡Oh, querido amigo!—le respondí—. Aquí es donde reconozco mi miseria y mi flaqueza. ¡Ay!, sí; mi deber sería obrar como razono; pero ¿depende de mi voluntad el obrar? ¿Qué ayuda no necesitaría para olvidar los encantos de Manon?” “Dios me perdone—replicó Tibergo—; pienso que estoy tratando a un jansenista.” “Yo no sé lo que soy—repliqué—, ni veo claramente lo que se debe ser; pero comprendo la verdad de lo que dicen.”

Aquella entrevista sirvió, por lo menos, para renovar la compasión de mi amigo. Comprendió que

en mis desórdenes había más flaqueza que maldad. En consecuencia, su amistad me prestó auxilios sin los cuales habría sucumbido infaliblemente. Con todo, no le dije una palabra del propósito que tenía de evadirme de San Lázaro. Solamente le supliqué que se encargara de mi carta; la tenía preparada ya, y supe hallar pretextos que justificaran la necesidad que tenía de escribirla. La llevó fielmente a su destino, y Lescaut recibió la suya antes de la noche.

Fué a visitarme al día siguiente, y pasó sin dificultad bajo el nombre de mi hermano. Mi alegría fué extrema al verle en mi cuarto. Cerré la puerta con cuidado. “No perdamos un momento —le dije—; primero, dadme noticias de Manon, y en seguida, un buen consejo para romper mis cadenas.” Me aseguró que no había visto a su hermana desde la víspera del día de mi detención; que supo su suerte y la mía después de muchas preguntas y pasos; que se había presentado varias veces en el hospital, sin poder conseguir hablar con ella. “¡Desgraciado G*** de M***!—exclamé—. ¡Me las pagarás!”

“En cuanto a vuestra libertad—continuó Lescaut—, es empresa menos fácil de lo que suponéis. Anoche, dos amigos míos y yo pasamos la velada observando el exterior de esta casa, y pudimos percatarnos de que las ventanas de esta habitación dan a un patio rodeado de edificaciones, como vos nos habíais indicado; así, pues, será muy difícil sacaros de aquí. Además, estáis en el piso terce-

ro, y no podemos proporcionaros cuerdas ni escalas. Por tanto, no veo medio de ayudaros desde fuera. Dentro de la casa es donde hay que buscar alguna estratagema.”

“No—repuse—; lo he examinado todo, especialmente desde que mi encierro es menos riguroso por indulgencia del superior. La puerta de mi cuarto ya no se cierra con llave, y tengo libertad para pasearme por las galerías de los religiosos; pero las escaleras todas tienen gruesas puertas, que están cuidadosamente cerradas noche y día; de suerte que es imposible que la destreza sola pueda salvarme.

Esperad—añadí, después de reflexionar brevemente sobre una idea que me pareció magnífica—. ¿Podrías traerme una pistola?” “Fácilmente—me dijo Lescaut—; pero ¿es que pensáis matar a alguien?” Le aseguré que tan lejos estaba de mi pensamiento la idea de matar a nadie, que, si quería, la pistola podía estar descargada. “Traédmela mañana—agregué—, y, por la noche, no dejéis de estar a las once, frente a la puerta de esta casa, con dos o tres amigos; espero poder reunirme con vosotros.” En vano insistió para que me explicase con más claridad. Díjele que la empresa por mí concebida podría parecer razonable si resultaba bien. Le aconsejé que abreviara su visita para poder más fácilmente verme al otro día. Entró en San Lázaro por segunda vez con tan poco trabajo como la primera. Su aspecto era muy grave; nadie habría dejado de tomarle por un hombre de honor.

Cuando me vi provisto del instrumento de mi libertad, casi no dudé del buen éxito de mi proyecto. Era atrevido y extraordinario; pero ¿de qué no sería yo capaz por los motivos que me animaban? Desde que me permitían salir de mi cuarto y pasearme por las galerías, yo había observado que por la noche el portero llevaba al superior las llaves de todas las puertas, y en seguida en la casa reinaba un profundo silencio, señal de que todo el mundo descansaba. Yo podía ir sin dificultad alguna, atravesando una galería de comunicación, desde mi cuarto al del superior. Mi propósito era apoderarme de las llaves amedrentándole con la pistola, si se resistía a entregármelas, y utilizarlas para ganar la calle. Esperé el momento con impaciencia. El portero llegó a la hora ordinaria; es decir, un poco después de las nueve. Dejé pasar una hora más para asegurarme de que todos los criados y los religiosos estaban dormidos. Por fin salí, con mi arma y una bujía encendida. Primero llamé con suavidad a la puerta del padre, para despertarle sin ruido. Me oyó al segundo golpe, y suponiendo, sin duda, que era algún religioso que se había puesto malo y necesitaba auxilio, se levantó para abrirme. Tuvo, sin embargo, la precaución de preguntar antes qué le querían. Vime obligado a decir quién era; pero afecté un tono quejumbroso, para darle a entender que estaba malo. “¡Ah!, ¿sois vos, hijo mío?—díjome, abriendo la puerta—. ¿Qué os ocurre para venir tan tarde?” Entré en el cuarto, y arrastrándole al ex-

tremo opuesto de la puerta, díjele que me era imposible permanecer más tiempo en San Lázaro; que la noche era una hora propicia para salir sin ser visto, y que esperaba de su bondad que consentiría en abrirme las puertas o me prestaría las llaves para abrirlas yo mismo.

Aquella cortesía debió sorprenderle. Se quedó un rato mirándome sin responderme. Como yo no tenía tiempo que perder, volví a tomar la palabra para decirle que le estaba muy agradecido por todas sus bondades; pero que como la libertad era el más codiciado de todos los bienes, sobre todo para mí, a quien se la habían quitado injustamente, estaba resuelto a procurármela aquella misma noche, costase lo que costase. Y temiendo que se le ocurriera levantar la voz para pedir socorro, le mostré un argumento poderoso de silencio, que escondía bajo mi casaca. “¡Una pistola!—me dijo—. Hijo mío, ¿queréis quitarme la vida en agradecimiento a la consideración que os he tenido?” “Dios no lo quiera—repuse—. Tenéis demasiado entendimiento para ponerme en ese trance; pero quiero verme libre, y tan decidido estoy a ello, que, si no lo consigo por culpa vuestra, podéis contaros con los muertos.”

“Pero, hijo mío—replicó él, pálido y atemorizado—, ¿qué os he hecho yo? ¿Qué razón tenéis para querer mi muerte?” “No—repuse impaciente—, si no tengo intención de mataros; si queréis vivir, abridme la puerta, y seré el mejor de vuestros amigos.” Vi las llaves, que estaban sobre

la mesa; las cogí, y le rogué que me siguiera, haciendo el menor ruido posible.

Vióse obligado a decidirse. A medida que avanzábamos y que abría una puerta, repetíame con un suspiro: "¡Ah, hijo mío! ¿Quién había de creerlo?" "Nada de ruido, padre", replicaba yo a cada momento. Por fin llegamos a una especie de barrera que defiende la puerta grande de la calle. Ya me creía libre, y estaba colocado detrás del padre, con la pistola en una mano y la bujía en la otra.

Mientras él se apresuraba a abrir, un criado, que dormía en un cuarto cercano, oyendo el ruido de los cerrojos, levantóse y asomó la cabeza a su puerta. El buen padre, sin duda, le supuso capaz de detenerme. Le ordenó con notoria imprudencia que fuera en su auxilio. Era un bribón formidable, recio, que se lanzó sobre mí sin vacilar. Yo no me anduve con rodeos: le di un tiro en el pecho. "Ved lo que habéis provocado, padre—dije, arrogante, a mi guía—. Pero que ello no os impida terminar", añadí, empujándole hacia la última puerta. No se atrevió a negarse a abrir. Salí felizmente, y a cuatro pasos encontré a Lescaut con dos amigos, que me aguardaban, cumpliendo su promesa.

Nos alejamos. Lescaut me preguntó si no había sonado un tiro. "Ha sido culpa vuestra—le dije—. ¿Por qué me llevasteis cargada la pistola?" Sin embargo, le di las gracias por haber tenido aquella precaución, sin la cual estaría seguramente en

San Lázaro para mucho tiempo. Fuimos a pasar la noche en una hostería, donde me desquité un poco de la mala comida que hube de soportar durante cerca de tres meses. Pero, sin embargo, no pude entregarme a la alegría; sufría mortalmente por Manon. "Hay que libertarla—dije a mis amigos—. Sólo por esto he deseado yo la libertad. Ayudadme con vuestra industria. Yo he de poner en este empeño hasta mi vida."

Lescaut, que no dejaba de tener ingenio y prudencia, me indicó que precisaba ir con tiento; que mi evasión y la desgracia que había tenido al salir, seguramente moverían ruido; que el olfato de la Policía afinaríase en mi busca; que si no quería exponerme a algo peor aún que San Lázaro, sería conveniente que permaneciese oculto durante algunos días, para dar tiempo a que se apagase el primer fuego de mis enemigos. Su consejo era prudente; pero había que serlo también para seguirlo. Tanta lentitud y tantos rodeos, mal se compadecían con mi pasión. Todo lo que pude prometerle fué que pasaría el día siguiente durmiendo. Encerróme en su cuarto, donde permanecí hasta la noche.

Una parte del tiempo la empleé en trazar proyectos y buscar modos de auxiliar a Manon. Estaba convencido de que su prisión era aún más impenetrable que lo fuera la mía. No se trataba de fuerza ni de violencia; hacía falta astucia; pero la misma diosa de la invención no sabría por dónde empezar. Veía tan poca luz, que dejé el estudio

completo de la traza para cuando tuviese algunos informes del régimen interior del hospital.

En cuanto la noche me devolvió la libertad, supliqué a Lescaut que me acompañase. Entablamos conversación con uno de los porteros, que nos pareció hombre sensato. Me fingí un forastero que había oído hablar muy bien del Hospital General y del orden que en él reinaba. Le interrogué sobre multitud de detalles insignificantes, y, de circunstancia en circunstancia, fuimos a parar a los administradores, rogándole yo que me dijese sus nombres y condición. Las respuestas que me dió respecto a lo último sugirieronme una idea, de la cual me felicité en seguida y no tardé en poner en práctica. Le pregunté, como cosa esencial para mi idea, si esos señores tenían hijos. Respondióme que no podía decírmelo a punto fijo; pero que el señor T***, que era uno de los principales, tenía un hijo en edad de casarse, que iba al hospital algunas veces con su padre. Aquella afirmación me bastó.

Corté luego nuestra conversación, y al volver a casa participé a Lescaut mi propósito. “Supongo —le dije— que el señor T***, hijo, que es rico y de buena familia, tendrá cierta afición a los placeres, como la mayoría de los jóvenes de su edad. No será enemigo de las mujeres, ni tan ridículo que se niegue a prestar su concurso en un asunto de amor. Tengo el propósito de interesarle en favor de Manon. Si es honrado y de buenos sentimientos, nos ayudará por generosidad. Si no es

capaz de este sentimiento, no dejará de hacer algo por una muchacha agradable, aun cuando sólo sea con la esperanza de conseguir sus favores. No quiero diferir el verle más que hasta mañana—añadí—. Me siento tan consolado con este proyecto, que lo considero un buen augurio.”

Lescaut convino en que mis ideas no eran absurdas, y que podíamos esperar conseguir algo por aquel medio. Yo pasé la noche menos triste.

Llegada la mañana, me vestí lo mejor que pude en el estado de indigencia a que me veía reducido, y tomé un coche, que me llevó a casa del señor T***. Este se sorprendió mucho al recibir la visita de un desconocido. Saqué buena impresión de su fisonomía y de sus amabilidades. Me expliqué con naturalidad, y, para excitar sus sentimientos, le hablé de mi pasión y del mérito de mi amante como de dos cosas sólo comparables entre sí. Díjome él que, aun cuando no había visto nunca a Manon, había oído hablar de ella, si se trataba, claro es, de la que fué amante del viejo G*** de M***. Supuse que estaría informado de la parte que me tocaba en aquella aventura, y para conquistarle más y más, haciendo valer mi confianza, contéle al detalle todo lo que nos sucediera a Manon y a mí. “Ya veis, señor—continué—, que en vuestras manos están el interés de mi vida y el de mi corazón. Tan caro me es el uno como el otro. No uso reserva con vos, porque tengo noticias de vuestra generosidad, y la semejanza de edad en-

tre los dos me hace suponer que la haya también en nuestras inclinaciones.”

Aquella muestra de candor y de franqueza le impresionó. Su respuesta fué la de un hombre que tiene mundo y buenos sentimientos, cosa esta última que el mundo no da siempre, y que muchas veces hace perder. Me dijo que consideraba mi visita como una fortuna para él; que tenía mi amistad por una adquisición de las más felices, y que se esforzaría en merecerla prestándome sus mejores servicios. No me prometió devolverme a Manon porque, según me dijo, su influencia no era mucha ni muy firme; pero me brindó procurarme el placer de verla y hacer todo lo que estuviera de su parte para entregármela. Me satisfizo más aquella duda sobre su influencia que me hubiera satisfecho la plena seguridad de conseguir mis deseos. En la moderación de sus ofrecimientos encontré una prueba de franqueza que me encantó. En una palabra, me prometí conseguirlo todo por sus buenos oficios. La sola promesa de que vería a Manon me habría hecho intentar un imposible en obsequio suyo. Le pinté estos sentimientos de suerte que hubo de persuadirse de que yo no era un hombre de mala índole. Nos abrazamos cordialmente, diciéndonos amigos, sin más razón que la bondad de nuestros corazones y la inclinación que induce a un hombre generoso a querer a otro que se le parece.

Aún llegó más lejos en las muestras de su estimación, pues, sacando consecuencias de mis aven-

turas, juzgó que al salir de San Lázaro no estaría muy bien de fortuna, y me ofreció su bolsillo, insistiendo en que lo aceptara. No lo acepté, pero le dije: "Es demasiado, querido señor. Si después de ser tan bondadoso y amable, hacéis que vuelva a ver a mi querida Manon, seré vuestro amigo toda la vida. Si llegáis a devolverme a esa adorada criatura, no os pagaré ni aun vertiendo toda mi sangre por serviros."

No nos separamos hasta que hubimos convenido la hora y el sitio en que habríamos de vernos. Tuvo la bondad de no aplazar nuestra entrevista sino hasta aquella misma tarde.

Le esperé en un café, donde fué a buscarme a eso de las cuatro, y juntos emprendimos el camino hacia el hospital. Me temblaban las piernas al cruzar los patios. "¡Oh, fuerza del amor!—decía—. Voy a volver a ver al ídolo de mi corazón, al objeto de tantas lágrimas e inquietudes. ¡Cielos! ¡Conservadme la vida hasta que esté a su lado, y luego disponed de mi suerte y de mis días; no os pido más!"

El señor T*** habló con algunos porteros de la casa, que se apresuraron a ponerse a su disposición en lo que dependiera de ellos. Preguntó por el departamento en que Manon se aposentara, y hacia él nos guiaron, con una llave de un tamaño que daba miedo, y que servía para abrir su puerta. Pregunté al criado que nos guiaba, y que era el que solía servirla, de qué modo había pasado el tiempo que llevaba en la casa. Nos dijo que era de

una dulzura angelical; que jamás le había dirigido una palabra dura; que las seis primeras semanas de su estancia allí habíalas pasado llorando sin cesar; pero que, de algún tiempo a esta parte, parecía sobrellevar su desgracia con más paciencia, y que se ocupaba en coser desde la mañana a la noche, sin más descanso que las horas que dedicaba a la lectura. Le pregunté también si la habían tratado con consideración. Me aseguró que, por lo menos, lo necesario no le había faltado nunca.

Nos acercamos a su puerta. Mi corazón latía con violencia. Yo dije al señor T***: "Entrad solo y anunciadle mi visita, pues temo que se afecte demasiado si me ve de repente." La puerta se abrió. Yo me quedé en la galería. Desde allí oí, sin embargo, lo que hablaban. Díjole el señor T*** que iba a llevarle algún consuelo; que era amigo mío y que se interesaba mucho en nuestra felicidad. Ella le preguntó con gran afán si le sabría decir lo que había sido de mí. Prometió el conducirme a su lado, tan tierno, tan fiel como ella pudiera desear. "¿Cuándo?"—repuso viva—. "Hoy mismo—dijo él—; tan dichoso momento no tardará en llegar; si lo deseáis, entrará ahora mismo." Manon comprendió que yo estaba en la puerta. Yo entré cuando la vi acercarse precipitadamente. Nos abrazamos con la efusión de cariño que una ausencia de tres meses hace tan gustosa a los verdaderos amantes. Nuestros suspiros, nuestras exclamaciones entrecortadas, mil palabras de amor

repetidas lánguidamente por uno y otro, constituyeron, durante un cuarto de hora, una escena que enterneció al señor T***. “Os envidio—díjome, invitándonos a sentarnos—; todos los laureles de la gloria los daría yo por una amante tan bella y tan apasionada.” “Yo también—repuse—despreciaría todos los imperios del mundo para asegurarme la dicha de su amor.”

El resto de una conversación tan deseada fué, como es natural, muy tierno. La pobre Manon me contó sus aventuras, y yo le referí las mías. Lloramos amargamente, considerando el estado en que ella se hallaba y del que yo acababa de salir. El señor T*** nos consoló con nuevas promesas de esforzarse en acabar con nuestras desdichas. Nos aconsejó que no alargásemos demasiado aquella primera entrevista, para facilitarle el proporcionarnos otras. Mucho trabajo le costó que siguiéramos este consejo. Manon, sobre todo, no podía decidirse a dejarme partir. Me retenía por el traje y por las manos. “¡Ay, en qué estado me dejás!—decía—. ¿Quién me asegura que te volveré a ver?” El señor T*** le prometió venir a menudo a verla conmigo. “Y ya no hay que llamar a este sitio el hospital—añadió cortésmente—; se ha transformado en Versalles desde el momento en que está encerrada en él una persona que merece reinar en todos los corazones.”

Al salir me mostré liberal con el criado que la servía, para obligarle a que la cuidase con celo. Aquel muchacho tenía un alma menos baja y me-

nos dura que otros de su clase. Había presenciado nuestra entrevista, y un espectáculo tan sentimental hubo de conmoverlo. Un luis de oro que le regalé acabó de conquistarle. Me llamó aparte mientras bajábamos a los patios. "Señor—me dijo—, si queréis tomarme a vuestro servicio o darme una buena recompensa para indemnizarme de la pérdida del empleo que ocupó, creo que me sería fácil sacar de aquí a la señorita Manon."

Agucé el oído ante aquella propuesta, y aunque carecía de todo, le prometí mucho más de lo que deseaba. Pensaba que siempre podría recompensar a un hombre de aquella clase. "Ten la seguridad, amigo mío, que haré todo lo que pueda por ti, y que tu fortuna es tan segura como la mía." Quise enterarme de los medios que pensaba emplear. "Nada más—respondió—que abrir por la noche la puerta de su cuarto y guiarla hasta la de la calle, donde debéis hallaros para recibirla." Preguntéle si no era de temer que la reconociesen al cruzar las galerías y los patios. Confesó que, naturalmente, había algún peligro; pero que era cosa de arriesgar algo.

Aun cuando yo estaba encantado de verle tan decidido, llamé al señor T*** para comunicarle aquel proyecto y la sola razón que le hacía dudoso. No encontró otra dificultad que la por mí prevista. Convino en que lo más seguro era que pudiera escapar de aquel modo. "Pero si la conocen—continuó—; si la detienen al huir, es posible que se viera perdida para siempre. Además, vos

os veríais obligado a salir de París inmediatamente, pues no podríais escapar a las indagaciones, sin duda cada vez más minuciosas, tanto en lo que se refiere a ella como en lo que se relaciona con vos. Un hombre solo puede escapar fácilmente; pero es casi imposible que permanezca ignorado con una mujer bonita."

Por muy sólido que aquel argumento me pareciera, no pudo vencer en mi espíritu a la esperanza tan inmediata de ver a Manon en libertad. Así se lo dije al señor T***, rogándole que perdonase al amor un poco de imprudencia y de temeridad. Agregué que mi intención era, efectivamente, dejar París, para instalarme, como ya lo hiciera, en un pueblecito próximo. Convinimos con el criado en no demorar la ejecución de su plan sino hasta el día siguiente, y para hacerle más fácil en lo posible, resolvimos llevar un traje de hombre. No era cosa sencilla pasarlo; pero tuve inventiva suficiente para dar con el modo de hacerlo. Supliqué al señor T*** que al día siguiente llevara dos chupas ligeras, una encima de otra, y yo me encargué del resto.

Volvimos por la mañana al hospital. Yo llevaba para Manon ropa blanca, medias, etc., y encima de mi casaca, un sobretodo, que no permitía ver el bulto de mis bolsillos. Estuvimos solamente un momento en su cuarto. El señor T*** le dejó una de sus chupas. Yo le di mi casaca, quedándome con el sobretodo solo para salir. No faltaba sino el calzón, que desgraciadamente olvidé.

El olvido de prenda tan necesaria hubiera provocado nuestra risa si hubiese sido menos serio el apuro en que nos ponía. Estaba desesperado, pensando que por una bagatela de tal naturaleza íbamos a tener que desistir de nuestro empeño. Pero tomé un partido, que fué salir yo sin calzón, dejando a Manon el mío. El sobretodo que llevaba era largo, y con ayuda de algunos alfileres, lo arreglé de modo que pude salir sin que se advirtiera nada.

El resto del día me pareció interminable. Llegada la hora convenida, fuimos en un coche hacia el hospital, deteniéndonos un poco más arriba de su puerta. No llevábamos mucho tiempo en espera cuando vimos aparecer a Manon con su guía. Abrimos la portezuela, y los dos montaron rápidamente. Yo recibí en mis brazos a mi amante. Ella temblaba como una hoja. El cochero me preguntó dónde tenía que detenerse: "Sigue hasta el fin del mundo—le dije—, y llévame a un sitio en que no pueda nadie separarme de mi querida Manon."

Este arranque, que no pude contener, estuvo a punto de causarme un enojoso contratiempo. El cochero se percató de mi lenguaje, y cuando luego le dije el nombre de la calle adonde debía conducirnos, me respondió que temía meterse en un mal asunto; que bien veía que aquel guapo mozo, que se llamaba Manon, era una muchacha que yo robaba del hospital, y que no estaba de humor de perderse por mi linda cara.

La delicadeza de aquel bribón no era otra cosa

que ganas de cobrar más caro el coche. Estábamos demasiado cerca del hospital para no ser comedidos. "Cállate—lé dije—; un luis de oro para ti." Con esto, hubiérame ayudado incluso a quemar el hospital.

Ganamos la casa donde vivía Lescaut. Como era tarde, el señor T*** se separó de nosotros en el camino, prometiendo ir a vernos al día siguiente; el criado se quedó con nosotros.

Yo tenía a Manon tan apretada contra mí, que no ocupábamos más que un asiento del coche. Ella lloraba de alegría, y mis mejillas se mojaban con sus lágrimas.

Cuando descendimos del coche para entrar en casa de Lescaut, tuve con el cochero un altercado, cuyas consecuencias fueron funestas. Me arrepentí de haberle prometido un luis de oro, no sólo porque la propina me parecía excesiva, sino por otra razón mucho más poderosa: porque me veía en la imposibilidad de pagarlo. Mandé llamar a Lescaut, quien bajó a la calle desde su cuarto. Le dije al oído el apuro en que me hallaba. Como era de un carácter brusco y poco acostumbrado a guardar consideraciones a un cochero, respondiéndome que si me burlaba de él. "¡Un luis de oro!—añadió—. Veinte bastonazos es lo que hay que darle a este tunante." Por más que intenté con dulzura persuadirle de que iba a causar nuestra ruina, me arrebató el bastón con ademán de pegar al cochero. Este, que seguramente en alguna ocasión estuvo al alcance de un guardia de Corps o de un

mosquetero, salió huyendo con su coche, gritando que yo le había engañado y que me acordaría de él. Yo insistí en que se detuviera, pero inútilmente.

Su huida me causó gran inquietud. Estaba seguro de que avisaría al comisario. “Me perdéis —dije a Lescaut—; ya no estaría seguro en vuestra casa; tenemos que marcharnos en seguida.” Di el brazo a Manon, y salimos presurosos de aquella calle peligrosa. Lescaut nos acompañó.

Como el caballero Des Grieux había empleado más de una hora en el relato anterior, le rogué que descansara y nos acompañara a cenar. Nuestra atención le hizo suponer que le habíamos escuchado con gusto.

Asegurónos que aún hallaríamos algo más interesante en la continuación de su historia, y cuando hubimos acabado de cenar, prosiguió en estos términos:

SEGUNDA PARTE

Hay algo admirable en la forma como la Providencia encadena los sucesos. Habíamos andado apenas cinco o seis minutos, cuando un hombre, cuyo rostro no pude descubrir, conoció a Lescaut. Indudablemente le buscaba por los alrededores de su casa con el siniestro propósito que puso en ejecución. "Es Lescaut—dijo, disparándole un tiro—; va a ir a cenar esta noche con los ángeles." Y salió huyendo inmediatamente. Lescaut se desplomó sin dar señales de vida. Yo insistía con Manon en que huyésemos, pues nuestra ayuda era inútil para un cadáver, y temía ser detenido por la ronda, que seguramente se presentaría de un momento a otro. Con ella y el criado me metí por la primera callejuela transversal. Manon estaba tan enloquecida, que me costaba mucho trabajo sostenerla. Por fin, al extremo de la calle, divisé un coche. Subimos a él. Pero cuando el cochero me preguntó dónde había de llevarnos, quedé perplejo. No tenía asilo seguro ni amigo alguno de confianza a quien acudir. Me encontraba sin dinero, pues sólo llevaba en el bolsillo una media pistola. El terror y el cansancio habían agotado a Manon de

tal modo, que estaba medio desvanecida. Además, yo no podía pensar sino en el asesinato de Lescaut, y aún no me veía libre del temor de la ronda. ¿Qué partido tomar? Afortunadamente me acordé de la posada de Chaillot, donde pasé algunos días con Manon cuando fuimos a este pueblo a buscar casa. Esperaba, no sólo estar seguro allí, sino poder vivir algún tiempo sin la precisión inmediata de pagar.

—Llévanos a Chaillot—le dije al cochero.

Se negó a ir tan tarde, a menos que le pagase una pistola: otra dificultad. Finalmente, convini-mos en que cobraría seis francos: era todo mi capital.

Por el camino consolé a Manon; pero en el fondo yo también estaba desesperado. Me habría matado mil veces, si no hubiera tenido entre mis brazos el único bien que me sujetaba a la vida. Este sólo pensamiento me sostenía. “A lo menos, la tengo—decíame—; me ama; es mía: diga lo que quiera Tibergo, esto no es una ilusión de felicidad. Vería hundirse el mundo entero sin importarme: ¿por qué? Porque no tengo otro afecto.”

Este sentimiento era una realidad. Y, sin embargo, en el punto en que menos caso hacía de los bienes terrenos, comprendía que necesitaba siquiera una pequeña parte de ellos para poder despreciar más soberanamente el resto. El amor es más fuerte que la abundancia, más fuerte que los tesoros y las riquezas; pero necesita su ayuda, y no hay nada más desesperante para un

amante delicado que verse conducido por su causa, y a pesar suyo, a la grosería de las almas más bajas.

Eran las once cuando llegamos a Chaillot. En la posada nos recibieron como a gente conocida. No les sorprendió ver a Manon vestida de hombre, pues en París y sus cercanías están acostumbrados a que las mujeres aparezcan bajo todos los aspectos. Hice que la atendieran lo mismo que si hubiera estado en la situación más boyante de fortuna. Ella ignoraba que yo no tenía dinero. Guardéme muy bien de decírselo, pues estaba resuelto a volver solo a París por la mañana para buscar un remedio a aquella molesta enfermedad.

Mientras cenábamos, la observé pálida y delgada. En el hospital no me había fijado, porque la habitación en que nos vimos no tenía mucha luz. Le pregunté si no sería efecto tal vez del terror que la sobrecogiera al ver asesinar a su hermano. Aseguróme que, aun cuando le había impresionado mucho aquel accidente; su palidez no procedía sino de haber pasado seis meses sin verme.

—¿Entonces, me amas mucho?—le pregunté.

—Mil veces más de lo que puedo expresar—respondió.

—Entonces, ¿ya no me volverás a abandonar?—añadí.

—¡No, nunca!—repuso ella.

Me confirmó esta seguridad con tantas caricias y juramentos, que realmente me pareció im-

posible que pudiese olvidarlos nunca. Siempre he tenido el convencimiento de que era sincera, ¿qué motivo podía tener para fingir hasta ese punto? Pero era más voluble aún, o, mejor dicho, no era nada, y ni a sí misma podía reconocerse, cuando veía a otras mujeres en la abundancia, mientras ella padecía necesidad y pobreza. Hallábame en vísperas de tener, en este respecto, una prueba superior a todas las demás y origen de la aventura más extraña que nunca haya ocurrido a un hombre de mi alcurnia y de mi fortuna.

Como conocía su carácter, apresuréme a ir a París al día siguiente. La muerte de su hermano y la necesidad de comprar ropa interior y vestidos para ella y para mí, eran razones suficientes para que no necesitase aducir ningún pretexto. Salí de la posada con intención—así se lo dije a Manon y al posadero—de tomar un coche de alquiler; pero esto era una fanfarronada, pues la necesidad me obligaba a ir a pie. Anduve muy de prisa hasta llegar al paseo de la Reina, donde pensaba detenerme. Me convenía un rato de aislamiento y tranquilidad para pensar y prever lo que haría en París.

Sentéme en la hierba. Me perdí en un mar de argumentos y reflexiones, que, poco a poco, redujéronse a tres puntos principales. Necesitaba ayuda inmediata para una porción de cosas precisas y urgentes; tenía que buscar un camino que me diera alguna esperanza, a lo menos para el porvenir; y lo que no era menos importante, ne-

cesitaba informarme y tomar medidas para la seguridad de Manon y la mía. Después de mil proyectos y combinaciones acerca de estos tres puntos esenciales, decidí reducir los dos últimos. No dejábamos de estar ocultos en un cuarto de Chaillot; y en cuanto a las necesidades futuras, pensé que sería tiempo de cuidarme de ellas cuando hubiera satisfecho las presentes. Era necesario, de momento, llenar mi bolsa.

El señor T*** me había ofrecido generosamente la suya; pero yo sentía una repugnancia invencible a ser el que volviera sobre este asunto. ¡Qué papel el de ir a poner de manifiesto la propia miseria a un extraño y suplicarle que nos dé parte de su fortuna! Sólo es capaz de tal acción un alma cobarde y de una bajeza tal, que le haga indiferente al sentimiento de dignidad; o un cristiano fervoroso, tan excesivamente humilde, que sea superior a esta vergüenza. Como yo no era ni un cobarde, ni un buen cristiano, habría dado parte de mi vida por evitarme aquella humillación.

Tibergo—decíame yo—, el buen Tibergo, ¿se negará a darme lo que pueda? No; le impresionará mi miseria; pero me asesinará con su moral. Tendré que soportar sus reproches, sus sermones, sus amenazas; me hará pagar tan cara su ayuda, que también daría parte de mi vida antes que exponerme a una escena enojosa, que me dejaría lleno de turbación y remordimientos. ¡Bueno!—continuaba—, tengo que renunciar a toda esperanza, puesto que no me queda más camino que estos

dos y estoy tan reacio en seguirlos, que antes derramaría parte de mi sangre que decidirme por uno de ellos; más aún, daría mi vida entera antes que emprender los dos. Sí, mi vida entera—añadía, después de reflexionar un momento—la daría de buen grado antes que resignarme a indignas súplicas.

Pero ¿es que se trata de mi sangre? Se trata de la vida de Manon, se trata de su amor y de su fidelidad. ¿Qué puedo poner en parangón con ella? Hasta ahora no he puesto nada; ella es para mí la gloria, la felicidad, la fortuna. Hay muchas cosas, sin duda, que quisiera conseguir o evitar a costa de mi vida; pero estimar una cosa más que mi vida no es una razón para estimarla tanto como a Manon. Después de este argumento, no tardé mucho en decidirme. Continué mi camino, resuelto a ir primero a casa de Tibergo, y de allí, a la del señor T***.

Al entrar en París tomé un coche, a pesar de que no tenía para pagarle: contaba con el auxilio que iba a demandar. Me hice conducir al Luxemburgo, desde donde envié recado a Tibergo, diciéndole que le esperaba. Satisfizo mi impaciencia con su rapidez. Le expliqué mis apuros sin rodeos. Preguntóme si me bastarían las cien pistolas que yo le devolví, y, sin oponer una sola palabra de dificultad, fué a buscarlas en el mismo instante, con el aire simpático y el gusto en dar que sólo es propio del amor y de la amistad verdadera.

Aun cuando nunca dudé del logro de mi deman-

da, no creí obtenerlo con tan poco trabajo; es decir, sin que me hubiera reñido por mi impenitencia. Pero me equivocaba creyéndome libre de sus reproches, pues cuando terminó de contar el dinero y yo me disponía a marcharme, me suplicó que diera un paseo con él. No le había hablado de Manon, e ignoraba que estuviese en libertad; así es que su moral sólo versó sobre mi huída temeraria de San Lázaro y sobre el temor que abrigaba de que, en vez de aprovechar las lecciones de sensatez que allí recibiera, fuese a caer de nuevo en una vida de desorden.

Me dijo que al ir a San Lázaro a verme al día siguiente de mi evasión, su asombro no tuvo límites al enterarse de la forma en que la realicé; que había hablado con el superior; que el buen padre aún no estaba repuesto del susto; que, sin embargo de ello, había tenido la generosidad de atenuar ante el jefe de Policía las circunstancias de mi marcha y evitado que trascendiese la muerte del portero; que, por consiguiente, de aquel lado no tenía nada que temer; pero que si me quedaba un átomo de cordura, aprovechara aquel feliz giro que el cielo daba a mis asuntos; que debía comenzar por escribir a mi padre y ponerme bien con él, y que si quería seguir sus consejos una vez sólo, era de opinión que me marchase de París y volviese al seno de mi familia.

Escuché su discurso hasta el fin. En él había muchas cosas satisfactorias. Me alegré muchísimo, primero, de no tener nada que temer por el asunto

de San Lázaro: las calles de París eran para mí libres de nuevo; en segundo lugar, de que Tibergo no tuviese la menor idea de la libertad de Manon y de su vuelta a mi lado. Observé, incluso, que había evitado hablar de ella, suponiendo quizá que me importaba menos, puesto que estaba tan tranquilo respecto a este punto. Resolví, si no precisamente volverme con mi familia, por lo menos escribir a mi padre, como él me aconsejó, y decirle que estaba dispuesto a cumplir con mi deber y a seguir sus órdenes. Mi esperanza era comprometerle a que me enviase dinero, bajo el pretexto de hacer unos ejercicios en la Academia, ya que me habría costado mucho trabajo persuadirle de que me hallaba en disposición de volver al estado eclesiástico. En el fondo, no estaba muy lejos de lo que me proponía prometerle; al contrario, pensaba dedicarme a algo honrado y razonable, siempre que pudiera compaginarse con mi amor. Me forjaba la ilusión de vivir con mi amante y, al tiempo mismo, estudiar. Esto era perfectamente compatible.

Tan satisfecho estaba con estas ideas, que prometí a Tibergo escribir aquel mismo día a mi padre. Con efecto, al separarme de él entré en un escritorio, y escribí de un modo tan cariñoso y sumiso, que al releer la carta me prometía conseguir alguna cosa del corazón paternal.

Aun cuando ya estuviese en situación de tomar y pagar un coche, sirviómeme de deleite ir a pie a casa del señor T***. Me daba alegría aquel ejer-

cicio de mi libertad, por la que mi amigo me aseguró que no tenía que temer. Sin embargo, de repente se me ocurrió que sus seguridades sólo se referían a lo de San Lázaro, y que yo, además de esto, tenía sobre mí el asunto del hospital, sin contar la muerte de Lescaut, en la cual estaba mezclado, a lo menos como testigo. Este recuerdo me asustó tanto, que me retiré a la primera avenida, desde donde mandé llamar un coche. Fui derecho a casa del señor T***, a quien causaron risa mis temores. También a mí me parecieron risibles cuando por él supe que no tenía nada que temer ni del hospital, ni del asunto Lescaut. Me dijo que, en la suposición de que sospecharan que él había tomado parte en el rapto de Manon, fué por la mañana al hospital y preguntó por ella, fingiendo ignorar lo ocurrido; que estaban tan lejos de acusarnos, por lo menos a él, que se habían apresurado a contarle la aventura como una noticia sensacional, admirándose de que una muchacha tan bonita como Manon se hubiese decidido a escaparse con un criado; que él se había limitado a responder que no le chocaba, pues por la libertad se hacía todo.

Siguió diciéndome que desde allí fué a casa de Lescaut, en la esperanza de encontrarme con mi encantadora amante; que el dueño de la casa—que era constructor de coches—le había asegurado que no nos había visto a ella ni a mí; pero que no le chocaba que no hubiéramos parecido por su casa si buscábamos a Lescaut, porque habríamos sabi-

do que le habían matado aproximadamente a aquella hora; no se negó a explicar lo que sabía de la causa y circunstancias de aquella muerte. Unas dos horas antes, un guardia de Corps, amigo de Lescaut, fué a verle y le propuso jugar. Lescaut se dió tanta prisa a ganar, que en menos de una hora el otro perdió cien escudos; es decir, todo su dinero. El desgraciado, que se quedó sin un cuarto, suplicó a Lescaut que le prestase la mitad de la suma que había perdido, y, por dificultades surgidas con tal motivo, riñeron de mala manera. Lescaut se había negado a salir para empuñar la espada, y el otro juró al marcharse que le rompería la cabeza, cosa que hizo aquella misma noche. El señor T*** tuvo la amabilidad de añadir que había estado muy inquieto por nosotros y que me ofrecía de nuevo sus servicios. No vacilé en indicarle el sitio de nuestro retiro. El me rogó que le llevase a cenar con nosotros.

Como no tenía otra cosa que hacer más que comprar ropa para Manon, le dije que podíamos salir en seguida, si no tenía inconveniente en detenerse conmigo en unas cuantas tiendas. Yo no sé si supuso que yo le proponía aquello con miras de excitar su generosidad, o si fué simplemente por impulso de un alma buena; pero aceptó mi idea y me llevó a casa de los comerciantes donde se surtía su familia; me obligó a elegir telas de un precio mucho más elevado de lo que yo pensaba, y cuando me disponía a pagar, prohibió terminantemente a los comerciantes que me cobrasen un cén-

timo. Fué una galantería tan discretamente realizada, que me pareció que podía aceptarla sin rubor. Tomamos juntos el camino de Chaillet, adonde llegué con mucha menos inquietud de la que tenía al salir.

Mi presencia y las amabilidades del señor T*** disiparon la tristeza que aún oprimía a Manon. "Olvidemos los terrores pasados, alma mía—le dije al llegar—, y emprendamos una nueva vida, más felices que nunca. Después de todo, el amor es un buen maestro; la fortuna no nos causaría tantos trabajos como placeres nos proporciona él." La cena fué verdaderamente alegre.

Estaba yo más orgulloso con Manon y mis cien pistolas, que el más rico hacendado de París con todos sus tesoros. La riqueza hay que apreciarla por los medios que proporciona para satisfacer los deseos, y yo no tenía uno solo sin cumplir. El porvenir mismo me preocupaba poco. Estaba casi seguro de que mi padre no se opondría a darme con qué vivir decentemente en París, porque como ya cumpliera los veinte años, tenía derecho a exigir mi parte de la fortuna de mi madre. No oculté a Manon que todo mi fondo de reserva eran cien pistolas. Era suficiente para esperar mejor fortuna, que no dudaba tener, bien por los derechos naturales, bien por el recurso del juego.

Durante las primeras semanas sólo pensé en disfrutar de mi situación, y un punto de honor, mezclado con un resto de recelo por la Policía, me hizo aplazar de un día a otro el reanudar mis re-

laciones con los asociados del Hotel de Transilvania. Redújeme a jugar en círculos menos conocidos, donde los favores de la suerte me ahorraron la humillación de recurrir a la industria. Iba a la capital a pasar una parte de la tarde y volvía a cenar a Chaillot, muchas veces acompañado por el señor T***, cuya amistad con nosotros aumentaba de día en día.

Manon encontró recursos contra el aburrimiento. Entabló relación en la vecindad con algunas jóvenes que la primavera llevó allí. Generalmente empleaban el tiempo paseando y haciendo labor. Jugaban, dentro de un límite marcado de antemano, y con parte de las ganancias pagaban el coche. Iban a tomar el aire al bosque de Bolonia, y por la noche, a mi vuelta, yo encontraba a Manon más guapa, más contenta y más apasionada que nunca.

Cerniéronse, sin embargo, algunas nubes, que me hicieron temer por mi felicidad; pero se disiparon por completo, y el carácter alocado de Manon hizo tan cómico el desenlace, que aun encuentro un placer en recordar su ternura y su gracia.

El único criado que teníamos a nuestro servicio me llamó un día aparte y me dijo, con gran azoramiento, que tenía que comunicarme un secreto muy importante. Le animé para que hablara sin ambages. Después de algunos rodeos, concluyó por decirme que un señor extranjero se mostraba muy enamorado de Manon. Sentí precipitarse la sangre en mis venas. “¿Y ella le corresponde?”, le inte-

rrumpí, con más viveza de la necesaria para enterarme.

Mi vivacidad le asustó. Respondióme inquieto que su penetración no había llegado tan lejos; pero que habiendo observado, después de varios días, que el tal extranjero iba asiduamente al bosque de Bolonia, se apeaba del coche, se internaba solo por las alamedas y parecía buscar la ocasión de ver o encontrarse con la señorita, se le había ocurrido entablar relación con alguno de sus criados para saber su nombre; que le trataban de príncipe italiano, y que tenían la sospecha de alguna aventura galante; que no pudo procurarse más noticias—añadió temblando—porque el príncipe salió del bosque y, acercándose familiarmente a él, le había preguntado su nombre; después de lo cual, como si hubiese adivinado que estaba a nuestro servicio, le felicitó por servir a la persona más encantadora del mundo.

Impaciente esperaba la continuación de este relato. Terminóle con excusas tímidas, que yo atribuí a mis imprudentes agitaciones. En vano insistí en que continuara sin ocultarme nada. Aseguró que no sabía más, y que como lo que me había contado ocurrió la víspera, no había vuelto a ver a las gentes del príncipe. Le tranquilicé, no sólo elogiándole, sino dándole una propina; y sin mostrar la menor desconfianza de Manon, le recomendé, con tono más tranquilo, que vigilara todos los pasos del extranjero.

En el fondo, su miedo me inspiró grandes du-

das, pues quizá le hiciera ocultar parte de la verdad. Sin embargo, después de reflexionar, me hice de mis alarmas, llegando hasta sentir haber dado aquella muestra de debilidad. No podía considerar culpa de Manon el que la amasen. Según las apariencias, ella debía de ignorar aquella conquista. ¿Y qué vivir iba a ser el mío si con tanta facilidad abría el pecho al agujón de los celos?

Volví a París al día siguiente, sin otro propósito que acelerar los progresos de mi fortuna jugando más fuerte, para estar en situación de marcharme de Chaillot en cuanto tuviera motivo de inquietud. Por la noche no supe ninguna noticia que turbase mi tranquilidad. El extranjero se presentó en el bosque de Bolonia, y, fundándose en lo ocurrido la víspera, se acercó a mi confidente, le habló de su amor, pero en términos que delataban no hallarse en inteligencia con Manon. Le preguntó mil detalles. Finalmente, intentó ganarle en su favor haciéndole promesas considerables, y, sacando una carta que llevaba preparada, le ofreció inútilmente algunos luises de oro para que la entregase a su ama.

Dos días transcurrieron sin otro incidente. El tercero fué más movido. Al llegar de la capital, bastante tarde, supe que, durante el paseo, Manon se había separado un momento de sus compañeras. El extranjero, que la seguía a poca distancia, se había acercado a una seña suya, y ella le había entregado una carta, que él recibió con muestras de entusiasmo. Aquel transporte de alegría sólo

mer. El gusto con que lo había ejecutado me había parecido tan natural, y su alegría era tan poco afectada, que no pudiendo conciliar apariencias tan reiteradas con el proyecto de una negra traición, estuve tentado más de una vez de abrirle mi pecho y descargarle de un peso que ya empezaba a molestarme. Pero tenía la esperanza que fuese ella la que se franquease, y gozaba de antemano con aquel triunfo.

Entramos nuevamente en su gabinete. Ella se puso a retocar mi cabeza, y yo, complaciente, prestábame a todos sus caprichos, cuando vinieron a avisarle que el príncipe de *** quería verla. Aquel nombre me sacó de mis casillas. “¿Qué es eso? —exclamé rechazándola—. ¿Quién es? ¿Qué príncipe?” Ella no respondió a mis preguntas. “¡Querido mío! Yo, que te adoro—repuso en un tono encantador—, te pido que seas complaciente un momento. ¡Un momento, un solo momento! Te amaré mil veces más y te lo agradeceré toda mi vida.”

La indignación y la sorpresa paralizaron mi lengua. Ella repetía sus ruegos y yo buscaba expresiones para rechazarlos con desprecio. Pero, habiendo oído abrir la puerta de la antesala, empuñó con una mano mis cabellos, que caían sobre mis hombros; en la otra cogió su espejo; con toda su fuerza me arrastró hasta la puerta del gabinete y, abriéndola con la rodilla, ofreció al extranjero, a quien el ruido había hecho detenerse en medio del cuarto, un espectáculo que debió cau-

sarle no poco asombro. Vi un hombre muy bien puesto, pero bastante mal encarado.

A pesar del embarazo que aquella escena le produjera, no dejó de hacer un profundo saludo. Manon no le dejó tiempo de abrir la boca; le presentó su espejo, diciendo: "Miraos, caballero; miraos bien y hacedme justicia. Vos pretendéis mi amor; éste es el hombre que amo y a quien he jurado amar toda mi vida. Haced vos mismo la comparación; si creéis disputarle mi corazón, decídmme en qué os fundáis, pues yo declaro que, para vuestra humilde servidora, todos los príncipes de Italia no pueden compararse con uno de los cabellos que tengo en la mano."

Durante aquel absurdo discurso, que aparentemente ella había meditado, yo hice esfuerzos inútiles por soltarme, y, compadeciéndome de un hombre serio, me sentí inclinado a reparar aquel ultraje a fuerza de amabilidades. Pero él se rehusó fácilmente, y su respuesta, que me pareció bastante grosera, me hizo renunciar a mi propósito. "Señorita, señorita—dijo con sonrisa forzada—; en efecto, abro los ojos y veo que sois mucho menos novicia de lo que yo me figuraba."

Luego se retiró sin mirarla, añadiendo en voz más baja que las mujeres de Francia no valen más que las de Italia. Nada me invitaba en aquella ocasión a hacerle formar mejor idea del bello sexo.

Manon soltó mis cabellos, se dejó caer en un sillón e hizo resonar el cuarto con sus ruidosas car-

cajadas. No negaré que me sentí conmovido hasta el fondo de mi alma con un sacrificio que sólo podía atribuir al amor. Sin embargo, la burla me pareció excesiva, y reprendíla por ello.

Manon me contó que mi rival, después de asediarla durante varios días en el bosque de Bolonia, y haberle dado a entender sus intenciones por señas, se había decidido a hacerle una franca declaración, acompañándola de su nombre y de todos sus títulos, en una carta que le envió por conducto del cochero que la servía a ella y a sus compañeras; que le prometía, al otro lado de los montes, una fortuna brillante y adoración eterna; que ella volvió a Chaillot resuelta a comunicarme aquella aventura; pero que luego se le había ocurrido que podía servirnos de diversión; que había aguijado al príncipe con una respuesta halagadora a visitarla, y no pudo resistir a poner en práctica su idea, procurándose el placer de hacerme entrar en su plan sin que hubiese tenido la menor sospecha. Nada le dije de los datos que yo poseía por otro conducto, y la embriaguez del amor triunfante me hizo aprobar todo.

He observado en el transcurso de mi vida que el cielo ha elegido siempre para asestarme los golpes de su castigo más duro, los momentos en que mi suerte me parecía más segura. Créfame yo tan feliz con la amistad del señor T*** y la ternura de Manon, que nadie me habría podido persuadir de que me amenazase desgracia alguna, y, sin embargo, se preparaba una tan funesta, que fué la

que me llevó a la situación en que me visteis en Passy, y, paso a paso, a extremos tan deplorables, que seguramente os costará trabajo creer verdadero mi relato.

Un día que teníamos a cenar al señor T***, oímos el ruido de un coche que se detenía a la puerta de la posada. La curiosidad nos estimuló a averiguar quién era el que llegaba a aquella hora. Nos dijeron que era el joven G*** M***; es decir, el hijo de nuestro más cruel enemigo, de aquel viejo libertino que me llevó a San Lázaro y a Manon al hospital. Su nombre me hizo enrojecer. "El cielo me lo envía—dije a T***—para castigarle por la infamia de su padre. No se me escapará sin que hayamos medido nuestras espadas." El señor T***, que le conocía, y aun era uno de sus mejores amigos, esforzóse en hacerme formar mejor concepto de él. Aseguróme que era un joven muy amable, y tan incapaz de haber intervenido en el comportamiento del padre, que en cuanto le viera le concedería mi estimación y desearía la suya. Después de añadir mil cosas en su favor, me suplicó que le consintiera invitarle a venir con nosotros y a tomar parte en lo que quedaba de nuestra cena. Ante mi advertencia del peligro que supondría para Manon que el hijo de nuestro enemigo conociese su refugio, respondió asegurando por su honor y su fe que, en cuanto nos conociera, no tendríamos defensor más celoso. Después de tales seguridades, no opuse ninguna dificultad.

Antes de presentárnosle, T*** le puso en ante-

cedentes de todo. Entró con un aire que, efectivamente, nos previno en su favor. Me abrazó; nos sentamos; admiró a Manon, a mí, todo lo que nos pertenecía, y comió con un apetito que hizo honor a nuestra cena.

Cuando levantaron los manteles, la conversación tomó un giro más serio. Con los ojos bajos nos habló del extremo a que su padre había llegado con nosotros, dándonos mil excusas. "No sigo—nos dijo—por no renovar un recuerdo que me causa demasiada vergüenza." Si fué sincero desde el principio, después lo fué mucho más, pues no llevábamos media hora hablando cuando advertí la impresión que le causaban los encantos de Manon. Sus miradas y sus modales se hicieron cada vez más suaves. No dejó traslucir nada en sus palabras; pero, aun prescindiendo de los celos, tenía demasiada experiencia en amor para no conocer lo que de él procedía.

Nos acompañó una parte de la noche. Al marcharse se mostró muy satisfecho de habernos conocido, y nos pidió permiso para volver alguna vez a ofrecernos sus servicios. Partiósese de madrugada con T***, que tomó asiento en su carruaje.

Como ya he dicho, yo no estaba celoso. Creía más que nunca en los juramentos de Manon. Aquella criatura encantadora era dueña de mi alma tan en absoluto, que yo no tenía el menor sentimiento que no fuese estima y amor. Lejos de mortificarme que hubiera gustado al joven G*** M***, me sentía entusiasmado del efecto de sus encantos y

me gozaba ser amado por una muchacha que todo el mundo encontraba adorable. Ni siquiera juzgué oportuno comunicarle mis sospechas. Durante unos días sólo nos ocupamos de mandar arreglar algunos vestidos de ella y discutir si podríamos ir al teatro sin temor de ser reconocidos. Antes de terminar la semana fué a vernos T***, y le consultamos este punto. Comprendió que la respuesta debiera ser afirmativa, para dar gusto a Manon. Decidimos, pues, ir aquella misma noche con él.

No pudimos, sin embargo, ejecutar aquella decisión, pues, llevándome aparte, me dijo: "Me encuentro en el mayor apuro desde la última vez que nos vimos, y esta visita es consecuencia de ello. G*** M*** está enamorado de vuestra amante; así me lo ha confiado. Yo soy su amigo íntimo, y estoy dispuesto a servirle en todo; pero no lo soy menos vuestro. Como considero injustas sus intenciones, las he condenado. Le hubiera guardado el secreto si no pensara emplear, en apoyo de sus intenciones, más que el sistema corriente; pero conoce perfectamente el carácter de Manon. Ha sabido, no sé por dónde, que es aficionada al lujo y los placeres; y como tiene una gran fortuna, me ha dicho que piensa tentarla haciéndole un buen regalo y ofreciéndole diez mil libras de pensión. En igualdad de circunstancias, quizá me hubiera costado mucho trabajo hacerle traición; pero de vuestra parte está la justicia unida con la amistad, tanto más cuanto que, habiendo sido la causa inconsciente de su pasión introduciéndole aquí, es-

toy obligado a prevenir los efectos del mal que he ocasionado.”

Di las gracias al señor T*** por un favor de tal importancia, y le confesé, en confianza, que el carácter de Manon era tal y como se lo figuraba G*** M***; es decir, que no podía soportar ni el nombre de pobreza. “Sin embargo—le dije—, cuando se trata de más o menos, no la creo capaz de abandonarme por otro. Estoy en situación de que no carezca de nada, y espero que mi fortuna aumente de día en día. Sólo temo una cosa: que G*** M*** aproveche el saber nuestro retiro para jugarnos una mala pasada.”

T*** me aseguró que no debía de temer nada por ese lado; que G*** M*** sería capaz de una locura amorosa, pero que no lo era de una bajeza; que si era tan infame que cometiera alguna, él sería el primero en castigarle, reparando de este modo el mal que sin pensar causara. “Mucho os agradezco vuestros sentimientos—repuse yo—; pero el mal estaría hecho, y el remedio no es muy seguro. Así, pues, el mejor partido es prevenirlo marchándonos de Chaillot a vivir a otra parte.” “Sí—repuso T***—; pero no lo podréis hacer tan pronto como convendría, pues G*** M*** piensa estar aquí a medio día, y esto es lo que me ha hecho presentarme tan de mañana para informaros de sus intenciones. Puede llegar de un momento a otro.”

Un aviso tan apremiante me hizo considerar la gravedad del caso. Como me parecía imposible

eludir la visita de G*** M*** y temía no poder tampoco evitar que se explicase con Manon, resolví advertirla yo mismo, comunicándole el propósito de mi rival. Suponía que, sabiéndome enterado de las proposiciones que iba a recibir, y recibéndolas a mis ojos, tendría bastante fuerza para rechazarlas. Comunicé mi pensamiento a T***, quien me respondió que era una cosa muy delicada. “Lo reconozco—le dije—; pero todos los motivos que pueden tenerse para estar seguro de una amante los sumo yo para contar con el afecto de la mía. Solamente la importancia de los ofrecimientos es lo que podría deslumbrarla, y ya os he dicho que no es interesada. Le gusta vivir bien; pero también me ama, y en el estado actual de mis asuntos no puedo creer que prefiera al hijo del hombre que la llevó al hospital.” En una palabra, insistí en mi idea, y, retirándome con Manon, le declaré sin rodeos lo que acababa de saber.

Dióme las gracias por el buen concepto que de ella tenía, y me prometió acoger los ofrecimientos de G*** M*** de modo que no le quedaran ganas de reincidir. “No—le dije—; no conviene irritarle con brusquedades; puede perjudicarnos. Pero tú sabes bien, bribonzuela—añadí riendo—, deshacerse de un amante desagradable e importunno.” Después de reflexionar un poco, repuso ella: “Se me ocurre una idea admirable, y me felicito de ella. G*** M*** es hijo de nuestro mayor enemigo; vamos a vengarnos de él, no en su hijo, sino en su

bolsillo. Le escucharé, aceptaré sus regalos y me burlaré de él."

"El proyecto es admirable—le dije—; pero ¿no piensas, pobrecita mía, que es el camino que nos llevó derechos al hospital?" Por más que hice para ponerle de manifiesto los peligros de aquella empresa, ella me aseguró que todo era cuestión de tomar precauciones, y tuvo réplica para todas mis advertencias. Indicadme un amante que no ceda ciegamente a todos los caprichos de la mujer a quien adora, y confesaré que hice mal dejándome convencer tan fácilmente. Resolvimos, pues, engañar a G*** M***, y por un azar de la suerte resultó que fuí yo el engañado.

A eso de las once apareció su coche. Nos dió mil excusas rebuscadas para disculpar su atrevimiento de venir a comer con nosotros. No le sorprendió encontrar a T***, quien le prometiera la víspera asistir a la comida y había pretextado unos asuntos para no ir en su mismo coche. Aun cuando todos llevábamos la traición en el pecho, nos sentamos a la mesa con aire de confianza y de cordialidad. G*** M*** halló coyuntura para declarar a Manon sus sentimientos. No debí parecerle molesto, pues me quité de en medio expresamente unos minutos.

A mi vuelta pude observar que no le habían tratado con excesivo rigor. Estaba del mejor humor del mundo; yo afecté estarlo también; él se reía en su fuero interno de mi inocencia, y yo de la suya. Durante toda la tarde fuimos uno para otro

un espectáculo divertido. Antes de marcharse, aún le procuré un momento de conversación a solas con Manon; de suerte que pudo salir tan satisfecho de mi complacencia como de mi trato.

Tan pronto como hubo montado en su coche con T***, Manon corrió hacia mí con los brazos abiertos, y me estrechó, riendo a carcajadas. Me repitió sus palabras y sus ofrecimientos sin quitar ni añadir nada. Se reducían a esto: él la adoraba; quería compartir con ella cuarenta mil libras de renta, que ya disfrutaba, sin contar lo que heredaría a la muerte de su padre. Sería la dueña de su corazón y de su fortuna, y estaba dispuesto a darle en prenda un coche, un palacio amueblado, una doncella, tres lacayos y un cocinero.

“He aquí un hijo—dije a Manon—bastante más generoso que su padre. Hablemos de buena fe—añadí—: ¿no te tienta ese ofrecimiento?” “¿A mí?—respondió ella, acomodando a su pensamiento unos versos de Racine—.

*Moi! vous me soupçonnez de cette perfidie?
Moi! je pourrais souffrir un visage odieux.
Qui rappelle toujours l'hôpital à mes yeux?*

“No—repuse, continuando la parodia—.

*J'aurais peine à penser que l'hôpital, madame,
Fût un trait dont l'amour l'eût gravé dans votre âme.*

“Pero es muy seductor un palacio amueblado, una doncella, un cocinero, un coche y tres lacayos; el amor no ofrece tantas ventajas.”

Ella protestó que su corazón era mío para siempre y eternamente espejo de mi alma.

“Sus promesas—me dijo—son más bien un acicate para la venganza que una muestra de amor.” Le pregunté si tenía intención de aceptar el palacio y el coche. Respondióme que no quería sino su dinero.

Lo difícil era sacarle lo uno sin lo otro. Decidimos esperar a que G*** M*** explicase por completo su plan en una carta que había prometido escribirle. Recibióla ella, en efecto, al día siguiente por conducto de un lacayo sin librea, que, con mucha habilidad, encontró ocasión de hablarle sin testigos. Mi dueño le dijo que esperara su contestación, y me entregó la carta. La abrimos juntos.

Aparte los lugares comunes de ternura, contenía en detalle las promesas de mi rival. No limitaba su gasto; se comprometía a entregarle diez mil libras al tomar posesión del palacio, y a ir reponiendo las bajas de esta suma, de modo que siempre tuviera la misma cantidad en dinero contante y sonante. No aplazaba mucho la fecha de la entrega. Sólo le pedía dos días para los preparativos, y le indicaba el nombre de la calle y del palacio donde le prometía esperarla en la tarde del segundo día si ella lograba escapar a mi vigilancia. Este punto era el único sobre el cual le rogaba le tranquilizase; de todo lo demás parecía seguro; pero agregaba que si ella preveía alguna dificultad para escaparse, él hallaría medio para facilitar la fuga.

G*** M*** era más astuto que su padre. Que

ría tener la presa antes de entregar el dinero. Deliberamos sobre la conducta que debía seguir Manon. Hice aún esfuerzos para quitarle aquella idea de la cabeza, advirtiéndole todos los peligros; pero nada bastó para quebrantar su resolución.

Contestó a G*** M***, en pocas palabras, diciéndole que no le sería difícil estar en París el día indicado, y que podía esperarla con seguridad.

Convinimos luego en que yo saliera inmediatamente a alquilar una habitación en algún pueblo del lado opuesto de París, y que trasladase a seguida nuestro equipaje; que al día siguiente, por la tarde, que era el de la cita, ella iría temprano a París; que después de recibir los regalos de G*** M*** le rogaría con insistencia que la llevase al teatro; que tomaría consigo cuanto pudiera del dinero y que el resto se lo daría a mi criado, que habría de acompañarla. El criado era el mismo que la librera del hospital, y que nos era de una fidelidad absoluta. Yo debía estar con un coche de alquiler en la entrada de la calle de San Andrés de los Arcos, dejándole allí sobre las siete para adelantarme en la obscuridad hasta el teatro. Manon me prometió inventar algún pretexto, a fin de salir un instante del palco, aprovechándole para reunirse conmigo. La ejecución de lo demás era fácil. En un momento tomaríamos mi coche y saldríamos de París por el arrabal de San Antonio, que era el camino de nuestra nueva morada.

A pesar de lo extravagante, nos pareció aquella una traza admirable. Pero en el fondo había una imprudencia loca, al pensar que, aun cuando resultase lo mejor del mundo, podríamos escapar a las consecuencias. Y, sin embargo, nos expusimos a ellas con la confianza más temeraria. Manon se marchó con Marcelo, que éste era el nombre de nuestro criado. Yo la vi partir con pena, y le dije, besándola: "¿No me engañas, Manon? ¿Me serás fiel?" Ella dolióse tiernamente de mi desconfianza, y me renovó sus juramentos.

Su idea era llegar a París a eso de las tres. Yo, que partí con ella, habría de consumirme la tarde entera en el café de Feré, en el puente de San Miguel. Allí estuve hasta la noche. Salí luego para tomar un coche, que aposté, siguiendo nuestro plan, a la entrada de la calle de San Andrés; en seguida me dirigí, a pie, hasta la puerta del teatro. Mucho me sorprendió no encontrar a Marcelo, que debía estar esperándome.

Tuve paciencia durante una hora, confundido entre una multitud de lacayos y mirando a todos los que salían. Por fin, dieron las siete, y como no compareciera nadie y nada observara en relación con nuestros planes, me decidí a tomar una butaca para ver si descubría a Manon y a G*** M*** en los palcos. No estaban. Volví a la puerta, donde pasé un cuarto de hora más, nervioso de impaciencia y de inquietud. No vien-

do nada, volví a mi coche, sin atreverme a adoptar resolución ninguna.

El cochero, al verme, se adelantó algunos pasos para decirme, con aire misterioso, que me esperaba hacía una hora en el coche una linda señorita; que había preguntado por mí, dándole unas señas por las cuales no dudó en reconocerme, y que habiéndole dicho que yo había de volver, repondió que no se impacientaría esperándome.

En seguida me figuré que sería Manon. Acerquéme; pero vi un lindo rostro que no era el suyo. Era una desconocida, que empezó por preguntarme si yo era el caballero Des Grieux. Le dije que aquel era mi nombre. "Tengo que entregaros una carta—repuso ella—, que os indicará el objeto que aquí me trae y por qué circunstancia conozco vuestro nombre." Le rogué que me diera tiempo para leerla en una taberna próxima. Ella quiso seguirme, y me aconsejó que pidiera una habitación reservada.

—¿De quién es esta carta?—pregunté mientras subíamos.

Ella me dijo que lo sabría al leerla.

Reconocí la letra de Manon. He aquí, sobre poco más o menos, lo que me decía: "G*** M*** la
"había recibido con una cortesía y una magnifi-
"cencia de que no se había formado ni remota
"idea. La había colmado de regalos. Le hacía
"entrever una suerte de reina. Me aseguraba, sin
"embargo, que no me olvidaría en medio de su
"nuevo esplendor; pero como no pudo convencer

"a G*** M*** para que la llevara aquella noche
 "al teatro, aplazaba para otro día el placer de
 "verme; y que para consolarme en parte de la
 "pena que preveía habría de causarme la noticia,
 "había encontrado medio de proporcionarme una
 "de las muchachas más bonitas de París, que sería
 "la portadora de su carta. — Firmado: Tu fiel
 "amante,

"Manon Lescaut."

Había algo tan cruel y tan insultante para mí en aquella carta, que, después de permanecer suspenso algún tiempo entre el dolor y la cólera, me decidí a hacer un esfuerzo para olvidar eternamente a mi amada, ingrata y perjura. Fijé mis ojos en la muchacha que tenía delante. Era bonitísima, y yo habría deseado que fuese lo bastante para hacerme a mí perjuro e ingrato también. Pero no encontré en ella aquellos ojos dulces y lánguidos, aquel aire divino, aquella esencia del amor, en fin, aquel fondo inagotable de encantos que la naturaleza prodigara a la pérfida Manon.

"¡No, no!—le dije, dejando de mirarla—. La ingrata que os envía sabía demasiado que os obligaba a dar un paso inútil. Volved a ella, y decidle de mi parte que goce de su crimen, y si puede, que goce sin remordimientos. La abandono para siempre, y, al mismo tiempo, renuncio a todas las mujeres, que si no son tan adorables

como ella, serán sin duda alguna tan infames y de tan mala fe.”

En aquel momento estuve a punto de bajar y marcharme sin volver a ocuparme de Manon; y como los celos mortales que me desgarraban el pecho celábanse bajo una sombría y triste calma, me creí tanto más próximo a mi curación, cuanto que no sentía aquellos movimientos violentos que me agitaran en ocasiones semejantes. ¡Ay! El amor me engañaba, tanto como yo me figuraba que lo hacían en aquellos instantes G*** M*** y Manon.

Al verme pronto a bajar la escalera, la muchacha que me había llevado la carta preguntóme cuál era mi contestación al señor G*** M*** y a la señora que estaba con él.

Al oír aquella pregunta, volví a entrar en el cuarto; y por un cambio increíble para los que nunca hayan experimentado pasiones violentas, de la tranquilidad en que yo me creía, sentíme transportado súbitamente a un grado terrible de furor. “Ve—le dije—y di al traidor G*** M*** y a su pérfida amante, la desesperación en que me ha sumido tu maldita carta; pero hazles saber que no se reirán mucho tiempo y que les apuñalaré a los dos con mi propia mano.” Me desplomé en una silla. Mi sombrero se cayó por un lado, el bastón por otro. Dos torrentes de amargas lágrimas empezaron a fluir de mis ojos. El acceso de rabia que me acababa de acometer trocóse en un profundo dolor. No hacía más que llorar, lanzando gemidos

y suspiros. "Acércate, hija mía, acércate—exclamé, dirigiéndome a la muchacha—; acércate, puesto que te envían para que me consueles. Dime si conoces algún consuelo para la rabia y la desesperación, para las ganas de matarse después de haber matado a dos pérfidos que no merecen vivir. Sí, acércate—continué al ver que daba hacia mí algunos pasos tímidos e inseguros—. Ven a enjugar mis lágrimas; ven a devolver la paz a mi corazón; ven a decirme que me amas, para que me acostumbre a oírlo de otros labios distintos de los de mi infiel. Eres bonita; quizá yo también pueda amarte." Aquella pobre niña, que no tendría más de diez y siete años y que aparentaba más pudor que sus semejantes, estaba sorprendida en extremo de una tan extraña escena. Se acercó para hacerme algunas caricias; pero en seguida yo la rechacé con las manos. "¿Qué quieres de mí?—le dije—. Eres una mujer; perteneces a un sexo que detesto y que no puedo aguantar. La dulzura de tu rostro me amenaza con alguna traición. Vete y déjame solo aquí." Ella me hizo una reverencia, sin atreverse a decir nada, y se volvió para marcharse. Yo le grité que se esperara. "Pero dime, al menos—continué—, ¿por qué, cómo, con qué objeto has sido enviada aquí? ¿Cómo has sabido mi nombre y el sitio en que podías encontrarme?"

Me dijo que conocía de tiempo atrás a G*** M***, quien mandó a buscarla a las cinco de aquella misma tarde, y que habiendo seguido al lacayo

que fué a avisarla, entró en una gran casa, donde le encontró jugando al "piquet" con una señora muy guapa, y que ambos le encomendaron la misión de entregarme la carta, después de indicarle el sitio en que encontraría mi coche. Preguntéle si no le habían dicho nada más. Ella me respondió, ruborizándose, que le habían hecho creer que me tomaría por compañera. "Te han engañado—le dije—, te han engañado, pobre hija mía. Eres mujer, necesitas un hombre; pero necesitas uno que sea rico y feliz, y no es aquí donde puedes hallarle. Vuelve, vuelve a casa de G*** M***. El tiene todo lo que es preciso para hacerse amar de las bellas: puede dar palacios, coches. Yo, por mi parte, sólo puedo ofrecer amor y constancia; las mujeres desprecian mi pobreza y juegan con mi inocencia."

Añadí mil cosas más, tristes o violentas, según el imperio de las pasiones que alternativamente me agitaban. Sin embargo, a fuerza de atormentarme, mi furor se calmó lo bastante para permitirme reflexionar. Comparé esta última desgracia con las demás que había sufrido del mismo género, y no encontré mayor motivo de desesperación que en las primeras. Conocía a Manon. ¿A qué afligirme tanto por una desventura que debí prever? ¿Por qué no emplearme más bien en remediarla? Aún era tiempo; por lo menos, no debía escatimar ningún esfuerzo, para no tener que reprocharme el haber contribuído a mis penas con mi abandono. En seguida me puse a considerar los

medios que podían abrirme un camino a la esperanza.

Tratar de arrancarla violentamente de las manos de G*** M*** era un partido desesperado, que sólo serviría para perderme, y no tenía la menor probabilidad de éxito. Pero me parecía que si pudiese procurarme una entrevista con ella, siquiera fuese breve, ganaría a buen seguro en algo su corazón. ¡Conocía tan bien las cuerdas sensibles! ¡Estaba tan seguro de que me amaba! Aquella misma extravagancia de enviarme una muchacha bonita para consolarme, hubiera apostado cualquier cosa a que era invención suya, y que era el efecto de su compasión por mis penas.

Decidí valerme de toda mi industria para verla. Entre una porción de trazas que se me ocurrieron, me aferré a la siguiente: T*** había comenzado a servirme con demasiadas muestras de afecto para que pudiese abrigar la menor duda sobre su sinceridad. Me propuse ir a su casa inmediatamente y obligarle a que llamara a G*** M***, con pretexto de hablarle de un asunto importante. Sólo necesitaba media hora para hablar a Manon. Mi intención era llegar hasta su mismo cuarto, y suponía que la cosa no sería difícil en ausencia de G*** M***.

Aquella decisión me tranquilizó; pagué con liberalidad a la muchacha, que aún estaba conmigo, y para quitarle las ganas de volver a casa de los que la enviaron, me quedé con sus señas, haciéndole creer que iría a pasar la noche con ella. Mon-

té en mi coche y me hice llevar a toda prisa a casa de T***. Tuve la suerte de encontrarle; en el camino me inquietaba el temor de que no estuviera. En pocas palabras le puse al corriente de mis penas y del favor que iba a pedirle.

Se asombró tanto al saber que G*** M*** hubiese podido seducir a Manon, que, ignorante de que yo mismo había contribuído a mi desgracia, ofrecióme generosamente reunir a todos sus amigos para emplear sus brazos y sus espadas en libertar a mi amante. Le hice comprender que un escándalo así podría ser perjudicial para Manon y para mí. "Reservemos la sangre—le dije—para último extremo. He meditado uná traza más suave, y que espero ha de resultarme bien." Se comprometió sin reservas a hacer todo lo que yo exigiera de él, y habiéndole repetido que sólo se trataba de llamar a G*** M***, diciéndole que tenía que hablarle, y entretenerle una hora o dos, salió conmigo para complacerme.

Tratamos del pretexto que podría emplear para detenerle tanto tiempo. Yo le aconsejé que primero le dirigiera una carta, escrita desde una taberna, rogándole que fuese allí mismo en seguida para un asunto tan importante, que no podía demorarse. "Yo acecharé el momento en que salga y me introduciré sin trabajo en la casa, pues sólo me conocen Manon y Marcelo, que es mi criado. En cuanto a vos, que estaréis mientras tanto con G*** M***, le podéis decir que el asunto importante acerca del cual deseáis hablarle es un asunto

to de dinero; que habéis perdido en el juego y que habéis jugado sobre vuestra palabra con la misma mala suerte. Necesitará algún tiempo para llevaros a su caja, y yo tendré bastante para poner en práctica mi idea.”

T*** siguió al pie de la letra lo convenido. Le dejó en una taberna, donde escribió la carta. Yo fuí a colocarme a pocos pasos de la casa de Manon. Vi llegar al portador del mensaje, y a G*** M*** salir a pie, un momento después, seguido de un lacayo. Después de dejarle tiempo para alejarse de la calle, me adelanté a la puerta de mi infiel amante, y, a pesar de mi cólera, llamé con el mismo respeto que se siente ante un templo. Felizmente, fué a abrirme Marcelo. Le hice señas de que callara. Aun cuando nada tenía que temer de los demás criados, le pregunté en voz baja si podía llevarme al cuarto en que estaba Manon sin que me viese nadie. Respondióme que sería cosa fácil subiendo por la escalera principal sin hacer ruido. “Vamos en seguida—le dije—, y procura, mientras estoy allí, que no suba nadie.” Penetré en el cuarto sin obstáculo alguno.

Manon estaba leyendo. Entonces tuve ocasión de admirar el carácter de aquella extraña criatura. Lejos de asustarse y azorarse al verme, no expresó sino esas ligeras muestras de sorpresa que uno no es dueño de contener ante una persona que cree lejos. “¡Ah!, ¿eres tú, amor mío?—me dijo, abrazándome con su ternura de costumbre—. ¡Dios mío!, ¡qué atrevido eres! ¿Quién habría de espe-

rarte hoy aquí?" Soltéme de sus brazos, la rechazé con desdén, en vez de corresponder a sus caricias, y retrocedí dos o tres pasos para alejarme de ella. Este movimiento la desconcertó un poco. Permaneció en la misma postura que se hallaba, y me miró, cambiando de color.

Estaba yo en mi fuero interno tan dichoso de volver a verla, que, a pesar de tantos y tan justos motivos de indignación, apenas podía abrir la boca para recriminarla. Y, sin embargo, mi corazón sangraba con el cruel ultraje que me infiriera. Intenté recordar sus traiciones para excitar mi desprecio, y traté de que mis ojos brillaran con un fuego distinto del de el amor. Como permanecí callado algún tiempo y ella notara mi agitación, la vi temblar, al parecer, de miedo. No pude soportar aquéllo. "¡Ah, Manon—le dije con ternura—, ingrata y perjura Manon!, ¿por dónde comenzaré a quejarme? Te veo pálida y temblorosa, y soy aún tan sensible a tus menores penas, que temo afligirte demasiado con mis reconvenciones. Pero no puedo menos de decirte que tengo el corazón traspasado con tu traición; son éstos golpes que no se asestan contra un amante, sino cuando se ha decidido su muerte. Ya es la tercera vez, Manon; las tengo bien contadas; es imposible que lo olvide. Tú eres quien debe considerar, ahora mismo, qué partido quieres tomar, pues mi pobre corazón no puede soportar más tiempo tanta crueldad; siento que está a punto de sucumbir destrozado por el dolor. No puedo más—añadí, sentán-

dome en una silla—; apenas si tengo fuerzas para sostenerme y hablar.”

Ella no me respondió; pero cuando me vió sentado cayó de rodillas y apoyó su cabeza en las mías, escondiendo la cara entre mis manos. Sentí que sus lágrimas las humedecían. ¡Cielos! ¡Qué agitación la mía! “¡Ah, Manon, Manon!—exclamé suspirando—. Es tarde para llorar después de haberme causado la muerte. Finges una tristeza que no eres capaz de sentir. El mayor de tus males es, sin duda, mi presencia, que siempre ha sido un estorbo para tus placeres. Abre los ojos, y fijate en quien soy; no se derraman lágrimas tan tiernas por un desdichado a quien se traiciona y se abandona cruelmente.”

Ella besaba mis manos sin cambiar de postura.

“Inconstante Manon—continué aún—, mujer ingrata y sin fe, ¿qué se ha hecho de tus promesas y de tus juramentos? Amante mil veces voluble y cruel, ¿qué has hecho de aquel amor que me jurabas hoy mismo? ¡Justo Dios!—agregué—, ¿así se burla de ti una ingrata después de haberte invocado tan santamente? ¿Entonces es que el perjurio se recompensa? ¿La desesperación y el abandono están reservados para la fidelidad y la constancia?”

Pronuncié estas palabras después de tan amargas reflexiones, que, a pesar mío, dejé escapar algunas lágrimas. Manon lo advirtió por la alteración de mi voz. Por fin rompió el silencio, y dijo con tristeza: “Debo de ser muy culpable cuando

he podido causarte tanto dolor; pero que Dios me castigue si he creído serlo, o si lo he hecho de propósito.”

Aquellas palabras me parecían tan vacías de sentido y de buena fe, que no pude reprimir un movimiento de cólera. “¡Qué horrible fingimiento! —exclamé—. Veo más claro que nunca que eres una pérfida y una infame. Ahora conozco tu carácter indigno. Adiós, criatura cobarde—continué levantándome—; prefiero mil veces la muerte que volver a tener la menor relación contigo. Que el cielo me castigue si te vuelvo a dirigir una sola mirada. Quédate con tu nuevo amante, ámale, aborreceme a mí, renuncia al honor, al buen sentido; me importa poco; todo me da lo mismo.”

Se asustó tanto con mi furia, que siguió de rodillas junto a la silla de que yo me levanté. Me miraba en silencio, sin atreverse a respirar. Di algunos pasos hacia la puerta, volviendo la cabeza y con los ojos fijos en ella. Pero habría necesitado perder todo sentimiento de humanidad para permanecer insensible a tantos atractivos.

Tan lejos estaba yo de sentir tal fuerza, que, pasando de repente al extremo opuesto, me volví hacia ella, o, más bien, me precipité sin reflexionar. La cogí entre mis brazos, le di mil besos, le pedí perdón por haberme enfurecido; confesé que había sido grosero, y que no merecía la dicha de ser amado por una criatura como ella.

Obliguéla a sentarse, y, poniéndome yo a mi vez de rodillas, le supliqué que me escuchase en

aquella postura. En pocas palabras le dije, para disculparme, todo lo que un amante puede imaginar de más sumiso y apasionado. Le pedí por favor que me perdonase. Manon me echó los brazos al cuello, diciendo que ella era quien necesitaba de mi bondad para hacerme olvidar todas las penas que me causaba, y que temía con razón que yo no creyese lo que me dijera para justificarse. “Yo no te pido justificación alguna—le interrumpí—; apruebo todo lo que has hecho. No soy quien para exigirte explicaciones de tu conducta; me consideraré muy contento, muy feliz, si mi Manon no me niega su ternura. Pero—continué sin reflexionar en mi suerte—, Manon todopoderosa, tú que dispones a tu gusto mis alegrías y mis dolores, después de satisfacerte con mis humillaciones y las muestras de mi arrepentimiento, ¿me permitirás hablar de mi tristeza y mis penas? ¿Sabré de tus labios lo que ha de ser de mí hoy y si es que piensas firmar irremisiblemente mi sentencia de muerte pasando la noche con mi rival?”

Ella tardó un rato en meditar su contestación.

“Caballero mío—me dijo, adoptando un aire tranquilo—; si te hubieras explicado desde luego con claridad, te habrías ahorrado un mal rato y a mí una escena bien triste. Puesto que tu dolor procede de los celos, yo lo habría curado ofreciéndome a seguirte inmediatamente al fin del mundo. Pero me figuré que la causa de tu desesperación era la carta que te he escrito delante de

G*** M*** y la muchacha que te hemos enviado. He supuesto que habías tomado mi carta como una burla, y a la joven que iba a buscarte por encargo mío, como una prueba de que renunciaba a ti para quedarme con G*** M***. Esta idea es la que me ha trastornado, pues, por inocente que yo sea, confieso que las apariencias no me eran nada favorables. Sin embargo—añadió—, quiero que tú seas mi juez después que te explique la verdad de los hechos.”

Entonces me relató todo lo ocurrido desde que se encontró con G*** M***, que la esperaba en el mismo sitio en que estábamos. Efectivamente, le había recibido como a la primera princesa del mundo. Le había enseñado toda la casa, que era de un gusto y de un esmero admirables. En su gabinete habíale entregado diez mil libras, añadiendo algunas alhajas, entre las que figuraban el collar y las pulseras de perlas de su padre. De allí la llevó a un salón, que aún no había visto, donde encontraron una colación exquisita; les sirvieron los criados que tomó para ella, a quienes ordenó que, en adelante, la consideraran como a su señora; finalmente, le mostró el coche, los caballos y los demás regalos, y luego le propuso una partida de juego para esperar la hora de la cena.

“Confieso—continuó Manon—que tanta magnificencia me ha conmovido. He reflexionado que sería una lástima privarnos de tanto provecho de un solo golpe, contentándome sólo con los diez mil francos y las alhajas; que esto era la fortuna para

ti y para mí, y que podríamos vivir agradablemente a expensas de G*** M***.

En vez de proponerle ir al teatro, se me ocurrió **condearle a propósito de ti, con ánimo de averiguar las facilidades que tendríamos para vernos.** dando por supuesto que ejecutáramos mi plan. Me ha parecido de un carácter muy tratable. Me ha preguntado qué pensaba hacer contigo, y si no sentía pena al abandonarte. Yo le he respondido que tú habías sido tan bueno y te habías portado siempre tan bien conmigo, que no era lógico que te odiase. El me ha confesado que realmente eres un hombre de mérito, y que él se había sentido inclinado a desear tu amistad.

Ha querido saber por mí la manera cómo tomarías mi huida, sobre todo cuando llegases a saber que estaba en sus brazos. Yo le he contestado que nuestro amor databa de fecha tan lejana, que ya había tenido tiempo de enfriarse un poco; que tú no estabas, de otra parte, en posición muy desahogada, y quizá no considerarías mi pérdida como una gran desgracia, puesto que te descargaba de un peso. He añadido que, como estaba absolutamente segura de que obrarías **pacíficamente,** no había tenido inconveniente en decirte que venía a París para unos asuntos; que tú habías consentido y habías venido también, sin que te mostraras muy inquieto cuando te dejé.

“Si yo creyese—me ha dicho—que él se aventaría a vivir conmigo en buena relación, fuera el primero en ofrecerle mi casa y mi amistad.” Yo

le he asegurado que, por lo que podía deducir de tu carácter, estaba casi segura que no pondrías inconvenientes, sobre todo si él podía serte útil en tus asuntos, que no estaban muy bien a causa de estar reñido con tu familia. El me ha interrumpido haciendo protestas de que te serviría en todo lo que de él dependiera, y que, si quisieras distraerte con un nuevo amor, te procuraría una muchacha muy bonita, a quien él acababa de dejar por mí.

Yo he aplaudido su idea para prevenir sus sospechas, y afirmándome más y más en mi proyecto, sólo ansiaba encontrar un medio para informarte, por miedo de que te alarmases demasiado al ver que faltaba a la cita. Con esta idea es con la que le he propuesto que te enviase en seguida la nueva amante, para tener ocasión de escribirte, habiéndome valido de esta astucia, que creía me procuraría un rato de libertad.

Mi idea le ha movido a risa; ha llamado a un lacayo, y después de preguntarle si encontraría inmediatamente a su antigua amante, le mandó a buscarla. El creía que tendría que enviártela a Chaillot; pero yo le he dicho que, al separarme de ti, te dije que nos reuniríamos en el teatro, y que si yo no fuera por casualidad, tú me esperarías en un coche en la esquina de la calle de San Andrés; que, por consiguiente, valía más enviarte allí a la muchacha, aunque no fuese más que para evitar que te aburrieras toda la noche. También le dije que me parecía natural escribirte dos letras para ponerte en antecedentes de aquel cambio, que, de

no ser así, no te explicarías. El ha consentido; pero me he visto obligada a escribir en su presencia, y he tenido buen cuidado de no ser demasiado explícita en mi carta.

Así han ocurrido las cosas. No te oculto nada, ni de mi conducta, ni de mis propósitos. La muchacha vino; yo la encontré bonita, y como tenía la seguridad de que había de dolerte mi ausencia, deseaba sinceramente que sirviera para distraerte un rato, pues la fidelidad que yo quiero de ti es la del corazón. Hubiera preferido poder enviarte a Marcelo; pero no he podido disponer de un momento para advertirle de lo que había de decirte."

Terminó su relato contándome la contrariedad que le había causado a G*** M*** recibir la carta de T***. "Ha dudado—me dijo—si debía dejarme, y me ha asegurado que no tardaría en volver; esta es la causa de que esté inquieta al verte aquí y de que me haya sorprendido tu llegada."

Escuché todo aquel discurso con mucha paciencia. En él había muchos conceptos crueles y mortificantes para mí; tan clara era su intención de serme infiel, que ni se había molestado en disfrazarlo. Ella no podía suponer que G*** M*** la dejase toda la noche como una vestal. Luego era seguro que pensaba pasarla con él. ¡Qué confesión para un amante! Consideré, sin embargo, que, en parte, yo era culpable de su falta por haberle noticiado las intenciones de G*** M*** y por mi complacencia en entrar ciegamente en el plan temerario de su aventura. Además, por una dispo-

sición especial de mi espíritu, me sentí conmovido ante la ingenuidad de su relato y aquella manera bondadosa y franca con que me contaba hasta los detalles que más me podían ofender. "Peca sin malicia—me decía a mí mismo—; es ligera e imprudente, pero recta y sincera." Añadid a esto que el amor bastaba para hacerme cerrar los ojos a todo. Hallábame muy satisfecho con la esperanza de quitársela aquella misma noche a mi rival. Sin embargo, le pregunté: "¿Y con quién pensabas pasar la noche?" Aquella pregunta, hecha con tristeza, la desconcertó; sólo me respondió con "peros" y "sí" interrumpidos.

Me compadecí de su pena, y, cortando la conversación, le declaré abiertamente que esperaba se fuese conmigo en aquel punto y hora. "Estoy dispuesta—me dijo—; pero, entonces, ¿es que no apruebas mi proyecto?" "¿No es ya bastante—repuse yo—que apruebe todo lo que has hecho hasta ahora?" "¿Y no nos llevaremos ni los diez mil francos?—replicó ella—. Me los ha dado; son míos." Yo le aconsejé que renunciara a todo y nos fuésemos en seguida, pues aunque apenas hacía media hora que estaba con ella, temía la vuelta de G*** M***. Ella insistió tan porfiadamente en no salir con las manos vacías; que me creí en el deber de acceder a algo, ya que ella tanto había cedido.

Mientras nos preparábamos para la partida oí llamar a la puerta de la calle. No dudé un momento de que fuese G*** M***, y en la turbación

que me produjo aquella idea, dije a Manon que era hombre muerto si se presentaba. Con efecto, no me había yo rehecho lo suficiente de mi indignación para contenerme a su vista. Marcelo cortó mi apuro entregándome una carta que le dieron para mí en la puerta: era de T***.

Me comunicaba que G*** M*** había ido a su casa a buscar el dinero, y aprovechaba su ausencia para darme cuenta de una idea muy divertida. A su juicio, la mayor venganza que podría tomar de mi rival era comerme su cena y dormir aquella noche en la cama misma que él contaba ocupar con mi amante; que el proyecto le parecía bastante fácil si podía procurarme tres o cuatro hombres suficientemente decididos que le detuviesen en la calle y me fuesen lo bastante fieles para vigilarle hasta la mañana; que él le entretendría aún una hora, por lo menos, con razones que tenía preparadas para cuando volviera.

Enseñé la carta a Manon y le conté la astucia de que me había servido para poder introducirme con libertad en su cuarto. Mi invención y la de T*** le parecieron admirables. Nos reímos de ellos a placer durante unos minutos; pero cuando le hablé de la última como de una tontería, me respondió ella que insistiera seriamente en aceptarla como una cosa que la encantaba. En vano le pregunté de dónde quería que yo sacase gente a propósito para detener a G*** M*** y vigilarle fielmente. Ella me dijo que, por lo menos, debíamos intentarlo, ya que T*** nos garantizaba como mí-

nimo una hora; y en respuesta a mis otras observaciones, añadió que era un tirano, que no quería complacerla. Encontró el proyecto insuperable, "Comerás con su cubierto—me repetía—, te acostarás en sus sábanas, y mañana, tempranito, te llevarás a su amante con su dinero. Será un lindo modo de vengarse del padre y del hijo."

Cedí a sus instancias, a pesar de que en el fondo de mi corazón presagiaba una catástrofe. Salí con intención de ir a ver a dos o tres guardias de Corps con quien Lescaut me había puesto en relación y rogarles que se encargaran de detener a G*** M***. Sólo encontré a uno; pero era un hombre emprendedor, que, apenas supo de lo que se trataba, aseguróme el buen éxito. Me pidió diez pistolas para repartirlas entre los tres soldados que pensaba emplear, capitaneados por él. Le supliqué que no perdiera tiempo. Los reunió en menos de un cuarto de hora. Yo esperé en su casa, y cuando volvió con sus asociados, le conduje a la esquina de una calle por donde necesariamente había de pasar G*** M*** para ir a la de Manon. Recomendé mucho que no le maltrataran, pero que le encerraran cuidadosamente hasta las siete de la mañana, vigilándole para que yo pudiera estar seguro de que no se les escaparía. Díjome que su intención era llevarle a su cuarto, obligándole a desnudarse e incluso a acostarse en su misma cama, mientras él y sus tres bravos pasarían la noche bebiendo y jugando.

Permanecí con ellos hasta el momento en que vi

aparecer a G*** M***; entonces me separé algunos pasos, ocultándome en la obscuridad, para ser testigo de tan extraordinaria escena. El guardia de Corps le abordó, pistola en mano, y le explicó con mucha cortesía que no pretendía matarle ni robarle; pero que si hacía la menor resistencia a seguirle, si profería el más ligero grito, le saltaría la tapa de los sesos. G*** M***, que le vio acompañado por tres soldados y temió, sin duda, al cañón de la pistola, no se resistió. Vi que se lo llevaban como un borrego.

Yo me volví en seguida a casa de Manon, y para alejar las sospechas de los criados, le dije al entrar que no debíamos esperar a G*** M*** para la cena, pues tenía unos asuntos que lo entretendrían, a su pesar, y que me había rogado que fuese a disculparle y a cenar con ella, cosa que yo consideraba como un gran favor tratándose de tan bella dama. Ella secundó muy bien mi proyecto. Nos sentamos a la mesa, manteniéndonos en una actitud muy grave mientras estuvieron presentes los lacayos. Por fin los despedimos, y pasamos una de las mejores veladas de nuestra vida. Ordené en secreto a Marcelo que buscara un coche y le previniera que a las seis de la mañana del día siguiente estuviese a la puerta.

Fingí que me marchaba a las doce; pero volví a entrar tácitamente con auxilio de Marcelo, y me dispuse a ocupar la cama de G*** M***, del mismo modo que ocupé su puesto en la mesa.

Mientras tanto, nuestro mal espíritu trabajaba

para perdernos. Estábamos en el delirio del placer y teníamos la espada suspendida sobre nuestras cabezas. El hilo que la sostenía se iba a romper; pero para explicar todas las circunstancias de nuestra ruina, hay que remontarse a la causa.

G*** M*** iba seguido por un lacayo cuando le detuvo el Guardia de corps. Aquel muchacho, asustado por la aventura de su amo, salió huyendo, y el primer paso que dió para socorrerle fué ir a avisar al viejo G*** M*** de lo que había ocurrido.

Tan mala noticia le alarmó mucho al viejo. No tenía más que aquel hijo, y para sus años era un hombre de extremada vivacidad. Quiso primeramente que el criado le contara cuanto su hijo había hecho durante toda la tarde; si había reñido con alguien, si se había mezclado en alguna cuestión de otras personas, si había estado en algún sitio sospechoso. El criado, que se imaginaba a su amo en el mayor peligro, y juzgaba, por lo tanto, que no debía perdonar medio para socorrerle, descubrió todo lo que sabía de su amor por Manon, y del gasto que hiciera por ella; la manera cómo pasó la tarde en casa hasta eso de las nueve, su salida y su desgraciado retorno. Aquello fué lo suficiente para hacer suponer al viejo que el asunto de su hijo era de faldas. Aun cuando eran lo menos la diez de la noche, no vaciló en acudir al jefe de Policía. Rogóle que diera órdenes especiales a todas las secciones de la ronda, y haciéndose acompañar por

una, se dirigió a la calle en que fuera detenido su hijo; no pudo descubrir sus huellas, y, entonces, fué a casa de su amante, adonde se figuró que quizá habría vuelto.

Iba yo a meterme en la cama cuando llegó. Como estábamos encerrados, no oí llamar a la puerta de la calle. Entró seguido de dos arqueros, y habiendo tratado de informarse de lo que fuera de su hijo, sin resultado satisfactorio, se le antojó ver a su amante para tratar de sacar de ella algún rastro. Sube al cuarto, acompañado siempre por sus arqueros. Nos disponíamos a meternos en la cama. Abre la puerta y nos deja helados con su presencia. “¡Dios mío!, es el viejo G*** M***”—dije a Manon. Salto hacia mi espada; pero por desdicha mía estaba enganchada en el cinturón. Los arqueros, al ver mi ademán, se acercaron para arrebátarmela: un hombre en camisa está indefenso; los arqueros me quitaron todos los medios de resistir.

G*** M***, aunque un tanto turbado ante aquel espectáculo, no tardó en reconocerme: más pronto aún reconoció a Manon. “¿Es ilusión mía?—nos dijo gravemente—. ¿No estoy viendo al caballero Des Grieux y a Manon Lescaut?” Tan rabioso estaba de vergüenza y de dolor que no respondí. El, sin embargo, silencioso durante algún tiempo, parecía rumiar alguna idea, y como si de repente sintiera avivarse su ira, exclamó dirigiéndose a mí: “¡Desgraciado, estoy seguro de que has matado a mi hijo!” Aquella injuria me in-

dignó: “Viejo bandido—le respondí con altivez—; si hubiera querido matar a alguien de la familia, habría comenzado por ti.” “Sujetadle bien—dijo a los arqueros—; es preciso que me dé noticias de mi hijo; mañana le haré prender si no me dice inmediatamente lo que ha hecho de él.” “¿Me vas a hacer prender?—repuse—. ¡Infame!” A los que son como tú es a quienes hay que enviar a la horca. Has de saber que soy de sangre más noble y más limpia que la tuya.” “Sí—añadí—; sé dónde está tu hijo, y si me irritas demasiado, le haré estrangular antes que llegue el día, y te prometo la misma suerte después de él.”

Cometí una torpeza al decirle que sabía dónde estaba su hijo; pero el exceso de mi rabia me había arrastrado a aquella indiscreción. Llamó en seguida a los cinco o seis arqueros que le esperaban en la puerta, y les ordenó que pusieran a buen recaudo a todos los criados. “¡Ah, señor caballero!—repuso con burla—. ¿Con que sabéis dónde está mi hijo y lo haréis estrangular? Ya arreglaremos eso.” Al momento comprendí mi torpeza.

El viejo se acercó a Manon, que estaba sentada en la cama, llorando; le dirigió algunas galanterías irónicas sobre la influencia que tenía sobre el padre y el hijo y el buen uso que hacía de ella. Aquel monstruo de incontinencia quiso tomarse algunas familiaridades. “¡Guárdate de tocarla!—exclamé—. Ni lo más sagrado te salvaría de mis manos.” Salió, dejando tres arqueros en el cuar-

to y ordenándoles que nos obligaran a vestirnos con presteza.

Yo no sé cuáles serían sus intenciones en aquel momento. Quizá hubiésemos conseguido la libertad diciéndole dónde estaba su hijo. Marchóse a interrogar a los criados de Manon, a quienes habían detenido los arqueros. No pudo saber nada por los que su hijo tomara; pero al enterarse de que Marcelo estaba antes a nuestro servicio, decidió hacerle hablar, intimidándole con amenazas.

Era un muchacho fiel; pero sencillo y tosco... El recuerdo de lo que hiciera en el hospital por libertar a Manon, unido al terror que le inspiraba G*** M***, hizo tanta impresión sobre su espíritu débil, que se imaginó que le iban a llevar al patíbulo o la rueda. Prometió confesar todo lo que él sabía si le salvaban la vida. G*** M*** se convenció con aquello de que había en todo el enredo algo más serio y criminal de lo que él se imaginara hasta allí; ofreció a Marcelo no solamente la vida, sino recompensarle por su confesión. El desgraciado le informó de nuestro propósito, que fué trazado delante de él, puesto que debía entrar también en la intriga. Cierta que desconocía las variaciones que hicimos en París; pero, al salir de Chaillot, le habíamos comunicado el plan e instruído en el papel que habría de desempeñar. Le declaró, pues, que nuestra idea era engañar a su hijo, y que Manon debía recibir o había recibido ya diez mil francos, que, según nuestro proyecto, no volverían

jamás a los herederos de la casa de G*** M***.

Después de aquella averiguación, el viejo, furioso, volvió a subir precipitadamente a nuestro cuarto. Entró en el gabinete, donde halló sin dificultad el dinero y las alhajas. Volvió hacia nosotros echando chispas, y mostrándonos lo que él quiso llamar nuestro latrocinio, nos abrumó con los mayores ultrajes. Enseñó a Manon el collar de perlas y las pulseras.

“¿Reconocéis esto?—le dijo, con sonrisa burlona—. No era la primera vez que lo veáis. Son las mismas joyas; os gustaban; estoy convencido. ¡Pobres criaturas!—añadió—; son bien simpáticos uno y otro; pero un poco desaprensivos.”

Mi corazón reventaba de coraje ante aquellos insultos. ¡Qué no hubiera yo dado, ¡Dios mío!, por estar libre un momento! Pero haciéndome una extrema violencia, que no era más que un refinamiento de furor, díjele, en tono moderado: “Caballero, terminemos esas burlas insolentes. ¿De qué se trata? ¿Qué pretendéis hacer con nosotros?” “Se trata, señor caballero—me respondió—, de ir de aquí derechos al Châtelet. Mañana será de día, veremos más claro en nuestros asuntos, y confío en que me haréis el favor, al fin y al cabo, de decirme dónde está mi hijo.”

Sin mucho esfuerzo comprendí que era para nosotros de terribles consecuencias el que nos encerraran en el Châtelet. Preví, temblando, todos los peligros. A pesar de mi orgullo, comprendí que debía doblegarme al peso de mi suerte y ha-

lugar a mi más cruel enemigo, para conseguir algo por el camino de la sumisión. Le supliqué, en tono cortés, que me escuchase un momento. “Me hago justicia—díjese—; confieso que la juventud me ha hecho cometer graves faltas y que vos estáis bastante herido por ellas para quejarnos. Pero si conocéis la fuerza del amor, si podéis juzgar el sufrimiento de un pobre muchacho a quien le arrebatan lo que ama, quizá encontraréis perdonable una pequeña venganza, o, por lo menos, me consideraréis bastante castigado con la afrenta que acabo de sufrir. Sin necesidad de prisión ni de tormento, os descubriré, señor, dónde está vuestro hijo. Está en lugar seguro; mi propósito no era hacerle daño ni ofenderos. Estoy dispuesto a deciros el sitio en que pasa la noche tranquilamente, si me hacéis el favor de concederme la libertad.”

Aquel viejo tigre, en vez de conmovirse con mi ruego, volviómela espalda riendo, dejando caer algunas palabras que me dieron a entender que conocía la historia desde el principio. Respecto a su hijo, añadió brutalmente, que ya le encontraría, puesto que no le había asesinado. “Llevadlos al Châtelet—dijo a los arqueros—, y mucho cuidado con el caballero; que no se escape. Es un ladino, que ya se fugó de San Lázaro.”

Salió, dejándome en el estado que podéis imaginar. “¡Oh, cielos!—exclamé—; recibiría sumiso todos los golpes que vengan de tu mano; pero que un bribón tenga autoridad para tratarme con esta

tiranía, es lo que me lleva al extremo de la desesperación." Los arqueros nos rogaron que no les hiciéramos esperar mucho. Tenían un coche a la puerta. Tendí la mano a Manon para bajar. "Ven, reina mía querida—le dije—; ven a someterte a todo el rigor de nuestra suerte. Querrá acaso el cielo concedernos algún día más feliz."

Partimos en el mismo coche; ella se echó en mis brazos. Yo no le había oído pronunciar una sola palabra desde la llegada de G*** M***; pero, al verse sola conmigo, me dijo mil ternezas, reprochándose ser la causa de mi desgracia. Yo le aseguré que no me quejaría de mi suerte mientras ella no dejara de amarme.

"No soy yo quien es digno de compasión—continué—; unos cuantos meses de cárcel no me asustan lo más mínimo, y siempre es preferible el Châtelet a San Lázaro. Por ti, alma mía, es por quien se interesa mi corazón. ¡Qué suerte para una criatura tan encantadora! ¡Cielos! ¡Cómo tratáis con tanto rigor a la más perfecta de vuestras obras? ¡Por qué no hemos nacido uno y otro con cualidades dignas de nuestra desgracia? Tenemos talento, gusto, sentimientos... ¡Ay, cuán tristemente las empleamos, mientras que tantas almas bajas y dignas de nuestra suerte gozan de todos los favores de la fortuna!"

Estas reflexiones me traspasaban de dolor; pero no eran nada en comparación con las que se referían al porvenir, pues temía todo por Manon. Ella ya había estado en el hospital, y aun cuando hu-

biese salido por la puerta grande, yo sabía que las recaídas en este asunto eran de consecuencias muy peligrosas. Hubiera querido expresarle mis temores, pero temía causarle demasiada pena. Temblaba por ella, sin atreverme a advertirla del peligro, y la abrazaba suspirando, para asegurarle por lo menos mi amor, que era casi el único sentimiento que me atrevía a expresar. “Manon—le dije—, habla con sinceridad: ¿me amarás siempre?” Ella me respondió que le hacía muy desgraciada pensar que yo lo dudase. “Bueno—repuse—, no lo dudo, y con esta seguridad afrontaré a todos nuestros enemigos. Utilizaré a mi familia para salir del Châtelet, y toda mi sangre será inútil si no te saco a ti en el momento en que yo esté libre.”

Llegamos a la cárcel; a cada uno nos pusieron en un sitio aparte. Este golpe fué menos rudo para mí, pues ya lo había previsto. Recomendé a Manon al conserje, haciéndole saber que era hombre de alguna posición y ofreciéndole una recompensa considerable. Abracé a mi dueño adorado antes de separarnos; la exhorté a que no se afligiera demasiado y a que no temiera a nada mientras yo estuviese en el mundo. Tenía algún dinero; le di parte de él, y con lo que me quedaba pagué al conserje un mes adelantado de pensión de primera por ella y por mí. Mi dinero produjo buen efecto. Me dieron una habitación amueblada con limpieza y me aseguraron que Manon tenía otra parecida.

En seguida me ocupé en los medios de activar

mi libertad. Era evidente que en nuestro asunto no había nada criminal, y aun suponiendo que se probase nuestro propósito de robo por la declaración de Marcelo, yo sabía que las intenciones no se castigan. Decidí escribir inmediatamente a mi padre rogándole que se trasladase a París. Me avergonzaba menos, como he dicho, estar en el Châtelet que en San Lázaro. Además, aunque conservaba todo el respeto debido a la autoridad paterna, la edad y la experiencia habían disminuído mi timidez. Escribí, pues, y en el Châtelet no pusieron dificultad alguna para que saliese mi carta; pero pude ahorrarme aquel trabajo si hubiera sabido que mi padre debía de llegar a París al día siguiente.

Había recibido la que le escribí ocho días antes. Ella le produjo una alegría extrema; pero por mucho que le hubiese halagado lo que le decía respecto a mi conversión, creyó que no debía atenerse en absoluto a mis promesas. Tomó, pues, el partido de ir a asegurarse de mi cambio por sus propios ojos y basar su conducta en la sinceridad de mi arrepentimiento. Llegó al día siguiente de mi detención.

La primera visita fué para Tibergo, a quien yo le rogué que dirigiera su contestación. No pudo saber por él ni mis señas ni mi situación en aquel momento; solamente le puso en autos de mis principales aventuras desde que me escapé de San Sulpicio. Tibergo le habló muy bien de las intenciones honradas que le manifestara en nuestra últi-

ma entrevista. Añadió que me creía completamente libre de Manon; pero que, sin embargo, le sorprendía mucho no saber nada de mí hacía ocho días. Mi padre no se dejó engañar; comprendió que en el silencio de que se dolía había algo que escapaba a la penetración de Tibergo, y puso tanto empeño en descubrir mis huellas, que, dos días después de su llegada, sabía que estaba en el Châtelet.

Antes de recibir su visita, que estaba muy lejos de esperar tan pronto, recibí la del jefe de Policía, o, para decir las cosas por su nombre, sufrí su interrogatorio. Me hizo algunos reproches, pero no fueron duros ni groseros. Me dijo con suavidad que se lamentaba de mi mala conducta; que había tenido poca prudencia al enemistarme con un hombre como G*** M***; que, realmente, había observado con agrado que en mi asunto había más imprudencia y ligereza que malicia; pero que, con todo, era la segunda vez que me veía sujeto a su fuero, y que suponía que me habrían hecho ser un poco más formal los dos o tres meses de lección en San Lázaro.

Encantado de tener que habérmelas con un juez razonable, me expliqué con él de manera tan respetuosa y moderada, que me pareció muy satisfecho de mis respuestas. Me dijo que no debía entregarme demasiado al pesar y que estaba dispuesto a favorecerme teniendo en cuenta mi nacimiento y mi juventud. Atrévime a recomendarle a Manon, haciéndole el elogio de su dulzura y de su buen ca-

rácter. El me respondió, riendo, que aún no la había visto, pero que la pintaban como una persona peligrosa. Aquella frase excitó de tal modo mi ternura, que le dije mil cosas apasionadas en defensa de mi pobre amante, y hasta no pude evitar derramar algunas lágrimas. El ordenó que me condujeran a mi habitación. “¡Amor, amor!—exclamó aquel grave juez viéndome salir—, ¿no te podrás nunca reconciliar con la cordura?”

Ocupado estaba con mis tristes pensamientos, y reflexionando en la conversación tenida con el jefe de Policía, cuando oí abrirse la puerta de mi cuarto: era mi padre. Aunque debía estar preparado para la visita, puesto que la esperaba pocos días después, me emocionó tan vivamente, que me habría precipitado al fondo de la tierra si ésta se hubiera abierto a mis pies. Le abracé con todas las muestras de una extrema turbación. Se sentó sin que ninguno de los dos hubiéramos abierto la boca.

Como yo permanecía en pie, con los ojos bajos y la cabeza descubierta, díjome con seriedad: “Sentaos, caballero. Gracias al escándalo de vuestro libertinaje y de vuestras bribonadas he descubierto el sitio en que vivíais. Le ventaja de un mérito como el vuestro es no poder permanecer oculto; vais a la celebridad por un camino seguro. Espero que el término no tardará en ser la Gréve, y, efectivamente, tendréis la gloria de veros expuesto a la admiración de todo el mundo.”

Yo no contesté. El continuó:

“¡Qué desgracia la de un padre que, después de

haber amado con ternura a un hijo y no haber escatimado nada para hacerle un hombre honrado, se encuentra, al final, con un pillo que le deshonra! Puede uno consolarse de un revés de fortuna: el tiempo lo borra y el dolor disminuye; pero ¿qué remedio contra un mal que va en aumento todos los días, cual es la vida desordenada de un hijo vicioso que ha perdido la conciencia del honor? ¿No dices nada, desdichado?—añadió—. Con esa modestia fingida y ese aire de humildad hipócrita, podría tomársele por el hombre más honrado de su casta.”

Aun cuando me viese obligado a reconocer que merecía parte de aquellos ultrajes, parecióme, sin embargo, que eran excesivos, y creí que podría expresar naturalmente mi pensamiento.

“Os aseguro, señor—le dije—, que la modestia con que me presento ante vos no es fingida: es la postura natural de un hijo bien nacido, que respeta infinitamente a su padre, y, sobre todo, a un padre irritado. No pretendo tampoco pasar por el hombre más formal de nuestra casta. Sé que soy digno de vuestros reproches; pero os conjuro a que uséis de un poco de bondad y no me tratéis como al más infame de los hombres: no merezco apóstrofes tan duros. Bien sabéis que es el amor el que ha causado todas mis faltas. ¡Ay! ¡Fatal pasión! ¿No conocéis su fuerza? ¿Y es posible que vuestra sangre, que es el origen de la mía, no haya sentido nunca los mismos ardores? El amor me ha hecho demasiado tierno, demasiado apasionado,

demasiado fiel y quizá demasiado complaciente con los deseos de una amante encantadora: estos son mis crímenes. ¿Veis en ello algo que os deshonre? Vamos, padre mío querido—añadí con dulzura—, un poco de piedad para un hijo que está lleno de respeto y de cariño por vos; que no ha renunciado, como suponéis, al honor y al deber, y que es mil veces más digno de lástima de lo que podríais imaginar.” Al terminar estas palabras dejé correr algunas lágrimas.

El corazón de un padre es la obra maestra de la Naturaleza; ella reina en él, por decirlo así, a su placer y maneja todos los resortes. El mío, que era, además, un hombre de talento y de gusto, se emocionó tanto ante el giro que yo diera a mis disculpas, que no fué dueño de ocultarme aquel cambio. “Ven, pobre caballero mío—me dijo—; ven y abrázame; me das compasión.” Yo le abracé. Me estrechó de un modo que me dió a entender lo que pasaba en su corazón. “¿Pero de qué medio nos valdremos—continuó—para sacarte de aquí? Explicame tu vida sin disfrazar la verdad.”

Como, después de todo, en mi conducta en general no había nada que pudiera deshonrarme en absoluto, por lo menos midiéndola por la de los muchachos de cierta posición, y tener una querida no pasa por una infamia en el siglo en que estamos, ni tampoco cierta habilidad para buscar fortuna en el juego, relaté sinceramente a mi padre la vida que había llevado hasta en sus menores detalles. A cada falta que le confesaba, tenía buen cuidado

de presentarle algún ejemplo célebre para amen-
guar la vergüenza.

“Yo vivo con una amante—le decía—sin estar ligado a ella por las ceremonias del matrimonio; el duque de *** sostiene dos a la vista de todo París; el señor de *** tiene una hace diez años, a la que es mucho más fiel que lo ha sido nunca a su mujer. Las dos terceras partes de los hombres honrados de Francia tienen a gala el disfrutar queridas. He usado de malas artes en el juego; el marqués de *** y el conde de *** no tienen otra renta; el príncipe de *** y el duque de *** son jefes de una banda de caballeros del mismo género.” En lo tocante a mis designios sobre el dinero de G*** M***, también podría haber demostrado que no dejaba de tener ejemplos que imitar; pero era aún demasiado honrado para no condenarme a mí mismo, incluso con todos aquellos que hubiera podido presentar como modelos, de suerte que supliqué a mi padre que me perdonase aquella flaqueza en gracia a las dos pasiones que me movían: la venganza y el amor.

Preguntóme si podría darle algún dato acerca de los medios más expeditivos para conseguir mi libertad, de modo que se evitara el escándalo. Le indiqué la buena disposición en que estaba el jefe de Policía respecto de mí. “Si encontráis dificultades, no pueden proceder más que de los G*** M***; así es que creo no estaría de más que os tomaseis el trabajo de verlos.” Me prometió hacerlo así.

No me atreví a indicarle que hiciera algo en fa-

vor de Manon. Y no fué, en modo alguno, falta de ánimo, sino efecto del temor que tenía de que aquella proposición le indignase y le sugiriera algún propósito funesto para ella y para mí. Aún no sé si este temor no fué la causa de mis mayores infortunios, impidiéndome sondear la voluntad de mi padre y hacer todos los esfuerzos osibles para lograr que hiciera algo en favor de mi desgraciada amante. Es posible que hubiera excitado su compasión una vez más; quizá le habría puesto en guardia contra las impresiones que iba a recibir, con demasiada facilidad, del viejo G*** M***. ¡Qué sé yo! Mi mal sino acaso hubiera podido más que todos mis esfuerzos; pero, en tal caso, sólo habría podido acusar de mi desgracia a él y a la crueldad de mis enemigos.

En cuanto se separó de mí, mi padre fué a hacer una visita al viejo G*** M***. Le encontró con su hijo, a quien el guarda de Corps había devuelto honradamente la libertad. Nunca he sabido detalles de su conversación; pero, por sus mortales efectos, no me ha sido muy difícil suponerlos. Fueron juntos (los dos padres) a ver al jefe de Policía, a quien pidieron dos gracias: una, que me hicieran salir inmediatamente del Châtelet; la otra, que encerrase a Manon para el resto de sus días o que la enviase a América. En aquella época se empezaba a embarcar para el Misisipí a una porción de gente sin oficio ni beneficio. El jefe de Policía les empeñó su palabra de hacer salir a Manon en el primer barco.

G*** M*** y mi padre fueron en seguida a llevarme la noticia de mi libertad. G*** M*** se disculpó cortésmente por lo pasado, y felicitándome por la suerte de tener tal padre, me exhortó a aprovechar en adelante sus lecciones y sus ejemplos. Mi padre me ordenó que me excusara de la pretendida injuria que había hecho a su familia y que le diera las gracias por haber contribuído a mi libertad.

Salimos juntos, sin haber hablado en absoluto de mi amante. Yo no me atreví siquiera a decir una palabra a los carceleros en su presencia. ¡Ay! Mis tristes recomendaciones habrían sido bien inútiles: la orden cruel llegó al tiempo mismo de la de mi libertad. Aquella desdichada criatura fué conducida una hora después al hospital, para reunirse con unas cuantas infelices, destinadas a sufrir la misma suerte.

Mi padre me obligó a seguirle a la casa en que se hospedaba, y eran cerca de las seis de la tarde cuando encontré un momento para escaparme y volver al Châtelet. Mi propósito era sólo llevar algunas provisiones a Manon y recomendársela al conserje, pues no creía que me permitieran verla. Tampoco había pensado aún en buscar medios para libertarla.

Dije que quería hablar con el conserje. El hombre estaba satisfecho de mi esplendidez y mi amabilidad; así es que estaba dispuesto a servirme, y me habló de la suerte de Manon como de una desgracia que sentía mucho, por lo que pudiera afli-

girme. Yo no entendía aquel lenguaje. Durante unos minutos hablamos sin entendernos. Al fin, comprendiendo que yo necesitaba una explicación, me la dió tal y como os la he dicho horrorizado y aún me horroriza repetirla.

Una apoplejía fulminante no causa un efecto más súbito y más terrible. Caí al suelo con unas palpitaciones tan dolorosas, que en el momento en que perdí el conocimiento me creí libre de la vida para siempre. Aún me quedaba algo de esta idea cuando volví en mí. Dirigía mis miradas alrededor de la habitación y me miraba a mí mismo, para convencerme de si aún tenía la desgraciada cualidad de hombre vivo. Ciertamente que, siguiendo sólo el impulso natural, que induce a librarse de los dolores, nada podía parecerme más dulce que la muerte en aquellos instantes de abatimiento y desesperación. Ni la misma religión podía hacerme entrever nada más insoportable después de muerto que las convulsiones que me atormentaban.

Sin embargo, por un milagro propio del amor, pronto tuve fuerza suficiente para dar gracias a Dios de haberme devuelto el conocimiento y el raciocinio. Mi muerte sólo me hubiera sido útil a mí; Manon necesitaba mi vida para su libertad, para su socorro, para su venganza; juré entregarme a ella sin escatimar medio alguno.

El conserje me prestó la asistencia que hubiera podido esperar del mejor de mis amigos. Recibí sus servicios con profundo agradecimiento. "¡Ay—

le dije—, tenéis, pues, compasión de mis penas! Todo el mundo me abandona; mi mismo padre es, indudablemente, uno de mis más crueles perseguidores; nadie se compadece de mí. ¡Vos solo, en la mansión de la crueldad y la barbarie, demostráis compasión hacia el más desdichado de todos los hombres!” Aconsejéme que no saliera a la calle sin haberme repuesto un poco de la turbación en que estaba. “Dejadme, dejadme—respondí saliendo—; me veréis antes de lo que pensáis. Preparad el más obscuro de vuestros calabozos, pues voy a trabajar para merecerlo.”

En efecto, mi primer impulso era nada menos que deshacerme de los dos G*** M*** y del jefe de Policía e irrumpir en seguida a mano armada en el hospital con todos aquellos que pudiera interesar en mi favor. Mi mismo padre apenas si había sido respetado por una venganza que tan justa me parecía, pues el conserje no me ocultó que él y G*** M*** eran los causantes de mi perdición.

Pero apenas di unos cuantos pasos por la calle y el aire refrescó mi sangre, mi furor fué poco a poco dejando paso a sentimientos más razonables. La muerte de nuestros enemigos habría sido de muy poca utilidad a Manon, y me hubiera expuesto, sin duda alguna, a que me quitaran todos los medios de socorrerla. Además, ¿iba a recurrir a un cobarde asesinato? ¿Qué otro camino seguir para vengarme? Concentré todas mis fuerzas y todo mi ingenio para trabajar primero en la liber-

tad de Manon, remitiendo el resto al logro de esta importante empresa.

Me quedaba poco dinero, y esta era, sin embargo, una base necesaria, por la que había que empezar. No veía sino tres personas que pudiesen proporcionármelo: T***, mi padre y Tibergo. De los dos últimos era poco probable que lograra algo, y me avergonzaba molestar al otro con mis importunidades. Pero cuando se está desesperado no se guardan muchas consideraciones. Dirigíme inmediatamente al seminario de San Sulpicio, sin preocuparme de si me reconocerían. Mandé llamar a Tibergo. Sus primeras palabras me dieron a entender que aún ignoraba mis últimas aventuras. Aquello me hizo cambiar la intención que llevaba de enternecerle inspirándole lástima. Le hablé, en términos generales, del placer que había tenido en tornar a ver a mi padre, y luego le pedí que me prestara algún dinero, so pretexto de pagar, antes de mi marcha de París, algunas deudas que yo deseaba permaneciesen desconocidas. En seguida me entregó su bolsa. Tomé quinientos francos de los seiscientos que había en ella. Le ofrecí un recibo; era demasiado generoso para aceptarlo.

- De allí me fuí a casa de T***. Con él no guardé reserva alguna. Le expuse mis desdichas y mis penas; ya conocía hasta las menores circunstancias, porque había seguido con interés la aventura del joven G*** M***. A pesar de ello, me escuchó y me compadeció mucho. Cuando le pedí consejo sobre los medios de que podría valerme para ii-

bertar a Manon, me respondió con tristeza que veía tan poca luz, que, a menos de encontrar una ayuda extraordinaria del cielo, era necesario renunciar a toda esperanza; que él había ido expresamente al hospital después que ella estaba allí encerrada, y que ni él mismo había conseguido que le permitieran verla; que las órdenes del jefe de Policía eran de un rigor extremo, y que, para colmo de desdichas, el grupo de infelices de que formaba parte debía partir a los dos días de la fecha en que estábamos.

Tan abatido me dejaron sus palabras, que él habría podido estar hablando una hora sin que yo pensase interrumpirle. Continuó diciéndome que no había ido a verme al Châtelet para poder servirme con más libertad si le suponían sin relación alguna conmigo; que después de mi salida de la prisión sintió mucho no saber dónde me refugiara, y que había deseado verme pronto para darme el único consejo por donde pudiera tener alguna esperanza de libertar a Manon, pero consejo peligroso, y en cuya ejecución me rogaba no apareciera su nombre: consistía en elegir unos cuantos valientes que tuviesen coraje para atacar a los guardianes de Manon cuando salieran con ella de París. No esperó a que le hablase de mi indigencia. "Aquí tenéis cien pistolas—me dijo—, que os serán de utilidad; me las devolveréis cuando la suerte haya puesto en orden vuestros asuntos." Añadió que, si no fuera por el temor de perder su

reputación, me ofrecería su brazo y su espada para librar a mi amante.

Aquella generosidad excesiva me conmovió hasta hacerme llorar. Emplé para manifestarle mi agradecimiento toda la viveza que mi aflicción me permitía. Le pregunté si no podía esperar algo por el camino de las súplicas al jefe de Policía; respondiéndome que ya había pensado en ello, pero que creía inútil aquel recurso, puesto que una gracia de tal naturaleza no podía pedirse sin motivo, y no veía de qué medio nos podríamos valer para convertir en intercesor a una persona seria y pudiente; que, de poder conseguir algo por ese lado, sería solamente haciendo cambiar de idea a G*** M*** y a mi padre, comprometiéndoles a que pidieran ellos mismos al jefe de Policía que revocara la sentencia. Me ofreció hacer cuanto pudiera para ganar al joven G*** M***, aun cuando le creyese un poco frío con él, por las sospechas que tenía de su intervención en nuestro asunto, y me aconsejó que no omitiera nada por mi parte para ablandar a mi padre.

No era aquello floja empresa para mí; y no solamente por la dificultad con que, naturalmente, había de tropezar para vencerle, sino por otra razón que me hacía hasta temer acercarme a él: me había escapado de su alojamiento, contraviniendo sus órdenes, y estaba decidido a no volver allí después de saber el triste destino de Manon. Temía, con fundamento, que me obligara, a pesar mío, a quedarme allí, e incluso que me llevara a

nuestra casa. Mi hermano mayor ya había empleado en otro tiempo este sistema. Cierto que yo ya era mayor; pero la edad es una razón muy débil contra la fuerza. Di, sin embargo, con un medio que me salvaba del peligro, y era citarle en un sitio público, anunciándome a él con otro nombre. T*** se fué a casa de G*** M***, y yo :l Luxemburgo, desde donde mandé recado a mi padre, diciéndole que un servidor suyo le esperaba. Temía que pusiera alguna dificultad en ir porque se acercaba la noche. Sin embargo, apareció a poco, seguido de su lacayo; yo le supliqué que nos internáramos por una alameda donde pudiésemos estar solos. Dimos más de cien pasos sin hablar; indudablemente, él debió de pensar que yo no tomaba tantas precauciones para una tontería. Esperaba mi explicación, y yo la meditaba.

Por fin abrí la boca. “Señor—le dije temblando—, sois un buen padre. Me habéis colmado de favores y me habéis perdonado innumerables faltas; por eso el cielo es testigo de que tengo para vos todos los sentimientos del hijo más cariñoso y respetuoso. Pero me parece que... vuestro rigor...” “¡Bueno!, ¿mi rigor?—interrumpió mi padre, que supuso, sin duda, que yo hablaba despacio para impacientarle. “¡Ah, señor!—continué yo—. Me parece que vuestro rigor es extremado en el trato de la desgraciada Manon. Os habéis fiado de G*** M***. Su rencor os la ha pintado con los colores más negros. Os habéis formado una idea odiosa de ella. Y, sin embargo, es la más

dulce y la más amable de todas las criaturas del mundo. ¿Por qué Dios no ha querido inspiraros la idea de verla un momento? No estoy más seguro de que es encantadora que lo estoy de que os lo habría parecido. Os hubierais inclinado en su favor; habríais detestado los negros artificios de G*** M***; hubierais tenido compasión de ella y de mí. ¡Ay! Estoy seguro de ello. Vuestro corazón no es insensible: os habríais dejado enter-
necer.”

Me interrumpió otra vez, viendo que hablaba con un entusiasmo que no me permitiría acabar tan pronto como él deseaba. Quiso saber adónde quería yo ir a parar con aquel discurso tan apasionado. “A pediros la vida—respondí—, que no puedo conservar un momento si Manon marcha a América.” “No, no—me dijo con tono severo—; prefiero verte sin vida que sin juicio y sin honra.” “No vayamos, pues, más lejos—exclamé deteniéndole por un brazo—, quitadmela; esta vida odiosa es insoportable, pues en la desesperación en que me sumís, la muerte será un favor para mí. Es un presente digno de la mano de un padre.”

“No te daría más que lo que mereces—repliqué—. Conozco muchos padres que no habrían aguardado tanto para ser tus verdugos; pero mi excesiva bondad te ha perdido.”

Me eché a sus pies: “¡Ah! Si os queda algo de ella aún—le dije, abrazándome a sus rodillas—, no seáis duro ante mis lágrimas. Pensad que soy vuestro hijo... ¡Ay! Acordáos de mi

madre a quien amabais con tanta ternura. ¿Habráis sufrido que la arrebataran de vuestros brazos? La habréis defendido hasta la muerte. ¿No tienen los demás un corazón como el vuestro? ¿Se puede ser bárbaro después de haber sentido siquiera una vez lo que es la ternura y el dolor?

“No vuelvas a hablarme de tu madre—repuso con voz irritada—; ese recuerdo enciende mi indignación. Tus desórdenes la harían morir de dolor, si hubiese vivido para verlos. Terminemos esta entrevista—añadió—; me molesta, y no conseguiré hacerme cambiar de resolución. Me voy a casa, y te ordeno que me sigas.”

El tono seco y duro con que me dió aquella orden, me hizo comprender que su corazón era inflexible. Separéme algunos pasos, por miedo a que se le ocurriera detenerme con sus propias manos. “No aumentéis mi desesperación obligándome a desobedeceros—le dije—. Es imposible que os siga. Y no lo es menos que viva después de la dureza con que me tratáis, así es que os doy un eterno adiós. Mi muerte, que no tardaréis en saber—añadí tristemente—, os hará quizá volver a sentir por mí cariño de padre.”

Como yo me volviera para separarme de él, exclamó con profunda cólera: “¿Entonces, te niegas a seguirme? Anda, corre a tu perdición. ¡Adiós, hijo ingrato y rebelde!” “Adiós—le dije en mi furia—; adiós, padre bárbaro y desnaturalizado.”

Así salí del Luxemburgo. Anduve por las calles

como loco, hasta que llegué a casa de T***. En mi marcha, levantaba los ojos y los brazos al cielo para invocar a las potencias celestiales. “¡Oh, Dios!—decía—. ¿Seréis tan implacable como los hombres? No puedo esperar ayuda más que de vos.

T*** no había vuelto a su casa; pero volvió a los pocos momentos. Su negociación había tenido tan mal éxito como la mía; así me lo dijo con tono de abatimiento. El joven G*** M***, aun cuando menos irritado que su padre contra Manon y contra mí, no quiso dar ningún paso en favor nuestro cerca de éste. Se lo había prohibido a sí mismo por miedo al vengativo viejo, que ya se enfureció mucho con él, reprochándole su intento de relaciones con Manon.

Sólo me quedaba, pues, el camino de la violencia, tal y como T*** me trazara el plan; a ello reduje mis esperanzas. “Muy inseguras son—le dije—; pero la única sólida y la más consoladora para mí es a lo menos perecer en la empresa.” Me separé de él, rogándole que me ayudara con sus votos, y ya no pensé más que en unirme a compañeros a quienes pudiese comunicar una chispa de mi ánimo y de mi resolución.

El primero que me vino a las mientes fué el guardia de corps a quien emplee para detener a G*** M***, y en cuya habitación pensaba pasar la noche, pues no había tenido ánimos, durante la tarde, para procurarme alojamiento. Le encontré solo; se alegró mucho al verme fuera del Châte-

let. Ofrecióme afectuosamente sus servicios: yo le expliqué el que deseaba que me prestase. Tenía suficiente buen sentido para hacerse cargo de todas las dificultades; pero fué tan generoso que se brindó a tratar de vencerlas.

Empleamos una parte de la noche en discutir mi propósito. Me habló de los tres soldados de la guardia que utilizó en la última ocasión, como de tres valientes a toda prueba. T*** me había informado exactamente del número de arqueros que debían conducir a Manon: sólo eran seis. Cinco hombres resueltos y atrevidos bastaban para sembrar el espanto entre aquellos miserables, que no son capaces de defenderse honradamente cuando con una cobardía pueden evitar el peligro del combate.

Como no estaba sin dinero, el guardia de corps me aconsejó que no escatimara nada para asegurar el buen éxito de nuestro ataque. "Necesitamos caballos—me dijo—, con pistolas y un mosquetón para cada uno. Yo me encargo de ocuparme mañana de los preparativos. También necesitamos tres trajes corrientes para nuestros soldados, que no se atreverían a intervenir en un asunto de esta naturaleza con el uniforme de su regimiento." Le entregué las cien pistolas que me diera T***, y las empleó al día siguiente hasta el último céntimo. Pasé revista a los tres soldados; les animé con promesas espléndidas, y, para quitarles toda desconfianza, empecé por regalar diez pistolas a cada uno.

El día fijado para la ejecución del plan envié a uno de ellos por la mañana temprano al hospital, a fin de que viera por sus propios ojos el momento en que los arqueros salían con su presa. Aunque yo sólo tomé esta precaución por un exceso de inquietud y de previsión, resultó que era absolutamente necesaria. Yo me había fiado de informes equivocados que me dieran acerca de su ruta, y, convencido de que aquella deplorable tropa debía embarcar en la Rochela, hubiera perdido todos mis esfuerzos esperándola en el camino de Orleans. El soldado de guardias me informó de que tomaba el camino de Normandía y que embarcaría para América en el Havre.

Nos dirigimos en seguida a la puerta de San Honorato, procurando ir por calles distintas; nos reunimos al final del barrio. Nuestros caballos estaban frescos; no tardamos mucho en divisar a los seis guardias y las dos miserables galeras que visteis en Passy hace dos años. Aquel espectáculo estuvo a punto de quitarme la fuerza y la razón. "¡Oh suerte cruel—exclamé—, concédeme al menos la muerte o la victoria!"

Celebramos consejo un momento para decidir la forma en que daríamos el ataque. Los arqueros no nos llevaban más de cuatrocientos pasos de delantera, y podíamos detenerlos atravesando un campo, al cual rodeaba la carretera. El guardia de corps fué de opinión de tomar aquel camino para sorprenderlos, cayendo sobre ellos de repente. Yo aprobé su idea, y fuí el primero que

picó espuelas al caballo. Pero la fortuna despiadada no había escuchado mis ruegos.

Cuando los arqueros se percataron de que cinco jinetes se dirigían hacia ellos, no dudaron un punto que fuera para atacarlos. Se aprestaron a la defensa, preparando sus bayonetas y sus fusiles con aire bastante decidido.

Al ver aquello, que al guardia de corps y a mí nos enardeció, nuestros cobardes compañeros perdieron súbitamente el coraje; se pararon como si estuvieran de acuerdo, y, después de decirse algunas palabras que no oí, volvieron los caballos y tomaron el camino de París a galope tendido.

“¡Dios santo!—díjome el guardia de corps, que parecía tan desesperado como yo ante aquella deserción infame—. ¿Qué vamos a hacer? No somos más que dos.”

La rabia y el asombro me habían dejado sin voz. Me detuve, pensando si mi primera venganza no debía ser perseguir a los cobardes que me abandonaban. Les miraba huir, y, al tiempo mismo, del otro lado, dirigía mi vista a los arqueros; si hubiera podido dividirme, me habría lanzado a la vez contra los dos objetos de mi furor para devorarlos al tiempo.

El guardia de corps, que comprendía mi incertidumbre por la expresión extraviada de mis ojos, me rogó que atendiera a un consejo. “No siendo más que dos—me dijo—, sería una locura atacar a seis hombres, tan bien armados como nosotros,

y que, al parecer, nos aguardan a pie firme. Es preciso volver a París y procurarse más suerte en la elección de valientes. Los arqueros no han de poder hacer grandes jornadas con esos dos coches pesados; les alcanzaremos mañana sin mucho esfuerzo.

Reflexioné un momento sobre aquella idea; pero como no veía por todas partes más que motivos de desesperación, tomé una decisión realmente desesperada, que fué dar las gracias a mi camarada por sus servicios, y, lejos de atacar a los arqueros, ir muy sumiso a suplicarles que me recibieran en su grupo para seguir a Manon hasta el Havre en su compañía, y luego ir allende el mar con ella. "Todo el mundo me persigue o me traiciona—dije al guardia de corps—; no puedo confiar en nadie; no espero nada de la fortuna ni de los hombres; mis desdichas han llegado al colmo; sólo me queda el recurso de sumergirme a ellas. Cierro, pues, los ojos a toda esperanza. ¡Que el cielo os premie por vuestra generosidad! ¡Adiós! Voy a ayudar a mi mala ventura a consumir mi ruina, corriendo a ella voluntariamente." Hizo el guardia mil esfuerzos inútiles para convencerme de que volviera a París. Le supliqué que me dejara seguir mi decisión y que me abandonara inmediatamente, pues temía que los arqueros continuasen creyendo que intentábamos atacarles.

Me dirigí a ellos, solo, con paso lento, y el rostro tan descompuesto, que no debieron de en-

contrar nada peligroso en mi avance. Sin embargo, aún estaban a la defensiva. "Tranquilizáos, señores—les dije al abordarlos—; no os hago la guerra; vengo a pedir os un favor." Les rogué que continuaran su camino sin desconfianza, y, una vez en marcha, les dije lo que esperaba de ellos.

Se consultaron sobre la manera cómo debían recibir aquella proposición. El jefe tomó la palabra en nombre de todos. Me respondió que tenían órdenes rigurosas de vigilar severamente a sus detenidas; que, sin embargo, yo le parecía un hombre tan agradable, que él y sus compañeros no tendrían inconveniente en suavizar el cumplimiento de su deber; pero que debía comprender que aquello me costaría algo. Me quedaban unas quince pistolas, y les dije francamente en lo que consistía mi capital. "Bueno—me dijo el arque-ro—; seremos generosos. Sólo os costará un escudo cada hora que habléis con la muchacha que más os guste de las que llevamos; es el precio corriente en París."

Yo no les había hablado de Manon, en particular, pues no quería que advirtiesen mi pasión. Primero supusieron que era un capricho de mozo el que me hacía buscar esparcimiento con aquellas criaturas; pero cuando creyeron advertir mi enamoramiento, aumentaron de tal modo el tributo, que mi bolsa quedó exhausta al salir de Mantes, donde dormimos la noche del día que llegamos a Passy.

¿Os diré cuál fué el deplorable tema de mis

conversaciones con Manon durante aquella ruta, o qué impresión me causó su vista cuando logré que los guardianes me permitieran acercarme a su galera? ¡Ah! Las palabras no pueden expresar sino a medias los sentimientos del corazón; pero imagináos a mi pobre amante amarrada por la cintura con una cadena, sentada sobre un montoncillo de paja, con la cabeza apoyada lánguidamente en un lado del coche, el rostro pálido y mojado por un torrente de lágrimas, que se abrían paso a través de sus párpados, aun cuando tenía constantemente cerrados los ojos. Ni siquiera tuvo la curiosidad de abrirlos cuando oyó el ruido que hacían los guardias ante el temor de ser atacados. Su ropa estaba sucia y descuidada; sus manos delicadas, expuestas a las injurias del aire; en fin, todo aquel conjunto encantador, aquella cara capaz de hacer reinar de nuevo la idolatría en el mundo, aparecía en un desorden y un abatimiento inexplicables.

La contemplé un rato, conforme marchaba a caballo junto a la galera. Era tan poco dueño de mí, que varias veces estuve a punto de sufrir una caída peligrosa. Mis suspiros y mis frecuentes exclamaciones me atraieron alguna mirada de ella. Me reconoció, y observé que su primer impulso fué precipitarse fuera del coche para venir hacia mí; pero como no se lo permitiera la cadena, volvió a su postura de abandono.

Supliqué a los arqueros que se detuvieran un momento por compasión; ellos consintieron por

avaricia. Abandoné mi caballo para sentarme junto a ella. Estaba tan lánguida y tan debilitada, que tardó mucho en poder servirse de su lengua y en mover las manos. Yo las mojé con mis lágrimas; y no pudiendo tampoco proferir palabra alguna, permanecimos los dos en una de las situaciones más tristes de que hay ejemplo. No lo fueron menos nuestras expresiones cuando, al fin, pudimos hablar. Manon habló poco; parecía que la vergüenza y el dolor hubiesen alterado los órganos de su voz, que era débil y temblorosa.

Me dió las gracias por no haberla olvidado y por la satisfacción que le proporcionaba—dijo, suspirando—el verme una vez más y darme el último adiós. Pero cuando le hube asegurado que no había nada capaz de separarme de ella y que estaba dispuesto a seguirla hasta el fin del mundo para cuidarla, para servirla, para amarla y para unir su destino al mío eternamente, la pobre niña se entregó a sentimientos tan tiernos y dolorosos, que llegue a temer por su vida ante una emoción tan violenta. Dijérase que todas las potencias de su alma le salían a los ojos, que no apartaba de mí. A veces abría la boca, sin fuerzas para acabar una palabra que comenzaba. Escapábasele algunas, sin embargo, y sólo eran muestras de admiración por mi amor, quejas tiernas de su extremo, dudas de que pudiera ser tan feliz que llegara a inspirarme una pasión tan honda, ruegos para hacerme desistir de mi propósito de seguirla y para que buscarse en otra parte

la felicidad digna de mí, que, según me decía, no podía esperar con ella.

A despecho de la suerte más cruel, yo hallaba mi felicidad en sus miradas y en la certidumbre que tenía de su amor. Había perdido, es verdad, todo lo que estiman los demás hombres; pero era dueño del corazón de Manon, único bien que yo estimaba. Vivir en Europa, vivir en América, ¿qué me importaba el sitio si estaba seguro de ser feliz viviendo con mi amante? ¿No es todo el universo la patria de los amantes fieles? ¿No encuentran uno en otro padre, madre, parientes, amigos, riqueza y felicidad?

Si algo me causaba inquietud, era el temor de ver a Manon expuesta a las necesidades de la indigencia. Me imaginaba ya con ella en una región inculta y habitada por salvajes. “Estoy seguro—decía yo—que no los habrá tan crueles como G*** M*** y mi padre. Por lo menos, nos dejarán vivir en paz. Si lo que cuentan de sus costumbres es cierto, siguen las leyes de la naturaleza. No conocen los furores de la avaricia, que dominan a G*** M***; ni tienen las ideas fantásticas del honor, que me han acarreado la enemistad de mi padre; no molestarán a dos amantes, a los que han de ver vivir con tanta sencillez como ellos. Por aquel lado, pues, estaba tranquilo.

Pero no me hacía ilusiones novelescas en cuanto a las necesidades comunes de la vida. Ya había tenido ocasión de experimentar que hay necesi-

dades insoportables, sobre todo para una muchacha delicada, que tiene costumbre de una vida cómoda y abundante. Estaba rabioso de haber agotado inútilmente mis recursos y de que el poco dinero que me quedaba estuviese a punto de desaparecer por la pillería de los arqueros. Comprendía que con una cantidad no muy grande hubiera podido esperar, no sólo sostenerme algún tiempo en América, donde el dinero es raro, sino hasta haber acometido alguna empresa para establecerme definitivamente.

Esta consideración me sugirió la idea de escribir a Tibergo, a quien tan dispuesto encontré siempre para brindarme la ayuda de su amistad. Escribí desde el primer pueblo que cruzamos. No le comunicaba más que la necesidad apremiante de dinero que tendría al llegar al Havre, donde le confesaba que había ido acompañando a Manon. Le pedía cien pistolas. "Enviádmelas al Havre—le decía—por el administrador de Correos. Considerad que es la última vez que acudo a vuestro afecto, y que, quitándome para siempre a mi desgraciada amante, no puedo dejarla marchar sin algún alivio que dulcifique su suerte y mis mortales remordimientos."

Los arqueros se pusieron tan intratables cuando llegaron a descubrir la violencia de mi pasión, que duplicando constantemente el precio de sus más ínfimos favores, me redujeron pronto a la mayor indigencia. El amor, de otra parte, no me permitía andar con miramientos en el dinero. De

la mañana a la noche me olvidaba de todo junto a Manon, y ya no me medían el tiempo por horas, sino por la duración entera de los días. En fin, en cuanto mi bolsa estuvo completamente vacía, vime expuesto a la brutalidad y a los caprichos de seis miserables que me trataban con una altanería irresistible. Vos lo presenciasteis en Passy. Vuestro encuentro fué un momento feliz de alivio que me concedió la suerte. No necesité más recomendación para vuestro corazón generoso que la vista de mi infortunio. La ayuda que me otorgasteis liberalmente sirvió para permitirme llegar al Havre, pues los arqueros cumplieron su promesa con más fidelidad de lo que yo esperaba.

Llegamos al Havre. En seguida fuí al correo. Tibergo no había tenido tiempo de contestarme. Me informé minuciosamente del día que podía esperar su carta. No podía llegar hasta dos días después, y, por un capricho de mi mala suerte, el barco habría de salir en la mañana de aquel en que yo esperaba al ordinario. No puedo expresaros mi desesperación. “¿Es posible—me decía—que dentro de la misma desgracia sea yo distinguido constantemente por el exceso de la mía?” Manon respondió: “¡Ay! ¿Merece una vida tan desdichada el cuidado que nos tomamos por ella? Muramos en el Havre, caballero mío. Que la muerte acabe de una vez con nuestras desgracias. ¿Vamos a ir a arrastrarlas a un país desconocido, donde debemos esperar, sin duda, lo más horrible,

puesto que me envían allí como al suplicio? Mu-
ramos—repitió—o, por lo menos, dame a mí la
muerte y ve a buscar mejor fortuna en brazos
de otra amante más feliz.” “No, no—le dije—;
para mí es una suerte digna de envidia ser des-
graciado contigo.”

Sus palabras me hicieron temblar. Juzgué que
estaba abrumada con toda su desdicha. Me es-
forcé en aparentar un aire más tranquilo para
alejear aquellos funestos pensamientos de muer-
te y desesperación.

Resolví seguir la misma conducta en lo suce-
sivo, y he tenido ocasión de comprobar que no
hay nada que anime a una mujer como la in-
trepidez del hombre a quien ama.

Cuando perdí la esperanza de recibir ayuda de
Tibergo, vendí mi caballo. El dinero de su venta,
unido al que me quedaba de vuestra generosidad,
sumaba diez y siete pistolas. Empleé siete en
comprar algunas cosillas necesarias para Manon,
y guardé cuidadosamente las diez restantes, como
base de nuestra fortuna y de nuestras esperanzas
en América. No me costó trabajo alguno que me
admitiesen en el barco. En aquella época se bus-
caba gente joven que se uniera voluntariamente a
la colonia. Me concedieron pasaje y comida gra-
tis. Como el correo de París salía al día siguiente,
dejé una carta para Tibergo. Era conmovedora y
capaz de enternecerle hasta el extremo; prueba de
ello fué la resolución por él adoptada a su vista, y
que sólo podía proceder de un fondo inagotable de

ternura y de generosidad para con un amigo desgraciado.

Nos hicimos a la ve'a. El viento no cesó de sernos favorable. Conseguí que el capitán me diera un sitio aparte para Manon y para mí. Tuvo la bondad de mirarnos de distinto modo que a la mayoría de nuestros desdichados compañeros. Yo ie había hablado aparte el primer día, y para atraerme su consideración le referí algo de mis infortunios. No creí hacerme reo de ninguna mentira vergonzosa al decirle que estaba casado con Manon. El fingió creerlo y me concedió su protección, de la que tuvimos muchas pruebas durante toda la travesía. Procuró que nos dieran comida decente, y las consideraciones que tuvo con nosotros sirvieron para que nos respetaran los demás compañeros de infortunio. Yo tenía empeño especial en que Manon no sufriese incomodidad alguna. Ella lo advertía, y esto, unido al remordimiento de verme por su causa arrastrado a tal extremo, la hacía tan tierna y apasionada, tan atenta a mis más ligeras necesidades, que entre los dos hubo de establecerse un constante pugilato de cuidados y de amor. No echaba de menos Europa; al contrario, conforme avanzábamos hacia América, sentía yo que mi corazón se ensanchaba y recobraba la tranquilidad. Si hubiese estado seguro de que no habría de faltarme allí lo más necesario para la vida, hubiera dado las gracias a la fortuna por aquel giro tan favorable a nuestras desgracias.

Después de dos meses de navegación arribamos

a la costa deseada. El país no nos ofreció nada agradable a primera vista. Campos estériles y deshabitados, donde apenas si se veían algunos cañaverales y algunos árboles despojados de sus hojas por el viento. Ni vestigio de hombres ni de animales. Sin embargo, el capitán mandó disparar varios cañonazos, y a poco vimos un grupo de ciudadanos de Nueva Orleans, que se acercaron a nosotros con visibles muestras de alegría. Aún no habíamos descubierto la ciudad, oculta de aquel lado por una pequeña colina. Nos recibieron como a gentes llovidas del cielo.

Aquellos pobres habitantes nos hacían ansiosamente mil preguntas sobre el estado de Francia y de las respectivas provincias en que cada uno había nacido. Nos abrazaban como a hermanos y como a compañeros queridos que iban a compartir su miseria y su soledad. Tomamos con ellos el camino de la ciudad; pero, conforme avanzábamos, nos sorprendió mucho descubrir que aquello que nos habían pintado como una buena población no era más que un conjunto de cabañas miserables, habitadas por quinientas o seiscientas personas. La casa del gobernador se distinguía de las demás por su altura y su situación. Estaba defendida por algunos terraplenes, en derredor de los cuales se ahondaba un ancho foso.

Inmediatamente fuimos presentados al gobernador, quien, después de hablar largo rato con el capitán, llegóse hacia nosotros y examinó una por una todas las muchachas que llegaron en el barco.

Eran unas treinta, pues en El Havre encontramos otro grupo que se unió al nuestro. El gobernador, después de examinarlas despaciosamente, mandó llamar a varios jóvenes de la ciudad que languidecían en espera de una esposa. Dió las más bonitas a los principales y el resto se sorteó. Aún no había hablado a Manon; pero, cuando ordenó a los demás que se retiraran, nos hizo quedar a ella y a mí.

“He sabido por el capitán—nos dijo—que estáis casados, y que en el camino ha tenido ocasión de comprender que sois gente de talento y de mérito. No entro en las causas que os han acarreado esta mala ventura; pero si es cierto que tenéis tanto mundo como indica vuestro aspecto, no escatimaré medio alguno para suavizar vuestra suerte, y también vosotros contribuiréis a proporcionarme alguna distracción en este lugar salvaje y desierto.”

Le respondí del modo que juzgué más apropiado para confirmarle en la idea que tenía de nosotros. Dió algunas órdenes para que nos prepararan alojamiento en la población y nos invitó a cenar con él. Le diuté muy cortés para un jefe de miserables desterrados. No nos dirigió en público ninguna pregunta sobre nuestras aventuras. La conversación fué general, y, a pesar de nuestra tristeza, Manon y yo nos esforzamos en hacerla agradable.

Por la noche nos hizo conducir al alojamiento que nos habían preparado. Encontramos una mísera cabaña de tablas y de barro, que constaba de

dos o tres cuartos a un andar, con un desván encima. Había mandado colocar seis sillas y algunas otras cosas necesarias para la vida.

Manon se quedó aterrada a la vista de tan triste albergue. Y se afligía por mí mucho más que por ella. Cuando nos quedamos solos, se sentó y rompió a llorar amargamente. Primero traté de consolarla; pero cuando me dijo que no más lo sentía por mí, y que en nuestras desgracias comunes sólo le preocupaba lo que yo sufriera, afecté ánimo e incluso alegría bastantes para lograr inspirárselos a ella. “¿De qué podría quejarme?—le dije—. Tengo cuanto deseo. Tú me amas, ¿no es verdad? ¿A qué otra dicha he aspirado nunca? Dejemos al cielo el cuidado de nuestra suerte. Yo no la considero tan desesperada. El gobernador es un hombre amable; nos ha tratado con consideración; no permitirá que nos falte lo necesario. En lo que respecta a la pobreza de nuestra cabaña y lo tosco de nuestros muebles, ya habrás notado que hay pocas personas aquí que estén mejor alojadas y con mejor menaje que nosotros; y, además, tú eres un químico admirable, que todo lo transmutas en oro”, añadí, abrazándola.

“Entonces vas a ser la persona más rica del universo—me respondió ella—; pues si no ha habido nunca un amor como el tuyo, es también imposible ser amado más tiernamente que lo eres tú. Yo me hago justicia—continuó—; comprendo que nunca he merecido esa pasión prodigiosa que sientes por mí. Te he causado penas que sólo has po-

dido perdonarme a fuerza de bondad. He sido ligera y voluble, y aun amándote locamente, como te he amado siempre, he sido una ingrata. Pero no te puedes imaginar cuán cambiada estoy; las lágrimas que me has visto verter tantas veces desde que salimos de Francia, ni una sola ha tenido por motivo mis desgracias. He dejado de sentirlas desde el momento en que tú has comenzado a compartirlas. Sólo he llorado de ternura y compasión por ti. No me consuelo de haberte causado un instante de dolor en mi vida. No ceso de reprocharme mis inconstancias y de enternecerme, admirándome de lo que el amor te ha hecho capaz por una criatura desventurada, que no era digna de ello, y que no te pagaría ni con toda su sangre—añadió con lágrimas abundantes—la mitad de las penas que te ha causado.”

Su llanto, sus palabras y el tono en que las pronunció me causaron una impresión tan extraña, que sentí como si se me partiera el alma. “Ten cuidado—le dije—; ten cuidado, querida Manon; no tengo fuerzas para soportar muestras tan vivas de tu afecto; no estoy acostumbrado a este exceso de alegría. ¡Dios mío!—exclamé—, no os pido más. Estoy seguro del corazón de mi amada; es tal como yo lo he deseado para ser feliz; ahora no puedo menos de serlo; ya está mi felicidad bien cimentada.” “Sí lo está—repuso ella—, si depende de mí; y yo también sé dónde puedo encontrar siempre la mía.”

Me acosté con estas ideas encantadoras, que tro-

caron mi cabaña en un palacio digno del rey más grande del mundo. América, después de esto, me pareció ya un lugar de delicia. "Hay que venir a Nueva Orleáns—decía yo muchas veces a Manon—si se quieren gustar las verdaderas dulzuras del amor. Aquí se ama sin interés, sin celos, sin inconstancia. Nuestros compatriotas vienen a buscar oro, y no se imaginan que nosotros hemos hallado tesoros más preciados."

Cultivamos cuidadosamente la amistad del gobernador. A las pocas semanas de nuestro arribo tuvo la bondad de darme un destinillo que quedó vacante en el fuerte. Aun cuando no era muy distinguido, lo acepté como un favor del cielo, pues me colocaba en situación de no vivir a costa de nadie. Tomé un criado para mí y una criada para Manon. Prosperaba nuestra modesta fortuna; yo era muy ordenado en mi conducta, y Manon no lo era menos. No desperdiciábamos ninguna oportunidad de ser útiles y favorecer a nuestros vecinos. Esta condición y oficiosidad y la dulzura de nuestro trato, nos conquistaron la confianza y el afecto de toda la colonia; en breve plazo logramos tal consideración, que pasábamos por las primeras personas de la ciudad después del gobernador.

La sencillez de nuestras ocupaciones y la tranquilidad perfecta en que vivíamos sirvieron para hacernos recordar insensiblemente las ideas de la religión. Manon nunca fué impía; yo tampoco era de esos libertinos impenitentes que alardean de añadir la irreligiosidad a la depravación de las

costumbres; el amor y la juventud fueron los únicos causantes de nuestros desórdenes. La experiencia reemplazó a la edad e hizo en nosotros el mismo efecto que los años. Nuestras conversaciones, que eran siempre reflexivas, nos indujeron insensiblemente a desear un amor virtuoso. Yo fui el primero que propuso aquel cambio a Manon. Conocía el fondo de su corazón: era recta y natural en todos sus sentimientos, cualidad que dispone siempre a la virtud. Le di a entender que a nuestra felicidad le faltaba algo. "Es—le dije—que la apruebe el cielo. Tenemos uno y otro un alma demasiado bella y un corazón demasiado sano para vivir voluntariamente en el olvido de nuestro deber. Pase que hayamos vivido así en Francia, donde no podíamos ni dejar de amarnos ni hacerlo al amparo de la ley; pero en América, donde no dependemos más que de nosotros mismos, donde no tenemos que atender a las leyes arbitrarias de posición y de familia, donde nos creen matrimonio, ¿qué se opone a que lo seamos efectivamente y que ennoblezcamos nuestro amor con los juramentos que la religión autoriza? Yo no te ofrezco nada nuevo al ofrecerte mi corazón y mi mano; pero estoy dispuesto a dártelos al pie del altar."

Parecióme que aquellas palabras la inundaban de alegría. "¿Puedes creer—me respondió—que he pensado mil veces en eso mismo desde que estamos en América? El temor de desagradarte me ha hecho encerrar este deseo en el fondo de mi

alma. No tengo la presunción de aspirar a la cualidad de esposa tuya." "¡Ay, Manon!—repliqué yo—, poco tardarías en serlo de un rey si el cielo me hubiera hecho nacer con corona. No vacilemos; no tenemos que temer obstáculo alguno; hoy mismo voy a hablar al gobernador y a confesarle que le hemos engañado hasta ahora. Dejemos a los amantes vulgares el temer las cadenas indisolubles del matrimonio; no las temerían si estuvieran seguros como nosotros de llevar siempre las del amor." Dejé a Manon en el colmo de la alegría después de aquella decisión.

Estoy convencido de que todo hombre honrado hubiera aprobado mi propósito en las circunstancias en que yo me hallaba; es decir, avasallado por una pasión que no podía vencer y combatido por remordimientos que no podía ahogar. Pero ¿habrá alguien que me acuse de injusticia si me quejo del rigor del cielo al rechazar un propósito que había formado sólo en su obsequio? ¡Ay! ¿Qué digo rechazarle? Lo castigó como un crimen. Me había soportado pacientemente mientras marchaba a ciegas por el sendero del vicio, y me reservaba su más duro castigo para cuando comenzara a retornar a la virtud. Temo no tener fuerzas para continuar el relato del suceso más funesto que jamás haya ocurrido.

Fuí a casa del gobernador, como había convenido con Manon, para rogarle que consintiera en la ceremonia de nuestro casamiento. Me habría guardado bien de hablarle a él ni a nadie si hu-

biera tenido la seguridad de que su capellán, que era entonces el único sacerdote, me prestaría aquel favor sin su participación; pero no atreviéndome a esperar que se comprometiera a guardar silencio, tomé el partido de obrar francamente.

El gobernador tenía un sobrino llamado Synnet, a quien quería mucho. Era un hombre de treinta años, valiente, pero impulsivo y violento. No estaba casado. La belleza de Manon hubo de impresionarle desde el día de nuestra llegada, y las muchas ocasiones que tuvo de verla, en los nueve o diez meses que llevábamos allí, habían inflamado de tal modo su pasión, que se consumía en secreto por ella. Sin embargo, como estaba convencido, con su tío y toda la ciudad, de que estábamos casados, dominó su amor hasta el punto de no dejar entrever nada, y aun en varias ocasiones su celo le llevó a prestarme algunos servicios.

Cuando llegué al fuerte estaba con su tío. No tenía ninguna razón que me obligase a convertir en secreto mi propósito; así que, sin inconveniente, me decidí a explicarme en su presencia. El gobernador me escuchó con su bondad ordinaria. Le conté una parte de mi historia, que escuchó con placer; y cuando le pedí que asistiera a la ceremonia que proyectaba, se comprometió a pagar todos los gastos de la fiesta. Retiréme muy contento.

Una hora después se presentó en mi casa el capellán. Supuse que iba a darme algunas instrucciones acerca de mi casamiento; pero después de

saludarme fríamente, me declaró en dos palabras que el gobernador me prohibía pensar en tal cosa y que tenía otras miras respecto a Manon. "¡Otras miras sobre Manon!—le dije con una angustia mortal—. Y ¿cuáles son, pues, señor capellán?" Me respondió que, como yo no ignoraba, el gobernador era el amo; que como Manon había sido enviada de Francia para la colonia, él era quien debía disponer de ella; que no lo había hecho hasta entonces porque la creía casada; pero que habiendo sabido por mí mismo que no lo estaba, consideraba oportuno dársela a Synnelet, que estaba enamorado de ella.

Mi fogosidad pudo más que mi prudencia. Ordené con altivez al capellán que saliera de mi casa, jurando que el gobernador, Synnelet y toda la ciudad no se atreverían a tocar a mi mujer o mi amante, como quisieran llamarla.

En seguida comuniqué a Manon el funesto mensaje que acababa de recibir. Supusimos que Synnelet había conquistado a su tío después de marcharme yo, y aquel era el resultado de un proyecto meditado hacía mucho tiempo. Ellos eran los más fuertes. Nosotros nos hallábamos en Nueva Orleans como en medio del mar; es decir, separados del resto del mundo por espacios inmensos. ¿Adónde huir en un país desconocido, desierto, o habitado por fieras y por salvajes tan bárbaros como ellas? Yo era estimado en la ciudad; pero no podía esperar conmover al pueblo lo suficiente para que hiciese en favor mío algo que fuese pro-

porcionado al mal; habría necesitado dinero, y yo era pobre. De otra parte, el triunfo de una revuelta popular era poco seguro, y si la suerte nos era adversa estábamos perdidos sin remedio.

Daba vueltas en mi cabeza a todas estas ideas, comunicando algunas a Manon; concebía otras sin escuchar su respuesta; tomaba un partido y lo rechazaba para tomar otro; hablaba solo, respondía en voz alta a mis propios pensamientos; en fin, estaba en un estado de agitación que no podía comparar con nada, pues no hay nada que le iguale. Manon tenía su vista fija en mí; juzgaba por mi alteración la gravedad del peligro, y, temblando por mí más que por sí misma, aquella tierna criatura no se atrevía a abrir la boca para expresar sus temores.

Después de infinidad de reflexiones, decidí ir a ver al gobernador para esforzarme en conmovéle por consideraciones de honor y por el recuerdo de mi respeto y de su afecto. Manon quiso oponerse a mi salida, diciéndome con las lágrimas en los ojos: "Vas a la muerte; te van a matar; no te veré más; yo quiero morir antes que tú." Tuve que hacer muchos esfuerzos para convencerla de la necesidad en que me hallaba de salir y de que ella debía quedarse en casa. Le prometí que volvería pronto. Manon ignoraba, y yo también, que sobre ella era sobre quien debía de caer toda la cólera del cielo y la rabia de nuestros enemigos.

Fuí al fuerte; el gobernador estaba con su capellán. Me rebajé, para conmovéle, a extremos

que me habrían hecho morir de vergüenza si tuvieran otra causa. Le supliqué por todos aquellos motivos que deben impresionar seguramente a un corazón que no sea el de un tigre feroz y cruel.

Aquel bárbaro no respondió a mis quejas sino dos cosas, que repitió cien veces. Manon, me dijo, dependía de él, y él había dado su palabra a su sobrino. Yo estaba decidido a contenerme hasta el último extremo; me contenté con decirle que le creía demasiado amigo mío para desear mi muerte, que yo preferiría a sufrir la pérdida de mi amante.

Salí convencido de que no podía esperar nada de aquel viejo testarudo, que se habría condenado mil veces por su sobrino. Sin embargo, perseveraré en mi propósito de conservar hasta el fin un aire de moderación, resuelto, si llegaban a un exceso de injusticia, a dar a América un espectáculo de lo más sangriento y horrible que el amor haya podido producir.

Volvía a mi casa meditando este proyecto, cuando la suerte, que quería acelerar mi ruina, hizo que me topase con Synnelet. Leyó en mis ojos una parte de mis pensamientos. Ya he dicho que era valiente; se acercó a mí. “¿No me buscáis? —me dijo—. Comprendo que mis intenciones os ofenden, y he previsto que tendría que romperme la cabeza con vos; vamos a ver quién tiene más suerte.” Le respondí que tenía razón, y que sólo con mi muerte acabarían nuestras diferencias.

Nos alejamos de la ciudad unos cien pasos. Cru-

zamos las espadas; yo le herí y le desarmé casi al mismo tiempo. Tanto le enfureció su desgracia, que se negó a pedirme la vida y a renunciar a Manon. Yo tenía quizá derecho a quitarle una y otra de un golpe; pero la sangre generosa no se desmiente nunca. Le arrojé su espada. "Volvamos a empezar—le dije—, pero tened en cuenta que es sin cuartel." Me atacó con una furia espantosa. Debo confesar que yo no era muy diestro en el manejo de las armas, pues sólo había dado tres meses de lección en París. El amor dirigía mi espada. Synnelet no dejó de atravesarme el brazo de parte a parte; pero yo le cogí la vez y le asesiné un golpe tan vigoroso, que cayó a mis pies sin movimiento.

A pesar de la alegría que la victoria produce, después de un combate mortal, en seguida reflexioné sobre las consecuencias de aquella muerte. No podía esperar gracia, ni siquiera demora en mi suplicio. Conociendo como conocía la pasión del gobernador por su sobrino, estaba seguro de que mi muerte sería decretada para una hora después de descubierta la suya. Por apremiante que fuera esta idea, no era la causa mayor de mi inquietud. Manon, el interés de Manon, su peligro y la necesidad de perderla, me ofuscaban de tal modo, que mis ojos se cubrieron de un velo, impidiéndome reconocer el lugar en que me hallaba. Envidiaba la suerte de Synnelet: una muerte rápida me parecía el único remedio a mis males.

Esta misma idea, sin embargo, me hizo recobrar súbitamente, y me permitió tomar una resolución. “¿Es posible—exclamé—que quiera morir para terminar con mis males? ¿Y es que hay alguno que tema más que la pérdida de la que amo? ¡Ah! Suframos las más extremas crueldades para ayudar a mi amante, y dejemos el morir para después de haberlas sufrido inútilmente.”

Tomé el camino de la ciudad y me dirigí a mi casa; encontré a Manon medio muerta de miedo y de inquietud; mi presencia la reanimó. Yo no podía ocultarle el terrible accidente que me había ocurrido. Al oír el relato de la muerte de Synnelet y saber mi herida, se desmayó; tardé más de un cuarto de hora en hacerle recobrar el conocimiento.

Yo mismo estaba medio muerto; no veía por ninguna parte el medio de conseguir su seguridad y la mía. “¿Qué hacemos, Manon?—le dije cuando recobró alguna fuerza—. ¡Ay! ¿Qué vamos a hacer? Yo tengo necesariamente que alejarme de la ciudad. ¿Quieres tú quedarte aquí? Sí, quédate; tú aún puedes ser feliz; yo me voy lejos de ti a buscar la muerte entre los salvajes o entre las garras de las fieras.”

Ella se levantó, a pesar de su debilidad; me cogió de la mano y me llevó hacia la puerta. “Huyamos juntos—me dijo—, no perdamos un minuto. Quizá hayan encontrado el cuerpo de Synnelet, y no tengamos tiempo de alejarnos.” “Pero, querida Manon—repuse yo desesperado—; dime,

pues, dónde podemos ir. ¿Ves tú algún recurso? ¿No vale más que tú trates de vivir aquí sin mí, y que yo entregue voluntariamente mi cabeza al gobernador?"

Aquella proposición no logró sino aumentar su anhelo de partir: fué preciso seguirla. Aún tuve la suficiente entereza para coger algunos licores fuertes que quedaban en mi cuarto y todas las provisiones que pude meterme en los bolsillos. Dijimos a los criados, que estaban en la habitación próxima, que nos íbamos de paseo (lo hacíamos todos los días), y nos alejamos de la ciudad con más presteza de lo que parecía permitir la debilidad de Manon.

Aun cuando permanecía irresoluto acerca del lugar de nuestro retiro, no dejaba de tener dos esperanzas, sin las cuales hubiera preferido la muerte a la incertidumbre de lo que pudiera ocurrir a Manon. En los diez meses que llevaba en América, había yo adquirido el suficiente conocimiento del país para no ignorar cómo se amansaba a los salvajes... Podía uno ponerse en sus manos sin correr a una muerte cierta. Hasta había aprendido algunas palabras de su idioma y alguna de sus costumbres en las varias ocasiones que tuve de verlos.

Además de este triste recurso, tenía otro por parte de los ingleses, que también poseen colonias en aquella parte del Nuevo Mundo. Pero me asustaba la distancia; teníamos que atravesar, hasta sus colonias, campos estériles de varias jor-

nadas de camino y algunas montañas tan altas y escarpadas, que eran difíciles de escalar hasta para los hombres más toscos y vigorosos. Me prometía, sin embargo, que podríamos sacar partido de aquellos dos recursos: de los salvajes, para que nos guiaran, y de los ingleses, para recibirnos en sus casas.

Marchamos tanto tiempo como el ánimo de Mannon pudo sostenerla; es decir, unas dos leguas, pues aquella amante incomparable se negó en absoluto a detenerse antes. Abrumada de cansancio, me confesó que le era imposible andar más. Era ya noche; nos sentamos en medio de una vasta llanura, sin poder encontrar un solo árbol a que acogernos. Su primer cuidado fué cambiar las vendas de mi herida, que me había curado antes de partir. En vano quise oponerme a su decisión; habría extremado su mortal amargura si le hubiera negado la satisfacción de creerme a gusto y sin peligro antes de pensar en ella misma. Me sometí durante unos instantes a sus deseos; recibí sus cuidados en silencio y con vergüenza.

Pero cuando ella hubo satisfecho su ternura, ¡con cuánto ardor la reemplazó la mía! Me despojé de toda mi ropa, y la extendí debajo de Mannon para que la tierra le fuese menos dura. La obligué a consentir, a su pesar, en que empleara en su beneficio todo lo que pude imaginar de menos incómodo. Calenté sus manos con el calor de mis besos ardientes y de mis suspiros. Pasé toda la noche velando junto a ella y pidiendo a Dios

que le concediese un sueño dulce y tranquilo. ¡Dios mío! ¡Cuán sinceros y vehementes eran mis votos! ¡Y con qué rigor habíais resuelto no escucharlos!

Perdonadme si termino en pocas palabras un relato que me mata. Os estoy contando una desventura sin ejemplo, que lloraré toda mi vida. Pero aunque la llevo siempre en la memoria, mi alma parece como que retrocede de horror cada vez que intento expresarla.

Habíamos pasado tranquilamente parte de la noche. Creía que mi amante adorada dormía y procuraba hasta contener la respiración por miedo a turbar su sueño. Al amanecer, advertí que tenía las manos frías y temblorosas; las acerqué a mi pecho para calentárselas. Ella sintió este movimiento, y, haciendo un esfuerzo para coger las mías, me dijo con una voz muy débil que se creía en su última hora.

Al principio tomé aquellas palabras por un modo de expresarse corriente en la desgracia, y respondí a ellas con los consuelos tiernos del amor. Pero sus suspiros frecuentes, su silencio a mis preguntas, el modo cómo me estrechaba las manos, me hicieron comprender que se acercaba el fin de sus desdichas.

No pretendáis que os pinte mis sentimientos ni que os refiera sus últimas palabras. La perdí; en el mismo momento de expirar me dió pruebas de su amor: es todo lo que puedo deciros de aquel suceso fatal y deplorable.

Mi alma no siguió a la suya. El cielo no me consideró, sin duda, bastante castigado, y ha querido que arrastre después una vida lánguida y miserable. Renuncio voluntariamente a que nunca sea más feliz.

Permanecí más de veinticuatro horas con mi boca pegada al rostro y a las manos de mi querida Manon. Mi propósito era morir allí; pero, al segundo día, reflexioné que, después de mi muerte, su cuerpo se vería expuesto a servir de pasto a las fieras. Decidí enterrarla y esperar la muerte sobre su fosa. Estaba tan cerca de mi fin por la debilidad que me habían producido el ayuno y el dolor, que necesité emplear grandes esfuerzos para tenerme de pie. Vime obligado a recurrir a las bebidas que llevaba, las cuales me prestaron la fuerza necesaria para el triste oficio que iba a ejercer. No me era muy difícil abrir un hoyo en el sitio en que estaba: era un arenal. Rompí mi espada para utilizarla cavando, pero lo hacía mejor con las manos. Abrí una ancha fosa, coloqué en ella al ídolo de mi corazón, después de envolverla cuidadosamente en mi ropa para que no la tocara la arena. Claro está que antes hube de besarla mil veces con todo el ardor de un amor verdadero. Luego me senté junto a ella; la miré durante mucho tiempo, sin decidirme a tapar la fosa. Por fin, viendo que mis fuerzas flaqueaban, y temeroso de que me faltaran por completo para dar fin a mi obra, sepulté para siempre en el seno de la tierra lo más amable y perfecto que vivió en

ella. Luego me eché sobre la fosa, el rostro pegado a la arena, y cerrando los ojos con el propósito de no abrirlos más, invoqué la ayuda del cielo y esperé la muerte con impaciencia.

Una cosa que no vais a creer es que durante el ejercicio de aquel lúgubre ministerio no derramé una lágrima ni lancé un suspiro. El abatimiento profundo en que estaba y el propósito decidido de morir, acabaron con todas las expresiones de la desesperación y el dolor. Así es que no permanecí mucho tiempo en la postura en que me coloqué sobre la fosa sin perder el conocimiento y el sentido.

Después de lo que habéis oído, la conclusión de mi historia tiene tan poca importancia, que no merece que os toméis el trabajo de escucharla. Cuando trasladaron a la ciudad el cuerpo de Synnelet, después de reconocerle, vieron que no estaba muerto y que ni siquiera eran graves sus heridas. Relató a su tío lo ocurrido entre nosotros, y su generosidad le impelió a publicar los efectos de la huida. Me buscaron, y mi ausencia, con la de Manon, hizo sospechar nuestra huida. Era muy tarde para seguirnos; pero al día siguiente y al otro empleáronse en mi persecución.

Me encontraron, al parecer sin vida, sobre la fosa de Manon; y los que me hallaron en aquel estado, viéndome casi desnudo y sangrando a causa de mi herida, creyeron que me habían robado y asesinado: me llevaron a la ciudad. El movimiento de la marcha me hizo recobrar el sentido; los

suspiros que lancé al abrir los ojos, gimiendo de encontrarme entre los vivos, dieron a conocer que aún podía recibir socorro; así lo hicieron, por mi desgracia.

Desde luego me encerraron en una prisión estrecha. Se instruyó mi proceso, y como Manon no parecía, me acusaron de haberme deshecho de ella impulsado por la rabia y los celos. Referí sencillamente mi penosa aventura. Synnelet fué tan generoso, que solicitó mi indulto, a pesar de los transportes de dolor que le produjera mi relato. Lo obtuvo.

Yo estaba tan débil, que desde la cárcel me llevaron a la cama, donde permanecí tres meses con una enfermedad grave. Mi odio por la vida no disminuía; constantemente invocaba a la muerte, y durante mucho tiempo me negué obstinadamente a tomar remedio alguno. Pero el cielo, después de castigarme con tanto rigor, quiso que me fueran útiles mis desventuras y sus castigos: me iluminó con sus luces, y volví a tener ideas dignas de mi cuna y de mi educación.

Como la tranquilidad comenzó a reinar en mi alma, aquel cambio contribuyó a que me curara pronto. Me entregué por completo a los preceptos del honor y continué desempeñando mi modesto destino, en espera de los barcos de Francia que van una vez al año a aquella parte de América. Estaba decidido a volver a mi patria, y en ella reparar el escándalo de mi conducta por una vida ordenada y seria. Synnelet se cuidó de hacer tras-

ladar el cuerpo de mi adorada amante a un lugar decoroso.

Unas seis semanas después de mi restablecimiento, paseábame un día yo solo por la playa, cuando vi llegar un barco que iba a Nueva Orleáns a asuntos comerciales. Observaba atentamente el desembarco de la tripulación, y cuál no sería mi sorpresa al reconocer a Tibergo entre los que avanzaban hacia la ciudad. Este fiel amigo me reconoció desde lejos, a pesar del cambio que la tristeza hiciera en mi rostro. Me dijo que el único objeto de su viaje era el deseo de verme y persuadirme de que volviera a Francia; que al recibir la carta por mí escrita desde El Havre había ido en persona para llevarme lo que le pedía; que había padecido el más vivo dolor al saber mi partida, y que habría salido en el acto en mi seguimiento también si hubiera encontrado un barco dispuesto a hacerse a la vela; que lo había buscado durante varios meses en distintos puertos, y que habiendo encontrado uno, al fin, en Saint Malo, que levaba anclas para la Martinica, se había embarcado con la esperanza de procurarse allí un pasaje para Nueva Orleáns; que el primer barco había sido asaltado por corsarios españoles, que lo llevaron a una de sus islas, de la que logró hábilmente escaparse, y que, después de muchas peripecias, encontró la oportunidad del barco en que acababa de llegar felizmente hasta mí.

El agradecimiento que podría expresar era poco para un amigo tan generoso y tan constante. Le

llevé a mi casa, le hice dueño de cuanto yo poseía. Le referí todo lo que me había ocurrido desde mi partida de Francia, y, para causarle una alegría que no esperaba, le declaré que los gérmenes de virtud que él arrojara en otro tiempo en mi corazón, comenzaban a dar frutos que le satisficieran. El me manifestó que aquella dulce seguridad le compensaba de todas las fatigas del viaje.

Pasamos dos meses juntos en Nueva Orleáns, esperando que llegaran los barcos de Francia, y, habiéndonos embarcado al fin, tomamos tierra hace quince días en el Havre. Al llegar, escribí a mi familia. Por una carta de mi hermano mayor he sabido la triste noticia de la muerte de mi padre, a la cual temo, con mucha razón, que hayan contribuído mis extravíos. Como el viento era favorable, me embarqué inmediatamente para Calais, con intención de ir, a algunas leguas de esta ciudad, a casa de un caballero pariente mío, donde mi hermano me espera, según me anunció en una carta.

FIN

INDICE

INDICE

	<u>Págs.</u>
Advertencia del autor.....	9
Primera parte.....	13
Segunda parte.....	120

CALPE

COLECCIÓN UNIVERSAL

—
Precio del número , 0,30
—

La **Colección Universal**, inaugurada por la editorial CALPE, publicará las mejores producciones literarias del ingenio humano en todos los órdenes: novela, historia, poesía, ciencia, filosofía, teatro, memorias, viajes, ensayos, etc.



La **Colección Universal** será pronto, para los lectores de habla española, un elemento indispensable de educación y cultura. Hará asequibles a todo el mundo los beneficios y los goces del trato espiritual con los más grandes genios de la humanidad.

La **Colección Universal** publicará las obras en su **ABSOLUTA INTEGRIDAD**, sin supresiones ni adiciones de ninguna especie.



La **Colección Universal** cuidará con extremado celo de que las traducciones sean siempre fidelísimas y correctas; no publicará traducciones anónimas; encargará sus traducciones a reputados escritores.



La **Colección Universal** cuenta, para las ediciones de autores españoles, con el consejo y la colaboración de eminentes filólogos.



La **Colección Universal** se vende a 0,30 el número. La extensión de un número es, aproximadamente, de 100 páginas. Las obras

que tengan mayor extensión irán publicadas en volúmenes de 200, 300, 400 y más páginas, valuándose cada volumen como 2, 3, 4 y más números.



La **Colección Universal**, por su extraordinaria baratura, representa un esfuerzo editorial, nunca realizado en España.



La **Colección Universal** publicará todos los meses VEINTE números, o sean unas DOS MIL páginas de selecta lectura, repartidas en ocho o diez tomos de presentación elegante y de cómodo uso. Los 240 números anuales de la **Colección Universal** constituirán una copiosa y elegida biblioteca de unos 100 tomos.

La Colección Universal admite suscripciones por un trimestre, un semestre y un año. Para los suscriptores, el precio del número será de 0,25.

Suscripción trimestral...	15 ptas.
— semestral...	30 —
— anual.....	60 —



Para las suscripciones y pedidos de volúmenes sueltos, dirigirse a

Compañía Anónima CALPE

Consejo de Ciento, 416 y 418

Apartado: 89

BARCELONA

Colección Universal

OBRAS PUBLICADAS

N.º 1-4.—**Poema del Cid.** Texto y traducción.—La traducción ha sido hecha por Alfonso Reyes, del Centro de Estudios Históricos.

N.º 5-6.—LOPE DE VEGA: **Fuente Ovejuna.** Comedia. — Edición revisada por Américo Castro.

N.º 7.—M. KANT: **La paz perpetua.** Ensayo filosófico.—La traducción ha sido hecha por F. Rivera Pastor.

N.º 8-10.—O. GOLDSMITH: **El vicario de Wakefield.** Novela. — La traducción ha sido hecha por Felipe Villaverde.

N.º 11-13.—LA ROCHEFOUCAULD: **Memorias.**—La traducción ha sido hecha por Cipriano Rivas Cherif.

N.º 14-15.—J. ORTEGA MUNILLA, de la Real Academia Española: **Relaciones contemporáneas.**

N.º 16.—P. MERIMÉE: **Doble error.** Novela. La traducción ha sido hecha por A. Sánchez Rivero.

N.º 17-20.—STENDHAL: **Rojo y Negro.** Novela. Tomo I.—La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.

N.º 21-24.—STENDHAL: **Rojo y Negro.** Novela. Tomo II.—La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.

N.º 25-26.—J. W. GOETHE: **Las cuitas de Werther.** Novela.—La traducción, de D. José Mor de Fuentes, ha sido cuidadosamente revisada y corregida.

- N.º 27.— ANTONIO MACHADO: **Soledades, galerías y otros poemas.**— Segunda edición.
- N.º 28 - 29. — CERVANTES: **Novelas ejemplares.** Tomo I. «La gitana» y «El amante liberal».
- N.º 30 - 33. — L. ANDREIEV: **Sachka Yegulev.** Novela.—La traducción del ruso ha sido hecha por N. Tasin.
- N.º 34-35.— C. CASTELLO-BRANCO: **Novelas del Miño.**—La traducción del portugués ha sido hecha por P. Blanco Suárez.
- N.º 36 - 37. — CICERON: **Cuestiones académicas.** — La traducción del latín ha sido hecha por A. Millares.
- N.º 38-40.— VILLALON: **Viaje de Turquía.** Tomo I.—La edición ha sido cuidada por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos.

Y otras obras de Mme. de Stael, Antón Chejov, Estévanez-Calderón, Trindade Coelho, Moratín, Plutarco, Barbey d'Aurevilly, Tácito, George Eliot, Massimo d'Azeglio, Kant, Leopoldo Alas (Clarín), César, Garcilaso de la Vega, Sterne, Schiller, Jules Sandeau, Montesquieu, A. Kuprin, etcétera.

MANUALES GALLACH

Esta famosa colección, útil y económica, de conocimientos enciclopédicos, abarca todas las ciencias, las artes, los oficios y las aplicaciones prácticas, y es valiosísimo caudal de enseñanzas provechosas, porque sus volúmenes se han encargado a especialistas eminentes, entre los cuales figuran personalidades de tanto prestigio como los señores Luanco, Buen, Lozano, Mundi, Carracido, Calderón, Posada, Costa, Macpherson, Casares, Rivas Mateos, Altamira, Zulueta, Rubió y Bellvé, Opisso, Giner de los Ríos (D. Francisco y D. Hermenegildo), Villar, Comas Solá, Apeles Mestres, etc., etc.

LLEVAMOS PUBLICADOS MAS DE
CIEN INTERESANTISIMOS VOLUMENES

**A los compradores de la colección les regalamos
un magnífico mueble para colocarla**

PIDASE EL CATALOGO ESPECIAL,
QUE ENVIAMOS GRATIS A QUIEN LO SOLICITE,
A NUESTRAS OFICINAS DE

BARCELONA

CONSEJO DE CIENTO, 416

APARTADO DE CORREOS 89

COLECCI

89101283943

Precto



b89101283943a

N.º 8, 9 y 10.—O. GOLDSMITH: **EL VICARIO DE WAKEFIELD**. Novela.—Traducción, por Felipe Villaverde.

N.º 14 y 15.—J. ORTEGA MUNILLA, de la Real Academia Española: **RELACIONES CONTEMPORANEAS**.

N.º 16.—P. MERIMEE: **DOBLE ERROR**. Novela.—Traducción, por A. Sánchez Rivero.

N.º 17, 18, 19 y 20.—STENDHAL: **ROJO Y NEGRO**. Novela. Tomo I.—Traducción, por Enrique de Mesa.

N.º 21, 22, 23 y 24.—STENDHAL: **ROJO Y NEGRO**. Novela. Tomo II.—Traducción, por Enrique de Mesa.

N.º 25 y 26.—W. GOETHE: **LAS CUITAS DE WERTHER**. Novela.—La traducción, de don José Mor de Fuentes, ha sido cuidadosamente revisada y corregida.

N.º 28 y 29.—CERVANTES: **NOVELAS EJEMPLARES**. Tomo I. "La gitanilla" y "El amante liberal".

N.º 30, 31, 32 y 33.—L. ANDREIEV: **SACHKA YEGULEV**. Novela.—Traducción del ruso, por N. Tasin.

N.º 34 y 35.—C. CASTELLO-BRANCO: **NOVELAS DEL MISO**.—Traducción del portugués, por P. Blanco Suárez.

N.º 44 y 45.—V. KOROLENKO: **EL DIA DEL JUICIO**. Novelas.—La traducción del ruso ha sido hecha por N. Tasin.

N.º 46 y 47.—S. ESTEBANEZ CALDERON: **NOVELAS Y CUENTOS**.

N.º 52, 53 y 54.—ABATE PREVOST: **MANON LESCAUT**. Novela.—Traducción del francés, por Enrique de Mesa.

Viajes y Memorias.

N.º 11, 12 y 13.—LA ROCHEFOUCAULD: **MEMORIAS**. Traducción, por Cipriano Rivas Cherif.

N.º 38, 39 y 40.—VILLALON: **VIAJE DE TURQUIA**. Tomo I.—La edición ha sido cuidada por A. Solalinde, del

Centro de Estudios Históricos.

N.º 41, 42 y 43.—VILLALON: **VIAJE DE TURQUIA**. Tomo II.—La edición ha sido cuidada por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos.